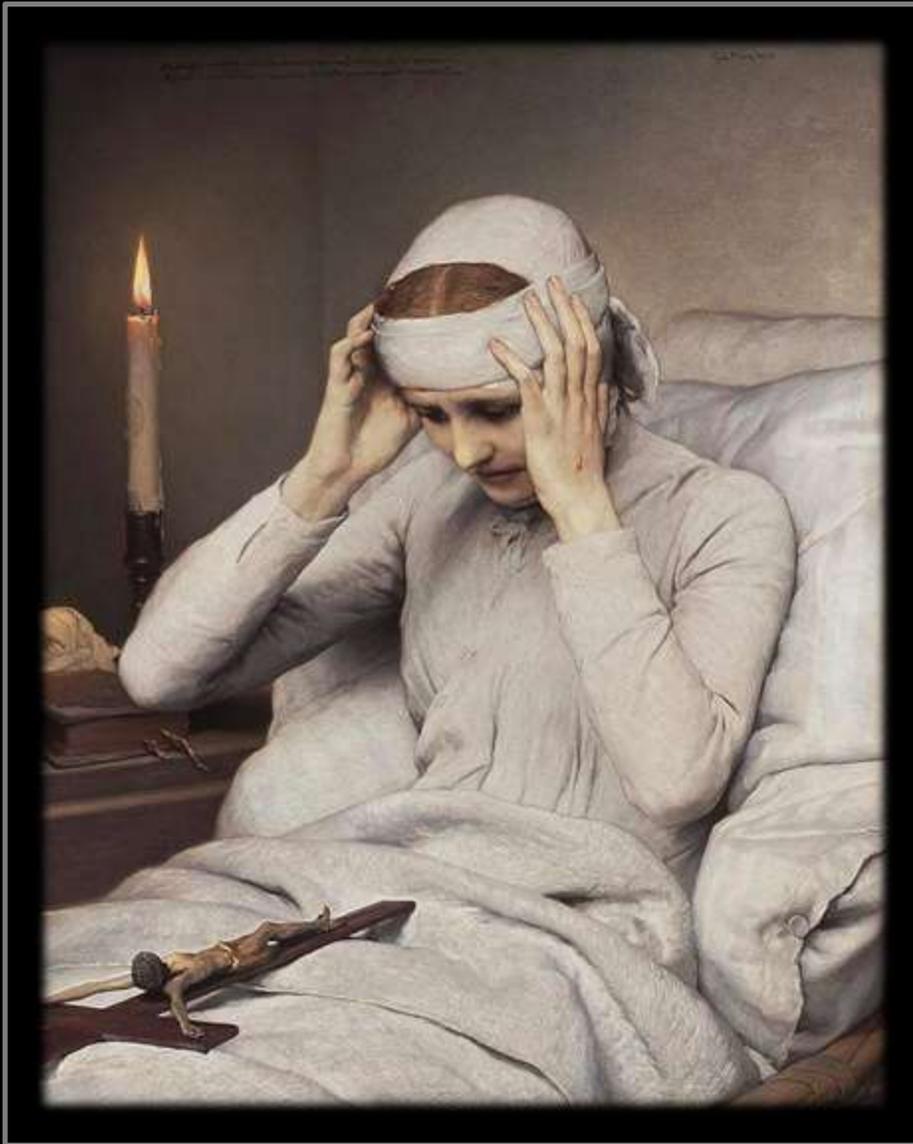


Visiones y revelaciones completas de la venerable Ana Catalina Emmerick



Tomo VII

Desde la conversión definitiva de la Magdalena hasta la degollación de Juan el Bautista

Publicado por la Asociación para la difusión de los relatos de A.C. Emmerick.
(www.anacatalinaemmerick.com)

**La vida de Jesucristo y de
su madre Santísima**
**(Desde la conversión definitiva de la
Magdalena hasta la degollación de Juan
el Bautista)**

Según las visiones de la venerable Ana
Catalina Emmerick

Publicado por la Asociación para la difusión de los
relatos de A.C. Emmerick.

(www.anacatalinaemmerick.com)

EPOCA SEXTA

**Desde la conversión definitiva de la Magdalena
hasta la degollación de Juan Bautista**

I

El centurión Cornelio

Jesús se encaminó desde Gabara hacia la posesión del capitán Zerobabel, en Cafarnaúm. En este punto llegaron los dos leprosos que había curado antes en Cafarnaúm, para agradecerle. También el mayordomo, los de la casa de Zerobabel y el hijo estaban presentes. Ya se han bautizado. Jesús enseñó y curó a varios enfermos. Al anochecer se dirigió al valle de Cafarnaúm, a casa de su Madre, mientras los discípulos se dirigieron a las suyas. Las santas mujeres estaban aquí reunidas y hubo grande alegría. Rogó María con las otras mujeres a Jesús que fuera mañana al otro lado del lago, porque la comisión de los fariseos estaba muy irritada contra Él. Jesús las tranquilizó y María rogó por el siervo del centurión, que estaba enfermo, diciendo que era un hombre bueno y que aún siendo pagano había edificado a los judíos una sinagoga por afecto a su religión. También le rogó quisiera sanar a la hija enferma del jefe de la sinagoga Jairo, que vivía en la cercanías de Cafarnaúm.

Cuando Jesús a la mañana siguiente se dirigía con algunos discípulos a casa del centurión Cornelio, en la parte Norte de la ladera de un monte frente a Cafarnaúm, le vinieron al encuentro los dos mensajeros judíos que Cornelio le había enviado con anterioridad. Estaba cerca de la casa de Pedro. Estos hombres rogaron a Jesús se compadeciese del siervo enfermo, puesto que Cornelio merecía ese favor, por ser amigo de los judíos y les había edificado una sinagoga, y que lo tenía por honra el haberlo hecho. Como Jesús les dijese que estaba de camino para esa casa, enviaron estos hombres un mensaje a Cornelio anunciándole que Jesús venía. Llegando delante de Cafarnaúm tomó Jesús el camino de la derecha de la ciudad, a lo largo de los muros, y llegó a la choza de un leproso. Un trecho más allá estaba a la vista la casa de Cornelio.

Cuando Cornelio supo que Jesús se acercaba a su casa, salió, y al divisarlo a la distancia, se hincó de rodillas, reputándose por indigno de presentarse en su presencia y aún de hablar con él, y envió a su siervo que le dijese: "El centurión te hace decir: No soy digno de que vengas a mi casa; dí sólo una palabra, y mi siervo será sano. Puesto que yo, que soy un hombre sin impor-

tancia y bajo otro superior, digo a mi siervo: haz esto, y lo hace; cuánto más fácil será que Tú digas a tu siervo que sea sano y será sano". Cuando oyó estas palabras de Cornelio, Jesús se dirigió a los circunstantes y dijo: "Os digo en verdad que no he encontrado entre los israelitas una fe semejante. Sabedlo: muchos vendrán de Oriente y de Occidente y estarán con Abraham, Isaac y Jacob en el cielo, mientras que muchos israelitas, los hijos del reino de Dios, estarán en las tinieblas, donde será el clamor y el crugir de dientes". Vuelto luego al siervo dijo: "Vete, y se haga conforme a lo que has creído". El mensajero corrió hacia el centurión, el cual se inclinó profundamente, dando gracias, y se apresuró a ir a su casa. Al llegar ya le salía al encuentro el siervo curado, envuelto todavía en un manto y con la cabeza vendada. Este siervo no era de esta tierra: tenía un color amarillo oscuro.

Jesús volvió en seguida a Cafarnaúm y como pasase de nuevo junto a la choza del leproso, salió éste, se echó a sus pies, y le dijo: "Señor, si Tú quieres, me puedes sanar". Jesús le dijo: "Extiende tu mano". Y tocándosela, le dijo: "Sí, lo quiero: sé sano". De inmediato cayó la lepra del hombre y se sintió sano, y Jesús le mandó que se mostrase a los sacerdotes para su reconocimiento, para que ofreciese su don y que no propalase lo acontecido. Este hombre se fué a los fariseos y sacerdotes para que constataran su curación. Éstos se irritaron mucho y lo revisaron con mucha insistencia, pero tuvieron que declararlo sano y libre. Tuvieron con él un altercado, porque he visto que lo echaron malamente de su presencia.

Jesús se dirigió a la calle principal que corría por el centro de la ciudad, adonde habían traído a una multitud de enfermos y endemoniados. Allí estuvo por espacio de una hora curando enfermos, colocados en torno de una fuente de agua donde había varias chozas. Luego se dirigió con varios discípulos fuera de la ciudad, hacia el barranco que miraba a Magdalum, no lejos de Damna, donde había un albergue. Allí le esperaban Maroni, la viuda de Naím, la pagana Lais de Naím y sus dos hijas Sabia y Atalia, a quienes había librado del demonio cerca de Meroz. Maroni, la viuda de Naím, venía a implorar de Jesús fuese a su casa, porque su hijo Marcial, de doce años, estaba tan enfermo que creía encontrarlo muerto cuando volviese. Jesús le dijo que regresase tranquila a su casa, que iría, aunque no le dijo cuando. Había traído regalos para los que se albergaban allí y volvió de inmediato con sus criados a su casa. Tenía unas nueve horas de

camino. Era esta viuda rica y estimada por todos, porque era como la madre de todos los niños pobres de Naím. También Bartolomé había llegado trayendo a un hijito de su hermana viuda: el niño se llamaba José y quizás lo traía para ser bautizado. Llegó también Tomás con el hijo de Achías, Jefté, a quien Jesús había sanado en Gischala. He visto allí a Judas Iscariote. No estaba Achías, el padre del niño Jefté. La mujer Lais y sus dos hijas habían abrazado la religión judaica en Naím y delante de los sacerdotes habían abjurado de sus errores paganos. En estos casos se hacía una especie de bautismo, que era sólo una aspersión de agua y varias purificaciones. Se bautizaban así también las mujeres entre los judíos, cosa que no he visto hacer con Juan ni con los discípulos de Jesús, que no bautizaron a las mujeres sino después de Pentecostés. En Cafarnaúm están ahora todos los futuros apóstoles, fuera de Mateo, como asimismo muchos discípulos y parientes de Jesús, hombres y mujeres. María Helí, la hermana mayor de María, que ya tiene setenta años, está presente con su segundo marido, Obed, y que han venido sobre un asno cargado de regalos. Viven en Japha, pequeño lugarcito a una hora de Nazaret, donde había vivido Zebedeo y donde habían nacido sus hijos. Se alegró mucho de volver a ver a sus tres hijos, discípulos del Bautista: Santiago, Sadoch y Eliachim. Este Santiago era de la edad de Andrés y es el mismo que con el discípulo Kefas(*) y otro Juan tuvo que intervenir en un asunto de circuncisión con el apóstol Pablo. Después de la muerte de Jesús fué sacerdote; fué uno de los más viejos y notables de los setenta discípulos de Jesús; estuvo con Santiago el Mayor en España, en la isla de Chipre y en las comarcas de los confines de la Judea. Pero no fué éste, sino Santiago el Menor, hijo de Alfeo y de María Cleofás, el primer Obispo de Jerusalén.

II

Carácter de las curaciones de Jesús

Los fariseos y los saduceos habían determinado presentar recia y enconada resistencia en la sinagoga y promover un tumulto con la gente que habían soliviantado, y llegar hasta

(*) Los exégetas confunden a este Kefas, discípulo de Jesús, con Pedro apóstol; amonestado, según la opinión general, por San Pablo (Véase Gálatas, cap. II, 14).

arrojar afuera a Jesús y tomarlo preso. Pero las cosas sucedieron de muy diversa manera. Jesús comenzó su predicación en la sinagoga en tono muy severo, como de quien tenía autoridad y poder para hacerlo. La ira de los fariseos iba creciendo por momentos, al punto que estaban por adelantarse contra Él, cuando de pronto sucedió un gran tumulto en la sinagoga. Un hombre de la ciudad, poseído de un demonio, había desatado sus ligaduras mientras estaban sus guardianes en la sinagoga, y así suelto había entrado como una furia dentro del recinto, y con gritos espantosos, abriéndose paso entre el pueblo, se acercó adonde estaba Jesús predicando, y comenzó a clamar: "Jesús de Nazaret ¿qué tenemos que hacer contigo? Tú has venido para echarnos de aquí. Yo sé quién eres: eres el Santo de Dios". Jesús, sin conmoverse lo más mínimo, volvió su mano hacia él, y dijo con tranquilidad: "Calla y sal de este hombre". De pronto calló el endemoniado y cayó derribado y deshecho, y el demonio salió del hombre como un vapor oscuro espeso. El hombre quedó pálido, de rodillas, a los pies de Jesús, llorando. Todos fueron testigos de este poder extraordinario de Jesús. Comenzaron a hablarse unos a otros, expresando sus maravillas, y hasta los fariseos perdieron su coraje y comenzaron a decirse: "¿Qué pasa con este Hombre, que hasta los demonios le obedecen?"

Jesús continuó tranquilamente su predicación, mientras el ex endemoniado, pálido aún y tembloroso, fué llevado por sus parientes y su mujer, que estaba entre los oyentes. Después de la predicación, acercóse a Jesús, dió gracias y pidió consejos para su vida. Jesús le amonestó que dejase sus pecados, para que no le sucediese cosa peor y le recomendó penitencia y que fuese al bautismo. Este hombre era fabricante de telas angostas, de algodón, livianas, que se llevaban al cuello. Desde entonces se le vió callado y tranquilo proseguir su acostumbrado trabajo. Estos demonios impuros se apoderaban con frecuencia de ciertos hombres que se entregaban sin control a sus impuras pasiones. Después de este suceso perdieron los fariseos todo su valor para asaltar a Jesús y se comportaron muy sosegados con Él. Jesús continuó enseñando, en la lección del Sábado, sobre Moisés y Oseas hasta el fin, y habló muy seriamente, en forma de reproche. Sus palabras y su modo de proceder fueron mucho más severos de lo acostumbrado. Hablaba como quien tiene pleno poder para hacerlo. Después de esto se fué a la casa de su Madre María, donde estaban reunidas las santas mujeres, muchos parientes y los discípulos. He contado a todas estas muje-

res que ayudaban a la comunidad de Jesús hasta su muerte. Eran setenta. Ahora son solamente treinta y siete las presentes. Las hijas de Lais de Naim, Sabia y Atalia, se unieron a ellas y en tiempo de San Esteban estaban con los que se reunían en Jerusalén.

A la mañana siguiente continuó Jesús sus enseñanzas en la sinagoga, sin estorbo alguno. Los fariseos se decían entre si: "Ahora nada podemos contra ÉL, porque es demasiado grande el entusiasmo del pueblo. Sólo trataremos de interrumpirle algunas veces, luego referirlo todo en Jerusalén y esperar hasta la Pascua en que vendrá a presentarse en el templo". Las calles estaban nuevamente llenas de enfermos, parte de los cuales habían venido antes del Sábado, y otros, que no habían creído hasta entonces y que ahora, al saber lo sucedido con el endemoniado, venían de todos los rincones de la ciudad pidiendo curación. Muchos habían estado aquí sin haber merecido la curación de sus enfermedades. Eran los tibios, los flojos y pecadores reincidentes, que no solían convertirse como los grandes pecadores. Magdalena se convirtió después de varias recaídas, pero al fin resueltamente. En cambio, Dina la samaritana, se convirtió en seguida. María la Sufanitis estuvo largo tiempo ansiosa, pero luego se convirtió resueltamente. Los grandes pecadores en general lo hicieron prontamente y con resolución, como Pablo, con la prontitud del relámpago que lo hirió. Judas dudaba siempre y recaía, y al fin se perdió.

De esta manera veo que procede Jesús con los atados e impedidos, como los endemoniados, a los cuales a veces libra de repente, porque los ve impedidos del todo y privados de libre voluntad, o enfermos, que quedan como privados de la fuerza de su voluntad. Otros enfermos, en cambio, a quienes veo sólo desear débilmente su mejoría o que la desean para poder pecar con más facilidad, son con frecuencia amonestados o enviados sin curación por Jesús, o sólo aliviados para que acaben de decidirse a enmendar su vida. Jesús podía curar a todos igualmente, pero sólo lo hace con los que creen y hacen penitencia, y a menudo los exhorta a mejorar su vida y a no recaer en el pecado. A enfermos leves también a veces los ha sanado, cuando el estado de sus almas así lo requería. No había venido para sanar cuerpos, que pudieran pecar más fácilmente, sino para sanar a los cuerpos para salvar por ello sus almas y rescatarlas del pecado. Yo veo en cada enfermedad y en toda clase de ellas un designio de Dios, y cómo esta enfermedad o

mal es un símbolo y representación de una culpa conocida o desconocida por el paciente, culpa propia o ajena, que debe ser expiada, o si no que ha de servir al paciente como un capital que deberá acrecentar con la paciencia en el sufrimiento como prueba y como guía para su propio bien. De modo que nadie padece sin motivo. ¿Quién podrá considerarse inocente, cuando el Hijo de Dios tomó sobre Sí los pecados del mundo para borrarlos y expiarlos? Debemos seguirle detrás de su cruz con nuestra propia cruz. Siendo la paciencia y la alegría de padecer y el deseo de unir nuestros sufrimientos con los de Jesús, una perfección y un ansia de santidad, el no querer sufrir es una imperfección. Fuimos creados perfectos y debemos renacer a esta perfección. Toda curación de enfermedades es una pura gracia, no merecida por los pecadores, que hubieran alcanzado quizás la muerte por sus pecados, de la cual se ven libres, por la muerte de Jesús, aquéllos que creen en Él y obran conforme con la fe que profesan.

Hoy he visto a Jesús sanando a muchos estropeados, hidrópicos, sordos, mudos, ciegos y enfermos de todas clases y también endemoniados. Con enfermos que podían mantenerse en pie, he visto que a veces pasaba de largo. Había entre ellos algunos que habían recibido otras veces alivio en sus males y habían recaído en sus males corporales y espirituales, porque no se habían convertido de veras. Cuando pasaba junto a ellos solían clamar: "Señor, Señor; de todos estos enfermos graves te compadeces, y de nosotros no. Señor, ten piedad de mi que estoy de nuevo enfermo". Jesús les decía: "¿Por qué no extendéis vuestras manos hacia Mí?" Entonces extendían sus manos y decían: "Señor, aquí están nuestras manos". Jesús replicaba: "Vuestras manos las extendéis, pero no tenéis abiertas las manos de vuestros corazones: no los alcanzo, los retenéis cerrados, porque estáis llenos de oscuridad". Los amonestaba entonces; a algunos los sanaba, a otros los aliviaba y delante de otros pasaba de largo.

Por la tarde se dirigió Jesús con sus discípulos a la orilla del mar. En la parte Sur del valle había un lugar de baños y de recreo con aguas del arroyo de Cafarnaúm. Allí se detuvieron porque habían de bautizar. María, la Madre de Jesús, acompañada de Dina, María, Lais, Atalia, Sabia y Marta caminaban por los alrededores de Betsaida. Se había detenido allí una caravana de mercaderes paganos, entre ellos mujeres y niños de la alta Galilea. María Santísima consolaba y hablaba a las demás mujeres, que estaban a veces sentadas en torno de María, la cual

también se sentaba o caminaba entre ellas. Ellas preguntaban y María les contestaba, enseñando cosas de los patriarcas, de los profetas y de Jesús.

III

Jesús enseña por medio de parábolas

Jesús enseñó en parábolas, y como los discípulos no lo entendieron, les explicó cuando estuvieron a solas con Él las comparaciones del Sembrador, la cizaña entre el buen trigo y el peligro de arrancar el trigo junto con la cizaña. Fué especialmente Santiago el Mayor quien le dijo que no lo había entendido, y por qué no hablaba más claro. Jesús les dijo que les quería declarar todas estas cosas, que no pueden ser dichas más claramente, por motivos de los débiles y de los paganos que escuchan. Ya que se asustan de verse en tan grande bajeza, cuando les habla de su vida, es necesario que la enseñanza sobre el reino de Dios se vaya abriendo de a poco como una semilla en cuya planta los granos están encerrados y la semilla enterrada en la tierra; así la enseñanza en parábolas está velada. Les declaró la parábola del Sembrador, como cosa que se refería a la misión de ellos mismos de trabajar en esta cosecha; les habló de su seguimiento, y cómo pronto debían dejarlo todo para seguirle y entonces les explicaría todas estas cosas mejor. Santiago el Mayor, preguntó también: “¿Por qué, Maestro, quieres declararnos estas cosas a nosotros, que somos ignorantes, para que las digamos? Dilas mejor a Juan, el Bautista, que tiene tanta fe y él clamará a todos diciendo quien eres Tú”. Cuando Jesús por la tarde predicó de nuevo en la sinagoga recobraron los fariseos algún coraje y comenzaron a disputar con Él sobre el perdón de los pecados. Le echaron en cara que en Gabara le hubiese dicho a la Magdalena: “Tus pecados te son perdonados”. “¿De dónde lo puedes saber? ¿Cómo has podido decir eso? Esto es una blasfemia”. Jesús les contestó, reduciéndolos a silencio. Ellos querían que Jesús dijese que no era un hombre sino Dios, pero no pudieron hacerle caer, y Jesús les aguaba el gusto. Esto sucedía en el pórtico, a la entrada de la sinagoga. Por último promovieron un griterío y un gran tumulto. Jesús desapareció entre la muchedumbre, de modo que no sabían donde se encontraba. Jesús anduvo entre los barrancos del jardín, detras de la sinagoga, por los huertos y jardines de Zerobabel, y por caminos extraviados llegó a la casa de su Madre. Pasó allí una parte de

la noche e hizo saber a Pedro y a los demás discípulos que le acompañasen a la mañana siguiente hacia Naím para encontrarse con Él en la otra parte del valle, en la pescadería de Pedro. Aquí le preguntaron el centurión Cornelio y su criado, qué debían hacer para ser salvos, y Jesús les dijo que se hiciesen bautizar con todos los suyos.

IV

Resurrección del hijo de la viuda de Naím

El camino a Naím llevaba por la parte superior de la pescadería de Pedro, a través del valle de Magdalum, al Este de la montaña, sobre Gabara, y luego al valle de Betulia y al Este de Gischala. Habría andado Jesús con los suyos unas nueve o diez horas cuando se albergaron en unas chozas de pastores unas tres o cuatro horas antes de Naím. Habían pasado el torrente Cedrón. Durante el camino Jesús había enseñado, entre otras cosas, como debían discernir la verdadera de la falsa doctrina. La ciudad de Naím es un ameno lugar con casas bien edificadas; se llama también Enganim. Está situada en una agradable colina al Mediodía del arroyo Kisón, a una hora del monte Tabor, y mira hacia Endor, entre el Mediodía y el Oeste. La ciudad de Jezrael está más al Sur, aunque no se puede ver por las alturas que la ocultan. Naím tiene delante la hermosa llanura de Esdrelón y está a tres o cuatro horas de distancia de Nazaret. Es una región muy fértil en frutas, trigo, uva y vino. La viuda Maroni tiene una montaña entera cubierta de hermosos viñedos.

Jesús marchaba con unos treinta acompañantes. Como el camino se angostaba, iban unos delante, otros detrás, y Jesús en medio. Eran como las nueve de la mañana cuando se encontraron a las puertas de la ciudad y salía el cortejo fúnebre. Un grupo de hombres cubiertos con mantos de luto salieron de la puerta con el cadáver. Cuatro hombres traían al difunto puesto en un cajón con andas. El cajón era liviano, como un canasto tejido y tenía la forma del cuerpo del joven, con una tapa encima. Al llegar Jesús con sus discípulos, éstos se pusieron a los lados del cortejo. Jesús se adelantó a los portadores y les dijo: "Deteneos". Y mientras ponía la mano sobre el cajón, dijo: "Depositad el cajón en tierra". Al poner el cadáver en tierra, los acompañantes hicieron algunos pasos atrás, mientras los discípulos se colocaron a los lados. La madre del difunto había salido con varias mujeres

para seguir el cortejo y ahora estaban a pocos pasos de Jesús al salir de la puerta de la ciudad. Llevaban el velo y estaban muy tristes. La madre iba más adelante, lloraba silenciosamente y parecía pensar, al ver a Jesús: “¡Ah, llega tarde!” Jesús dijo a la mujer amablemente, aunque con seriedad: “Mujer, no llores”. La aflicción de ella causaba honda impresión, pues todos amaban a esa viuda por su gran caridad para con los pobres y enfermos. Había sin embargo entre el cortejo algunos hombres obstinados, a quienes se reunieron otros de la ciudad. Jesús pidió agua y una ramita. Trajeron y dieron a uno de los discípulos un recipiente con agua y un hisopo. El discípulo se lo pasó a Jesús, el cual dijo a los portadores: “Abrid el cajón y desatad el cadáver”. Mientras estaban ocupados en este menester, alzó Jesús sus ojos al cielo y oró diciendo: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes del mundo y las has revelado a los sencillos. Sí, Padre, así fué vuestra voluntad. Todo me fué dado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre más que el Hijo, y cuando lo quiere revelar el Hijo. Venid todos a Mí los que estáis cansados y afligidos; Yo os quiero renovar. Tomad mi yugo sobre vosotros, porque mi yugo es suave y mi carga ligera. Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas”.

Cuando sacaron la tapa del cajón he visto que el niño parecía una momia toda fajada de su encierro. Los portadores, sosteniendo el cuerpo con sus manos, desataron las ligaduras, descubrieron el rostro, y aparecieron las manos, y lo dejaron cubierto sólo con una sábana. Jesús bendijo el agua, mojó el hisopo en ella y con él roció al pueblo. Entonces he visto cómo salían de algunos circunstantes muchas pequeñas formas oscuras y negras de insectos, gusanos, sapos, serpientes y aún pequeñas aves negras, mientras estas personas se volvían más serenas, alegres y mejor dispuestas; y todo me pareció más claro y más luminoso. Después roció Jesús al niño con el agua bendita e hizo una cruz sobre él con la mano. Entonces he visto salir del niño una sombra oscura como una nubecilla. Jesús dijo al niño: “Levántate”. El niño se levantó, sentándose sobre su féretro y miró maravillado y curiosamente en torno de sí. Jesús dijo: “Dadle un vestido”. Le echaron encima un manto que lo cubría. Entonces se puso de pie y dijo, mirando en torno: “¿Qué es esto? ¿Cómo he llegado hasta aquí?” Le pusieron sandalias a los pies, y Jesús, tomándolo de la mano, lo llevó a la madre que venía al

encuentro, y dijo: "Aquí tienes a tu hijo; pero yo te lo pediré de nuevo renacido por el bautismo". La madre estaba tan fuera de sí por la admiración que no pudo dar gracias, sino que sólo hubo lágrimas de contento, temor reverencial y admiración, mientras abrazaba a su hijo.

Los parientes partieron de allí hacia la casa, mientras el pueblo cantaba cantos de alegría y de acción de gracias. Jesús siguió con sus discípulos a la casa de la viuda, que era grande y espaciosa, con jardines y patios. Allí aumentaron los curiosos que venían de todas partes para ver al niño. Fué bañado y se le dió un vestido blanco con una faja. A Jesús y a sus discípulos les lavaron los pies y le ofrecieron alimento. De inmediato comenzó una alegre donación de cosas y comidas a los pobres que se habían agolpado para felicitar a la buena viuda. Reparrieron vestidos, telas, trigo, pan, corderos, aves y monedas. Jesús, mientras tanto, enseñaba a los presentes en los patios de la casa. El niño Marcial corría de un lado a otro con su vestido blanco, muy alegre, repartiendo a los pobres. Estaba contento, con una alegría infantil, y era un espectáculo hermoso ver cuando se acercaron los niños de la escuela, sus compañeros, guiados por sus maestros. Algunos niños estaban aún asustados, creyendo que se trataba de un fantasma. Marcial corrió hacia ellos, y ellos retrocedieron. Otros se rieron de los miedosos y le dieron las manos para animar a los más temerosos. Hicieron como haría un niño grande que se acerca a tocar a algún caballo o animal, del cual los pequeños se habían asustado. Se preparó también una comida en la casa y en los patios, en la cual todos tomaron parte. Pedro, que era pariente de la viuda, pues era hija del hermano de su suegro, se mostraba especialmente activo y solícito en esta ocasión, y hacía como de dueño de casa.

Jesús atrajo varias veces al niño resucitado junto a Sí, y enseñaba, hablándole a él cosas que le hacían falta a los demás oyentes. Hablaba como si la muerte que había entrado en el mundo por el pecado, lo hubiese aferrado a él, sujetado y lo quisiese ahogar; como si hubiese debido ser arrojado a las tinieblas, donde ya no había misericordia ni perdón, abriendo recién los ojos cuando era demasiado tarde para arrepentirse de los pecados; como si antes de entrar en esas tinieblas la misericordia de Dios lo hubiese librado desatando las ligaduras en atención a la piedad de sus padres y de sus antepasados; que ahora tenía que desatarse de las ligaduras del pecado por medio del bautismo, para no caer en mayor esclavitud de la que

había sido librado. Habló también de la virtud de los padres, que siempre aprovecha a los hijos, y cómo por la justicia de los patriarcas antiguos, Dios había guiado y perdonado tantas veces al pueblo de Israel. Añadió que ahora que el pueblo está de nuevo ligado con ataduras del pecado, como este niño y al borde del sepulcro, la misericordia de Dios viene por última vez a librarlo. Juan vino a preparar los caminos y con voz poderosa había despertado los corazones del sueño de la muerte, y el Padre se apiada por última vez y abre los ojos de aquellos que no quieren, obstinados, abrirlos voluntariamente. Comparó al niño difunto con el pueblo ciego, y cómo a éste le alcanzó la misericordia cuando estaba en las puertas de la ciudad próximo al sepulcro. Les dijo: "Si los portadores no se hubiesen detenido desoyendo mi voz, no hubiesen depositado el cadáver, no hubiesen abierto el cajón, no lo hubiesen desatado de sus ligaduras, y hubiesen querido seguir adelante con el difunto y lo hubiesen enterrado, pensad qué espantoso hubiese sido todo esto". Los comparó con los fariseos, los falsos maestros que detienen al pueblo en la saludable penitencia que da vida, que atan a las gentes con las ligaduras de sus vanas observancias, lo encierran y lo arrojan en el sepulcro eterno. Les rogó que acepten la misericordia que les ofrece su Eterno Padre y los exhortó que se apresurasen a aceptar la vida con la penitencia y el bautismo.

Digno de atención es que aquí Jesús roció a los presentes con agua bendita, porque tenía que echar de varios hombres los malos espíritus de envidia, del falso celo, de la mala voluntad que mostraban pensando que Jesús no podría hacer nada con el niño muerto. Cuando resucitó el niño, he visto que se levantó, al rociar el cadáver con el agua bendita, una nubecilla o sombra oscura, en forma de insecto, que saliendo del cuerpo, entró en la tierra. En los otros casos de resurrecciones he visto que Jesús llamaba el alma que volviese al cuerpo del difunto del lugar donde estaba en el círculo de su culpa. Veía yo que venía el alma y entraba en el cuerpo y que éste se levantaba. En este caso de Naím ví que se alzaba la muerte de allí, como un peso que antes oprimía al cuerpo.

Después de la comida se dirigió Jesús con sus discípulos hacia el hermoso jardín de la viuda Maroni, al Mediodía de la ciudad. Todo el camino estaba lleno de tullidos y enfermos, que Jesús sanó. Esto produjo un gran movimiento en toda la ciudad. Ya oscurecía cuando Jesús llegó al jardín donde estaba Maroni, los parientes, los criados, algunos maestros de la sinagoga y el

niño resucitado con otros niños. Había varias casas de descanso en el jardín y delante de una casa mejor, que tenía techo con columnas y podían cerrarse con lienzos, había una antorcha bajo un árbol iluminando la sala. Hermosamente brillaban a la luz de la poderosa antorcha las hojas verdes de las plantas y a través de los árboles, con frutas pendientes, se podía ver con toda claridad. Al principio Jesús enseñó, caminando; después entró a la sala, y enseñó allí. A veces, hablando con el niño resucitado, decía cosas que aprovechaban a los demás. La noche era espléndida en el jardín. Más tarde se retiraron todos a la casa de Maroni, donde todos encontraron refugio para pasar el resto de la noche.

Con la noticia de la venida de Jesús a Naím y la resurrección del niño, se había reunido mucha gente. Gran cantidad de enfermos de toda la comarca llenaban las calles hasta la casa de la viuda Maroni. Jesús sanó cierto numero por la mañana y puso en paz a ciertas familias desavenidas. Habían venido, en efecto, varias mujeres quejándose de sus maridos, con los cuales no podían vivir, y pidiendo carta de divorcio. Era esto un arreglo tramado por los fariseos. Como habían quedado confundidos por la resurrección del niño, y estaban llenos de ira, quisieron mezclarlo en cuestiones de divorcio, para que fallara algo contra las leyes y acusarlo luego de falsa doctrina. Jesús les dijo a las mujeres que se presentaron con quejas: "Traedme un recipiente con leche y un recipiente con agua, y os contestaré". Fueron a una casa vecina y trajeron leche y agua. Jesús, tomando ambos recipientes, echó el agua en la leche, y dijo: "Separadme primero estas dos cosas y os daré carta de separación". Como replicaron que no podían hacerlo, Jesús les habló de la indisolubilidad del matrimonio, añadiendo que si Moisés lo permitió, fué sólo por la dureza de los hombres; que separados del todo no podía ser, pues forman un solo cuerpo, y si no podían vivir juntos debía el hombre mantener a la mujer y a los hijos, y ninguno de los dos podía casarse nuevamente.

Luego fué con las mujeres a las casas de sus maridos, y habló con ellos separadamente; después con los hombres y las mujeres juntos. Culpó a las dos partes, más a las mujeres, y terminó por reconciliarlos a todos. Lloraban y quedaron más unidos y más fieles que antes. Los fariseos se irritaron mucho porque su treta les hubiese salido mal. Jesús sanó a varios ciegos, esa misma mañana, tomando saliva, mezclándola en su mano con algo de polvo y tocando los ojos con esa mezcla.

V

Jesús en Megiddo

Cuando Jesús abandonó la ciudad de Naím, organizaron la viuda Maroni, su hijo, los hombres curados y mucha gente de la ciudad, un acompañamiento, alzando palmas y ramos de árboles y cantando salmos en acción de gracias. Jesús se dirigió al Norte del Kisón, teniendo a la derecha las montañas que cierran el valle de Nazaret. Hacia la tarde llegó con sus discípulos a la ciudad de Megiddo, junto a la montaña, por cuya parte Oeste se entra en el valle de Zabulón. Entró en un albergue y enseñó la misma tarde. Cuando las gentes vieron que Jesús venía con sus discípulos por el camino, se pusieron sus vestidos de los cuales se habían aligerado en parte por el trabajo. La ciudad de Megiddo está en una altura y está algo en ruinas. En medio de ella se ve un edificio ruinoso cubierto con hierbas, y en varios lugares arcos y columnas derruidas. Debía haber sido el castillo de los reyes de Canaán, y he oído que Abrahán estuvo en estos lugares (Jos. 12, 21 y III Rey. 9-15). Más reciente es la parte de la ciudad donde entró Jesús ahora. Se compone de una larga hilera de casas, en la falda de la montaña, de la cual sale un camino que va a Tolemaida. Por eso hay aquí grandes albergues y viven publicanos que escucharon la predicación de Jesús y se determinaron a hacer penitencia e ir al bautismo. Los fariseos del lugar, como siempre, se irritaron por ello. Se ha reunido una gran cantidad de enfermos y vienen otros más. Jesús les hizo decir que Él los vería por la tarde e indicó como debían ordenarlos, cosa que hicieron los discípulos. Delante de la ciudad había un gran espacio cubierto de hierbas y allí fueron dispuestos los enfermos. Mientras tanto Jesús iba por los campos sembrados para enseñar a los trabajadores ocupados en las faenas: les enseñaba en parábolas. Algunos discípulos enseñaban a otros más alejados, hasta que Jesús pudo llegarse hasta ellos. Estos discípulos volvían luego a los que Jesús había catequizado y les explicaban o repetían algo de lo que habían oído al Maestro; al mismo tiempo les contaban sus milagros y curaciones. Lo que Jesús y los discípulos enseñaba era esencialmente lo mismo, para que cuando se encontrasen juntos trataran del mismo asunto que todos habían oído. De este modo los que habían entendido mejor la enseñanza estaban en condiciones de poder repetirlo a otras personas.

Como en estos tiempos de calor hacían los trabajadores frecuentes descansos, Jesús les enseñaba durante esas pausas y cuando tomaban algún alimento.

Cuando Jesús iba por los campos, llegaron, montados, cuatro discípulos de Juan Bautista y se quedaron oyendo la instrucción, después de saludar a los discípulos de Jesús. Llevaban vestidos de pieles sujetos con correas. No habían sido enviados por Juan, aunque conversaban con frecuencia con otros discípulos del Bautista. Estos eran una especie de sectarios que congeniaban con los herodianos, y habían venido para espiar lo que Jesús enseñaba sobre el reino. Exteriormente eran más severos y más finos y educados que los discípulos de Jesús.

Unas horas después llegó otro grupo de discípulos de Juan. Eran doce: dos de ellos habían sido enviados por Juan y los demás eran como testigos de la embajada. Cuando llegaban Jesús se encaminaba hacia la ciudad y ellos le siguieron. Algunos habían estado presentes a los últimos milagros y de inmediato habían vuelto junto a Juan. Cuando la resurrección del niño de Naím estaban presentes algunos de ellos y volviéndose a Juan, en Macherus, le dijeron: "¿Qué significa todo esto?... ¿Para qué estamos nosotros?... Todo esto hemos visto de Él, y esto hemos oído enseñar. Sus discípulos son más libres en las observancias. ¿A quién tenemos que seguir?... ¿Quién es Él?... ¿Por qué sana Él a todos, y consuela, y se interesa por la gente extranjera?... ¿Y para librarte a ti no da un paso ni se interesa?..." El Bautista tenía siempre mucho que hacer con sus discípulos; no lo querían dejar; él los enviaba con frecuencia a Jesús, para que viesen y lo siguiesen. Pero no acababan estos discípulos de comprender que debían seguir a Jesús: estaban con una pasión demasiado personal y egoísta por su maestro, y por esta causa solía mandar Juan mensajes a Jesús rogándole dijera claramente quien era Él para que acabasen de convencerse. Como ahora le venían de nuevo con sus dudas y sus pretenciones, Juan enviaba a dos de ellos que dijese a Jesús que enseñase claramente que era el Mesías, el Hijo de Dios, para terminar de una vez con estas dudas.

Jesús se dirigió en seguida con sus discípulos a la plaza redonda, donde estaban dispuestos los enfermos. Había gentes de Nazaret que le conocían personalmente. Veíanse allí tullidos, ciegos, sordos, mudos, enfermos de toda especie y no pocos endemoniados. Pasando por las hileras sanaba, y de diversas maneras libraba a los endemoniados. No eran de los furiosos,

como en otros lugares, pero tenían convulsiones y se retorcían. Jesús los libraba a distancia con su mandato. El vapor oscuro salía de ellos, se sentían desmayar, y luego volvían en sí cambiados enteramente. Este vapor salía de ellos en línea angosta, que se juntaba y desaparecía, a veces en el aire, otras en la tierra, como sucedió en estos casos. Veo con frecuencia que cuando estos malos espíritus salen de un hombre, no se van en seguida, sino que andan entre los demás presentes hasta que desaparecen.

Jesús había empezado apenas a sanar a los enfermos cuando llegó la comisión que pretendía detener a Jesús para interpellarlo; pero Jesús ni miró a estos mensajeros, y siguió su trabajo. Esto no gustó a los enviados, sin explicarse por qué no los atendía; entre ellos había algunos llenos de envidia y de celo indiscreto. Juan no obraba milagros y Jesús los obraba en cantidad. Juan hablaba cosas grandes de Jesús y Éste no se preocupaba de sacarlo de la cárcel. De pronto se sentían conmovidos y admirados por sus milagros y sus enseñanzas; pero luego oían las murmuraciones de los que decían: “¿Quién es Éste? Conocemos muy bien a sus pobres padres”. Luego escuchaban sus enseñanzas sobre el reino y no las podían entender. Por ningún lado veían reino alguno ni esperanzas de verlo. Porque Juan era honrado y estimado por todos y, sin embargo, seguía en la cárcel, pensaban que Jesús dejaba que ocurriera eso para granjearse la propia estima, y que tenía interés en no sacar a Juan de su encierro. Les escandalizaba también la libertad con que veían proceder a los discípulos. Consideraban exagerada la humildad de Juan, que siempre los enviaba para que Él les explicase quien era en realidad y se manifestase claramente. Jesús siempre les contestaba con reticencias, y ellos no podían entender cómo Juan los enviaba para que conociesen a Jesús, y así se les hacía a ellos más pesada esta situación que a las gentes sencillas del pueblo. Mientras Jesús daba la vuelta por las hileras de enfermos llegó junto a uno que se gloriaba de conocer a Jesús porque era de Nazaret: preguntaba si no se acordaba de veinticinco años atrás cuando había muerto su abuelo y ellos, como niños, estaban muchas veces juntos. Jesús no se detuvo en conversar; se contentó con decir que lo conocía, y en seguida pasó a tratar de sus pecados y de su enfermedad. Como lo encontrara arrepentido y creyente, lo sanó, lo exhortó y pasó a los demás enfermos.

VI

Jesús responde a los mensajeros del Bautista

Cuando Jesús llegó al otro extremo del círculo de enfermos, se adelantaron los enviados de Juan, que habían estado todo el tiempo considerando, admirados, los prodigios obrados por Jesús. Ahora le salen al camino y le dicen: “Juan el Bautista nos ha enviado a Ti y te hace una pregunta: ¿Eres Tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?” Jesús les contestó: “Id y anunciad a Juan lo que habéis visto y oído. Los ciegos ven, los sordos oyen, los tullidos recobran el movimiento, los leprosos son limpiados y los muertos resucitan; las viudas son consoladas y los pobres son enseñados y evangelizados. Lo que está torcido se endereza, y bienaventurado quien no se escandaliza de Mí”. Con esto los dejó y ellos partieron de allí en seguida. Jesús no podía hablar de Sí mismo más claramente: no le hubieran creído ni entendido. Sus mismos discípulos eran gente buena, sencilla, piadosa y de nobles sentimientos; pero no estaban preparados para estas verdades. Algunos de ellos eran sus parientes y hubiéranse escandalizado o se hubieran desviado en extraños pensamientos. El pueblo no estaba maduro para oír estas verdades y Jesús estaba rodeado de espías; aún entre los discípulos de Juan tenían los fariseos y herodianos algunos adeptos.

Cuando los mensajeros de Juan se alejaron comenzó Jesús a enseñar en ese lugar. Los enfermos sanados, muchas otras gentes, los escribas de la ciudad, sus discípulos y aún los cinco publicanos que viven aquí, escucharon su enseñanza. Continuó enseñando bajo la luz de las antorchas y algunos enfermos fueron sanados. La contestación a los mensajeros de Juan le sirvió de tema, y habló de la manera de usar los beneficios de Dios, y exhortó a la penitencia y a la conversión; y como sabía que algunos fariseos presentes tomarían ocasión de la contestación a los mensajes de Juan para decir al pueblo que Jesús no se interesaba por Juan, para aumentar su propia fama, y así lo dejaba perecer en la cárcel para aparecer sólo Él, por eso explicó Jesús su respuesta a los mensajeros sobre la pregunta de quién era Él y exhortó a la penitencia. Dijo: “Habéis oído al mismo Juan predicar la penitencia y lo que ha dicho de Mí. ¿Por qué dudáis entonces? ¿Qué buscáis entonces en Juan? ¿Qué habéis ido a ver en Juan? ¿Una caña que se mueve a todo viento? ¿O habéis ido a ver a un hombre vestido con elegancia? Los que se

visten así y viven en delicadezas están en los palacios de los reyes. ¿Qué habéis ido a ver y qué buscabais cuando fuisteis a verlo?... ¿Quizás a un profeta? Sí, os lo digo: más que profeta habéis visto. Este es de quien está escrito: He aquí que envío mi mensajero que prepare el camino delante de Ti. Os lo digo de verdad: entre los nacidos de mujer no hay nadie más grande que Juan, y, sin embargo, el menor en el reino de Dios es mayor que él. Desde el tiempo de Juan el reino de los cielos padece violencia y los violentos lo arrebatan. Todos los profetas y la ley hasta Juan han profetizado esto, y si lo queréis creer, él es Elías, que debe venir. Quién tiene oídos para oír, oiga”.

Todos los oyentes estaban conformes con las palabras de Jesús, conmovidos, y querían bautizarse. Sólo los fariseos y escribas estaban irritados y escandalizados porque habían conversado con los publicanos presentes. Por eso habló Jesús también de lo que se decía de Juan y de lo que se murmuraba de Él mismo, porque trataba y conversaba con los publicanos y pecadores. Después fué Jesús a casa de uno de estos publicanos para enseñar.

Allí estaban presentes los otros cuatro publicanos. Eran gentes que se habían decidido a convertirse. Esta casa quedaba cerca del lugar donde había sanado a los enfermos. Otra casa de publicano estaba a la entrada de la ciudad y las otras más afuera. Dabeseth, donde estaba la casa de Bartolomé, podía verse en la primera parte del camino de Naím hacia aquí; más cerca, no se podía ver, porque la ocultaba la montaña de Megiddo. Estaba situada a una hora y media, hacia el Oeste, delante del valle Zabulón, junto al arroyo Kisón.

VII

Jesús abandona Megiddo. Curación de un leproso

Jesús se dirigió, desde Megiddo, a Cafarnaúm, cuando había comenzado la fiesta del Novilunio. Lo acompañaban unos veinticuatro discípulos, los cuatro discípulos sospechosos de Juan y algunos publicanos de Megiddo que debían bautizarse en Cafarnaúm. Caminaban despacio y descansaban en lugares amenos, porque Jesús enseñaba durante el camino que sale de Megiddo al Noreste, sobre las alturas y los valles de Nazaret, y que lleva a la parte Noreste del Tabor. Su enseñanza se refería al llamado completo y a la misión de los apóstoles que en breve

iba a tener lugar. Los exhortaba a dejar todas las cosas terrenas y las preocupaciones de la vida. Hablaba muy conmovido, tiernamente. De pronto, cortando una flor del camino, dijo: "Mirad: esta flor no se preocupa, y ved sus colores y su fina contextura. ¿Estuvo acaso el sabio Salomón vestido con la magnificencia de esta flor?" Esta comparación la usó Jesús repetidas veces. De nuevo habló del apostolado, de tal manera que cada uno podía ver su propia figura en las cosas que decía. Hablando de su reino, les previno que no buscasen empleo dentro del mismo y que no se le imaginasen tan temporal. Esto dijo porque los cuatro herodianos estaban allí para espiar lo que dijese sobre el reino. Exhortó a los apóstoles diciéndoles de quiénes debían guardarse y los describió tan bien que todos podían reconocer a los cuatro enviados herodianos. Les dijo se guardasen de ciertas gentes que venían con piel de ovejas y con anchas fajas. "Guardaos de los profanos que vienen con piel de ovejas y con anchas fajas". De este modo describió a esos discípulos que venían precisamente con una especie de estola de piel y con fajas. "Los conoceréis porque no se atreven a mirar a uno en la cara. Si vuestro corazón, les dijo, está con contento y con celo, y lo comunicáis a éstos, el corazón de ellos está inquieto y esquivo, y en esto los conoceréis, porque buscan de esquivarse como un animal". Nombró un insecto que, encerrado, busca luego un agujero para salir.

De pronto apartó una rama de espino de una planta y dijo: "Mirad si encontráis fruto en esta planta". Algunos discípulos miraron sencillamente y Jesús continuó: "¿Se buscan, acaso, higos en los espinos o uvas en los cardos espinosos?" Hacia la noche llegaron a un caserío de unas veinte viviendas con una escuela en la parte Noroeste de las faldas del monte Tabor. El lugar está como a una y media o dos horas hacia el Oriente de Nazaret y a una media hora de la ciudad de Tabor. Las gentes eran buenas y conocían a Jesús desde años, cuando Jesús con sus amigos andaba por estos contornos. La mayor parte eran pastores y ahora estaban ocupados en juntar algodón. Cuando vieron a Jesús lo llevaron a sus casas, para acudir luego a recibir a Jesús. He visto que traían sus gorras rústicas en las manos, mientras en la escuela tenían puesta la gorra de piel. Recibieron a Jesús junto al pozo, le lavaron los pies, como también a los discípulos, y les ofrecieron un refresco. No había allí sinagoga, pero sí una escuela y un maestro. Jesús fué a la escuela y enseñó en parábolas.

Este lugar era la patria de un hombre principal que vivía con su mujer en una casa grande, apartada de las demás. Este hombre había pecado y a consecuencia de ello contrajo la lepra; se separó de su mujer, que vivía arriba en la casa y él en un departamento separado. No había declarado su enfermedad para no sufrir la pesada obligación de vivir aislado; pero se le conocía por los dedos, y así la gente no pasaba por la calle que llevaba a su casa, aunque era un camino principal. La gente habló del caso a los apóstoles. El hombre leproso hacía tiempo que se había arrepentido y deseaba la visita de Jesús. Ahora llamó a un niño de ocho años, que era su esclavo y le traía la comida y le servía, y le dijo: "Vete a ver a Jesús de Nazaret, y cuando Él se aparte un poco de los discípulos, acércate a Él y le dices hincado de rodillas: Rabí, mi señor está enfermo y sabe que Tú lo puedes ayudar; si quieres, toma el camino que lleva a nuestra casa, que la gente no quiere andar. Él te pide humildemente quieras ir por ese camino, porque él está convencido que si Tú te acercas él quedará sano de su mal". El niño llegó hasta Jesús y transmitió su mensaje muy bien. Jesús le respondió: "Di a tu señor que mañana iré a verlo". Diciendo así le tomó de una mano mientras le ponía la otra sobre la cabeza en señal de aprobación. Esto sucedió mientras Jesús salía de la escuela e iba al albergue. Jesús, que sabía la llegada del niño, quedó de propósito algo retardado detrás de los apóstoles. El niño llevaba un vestido amarillo. La posesión de Ana está como a una hora de distancia entre el valle de Nazaret y el de Zabulón. Hay un barranco lleno de árboles, que desde esta posesión lleva a Nazaret. De este modo Ana podía ir a casa de María sin pasar por la ciudad.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, se dirigió Jesús con los suyos a casa del leproso. Los discípulos le dijeron que por allí no debía ir. Jesús tomó ese camino y les mandó que le siguiesen. Ellos estaban temerosos pensando que después se hablaría del caso en Cafarnaúm. Los discípulos de Juan no le siguieron. El niño entretanto había visto que Jesús venía y lo anunció a su patrón. Éste llegó a cierta parte del camino y clamó: "Señor, no te acerques a mi; si Tú quieres que yo sane, lo puedes hacer". Los discípulos se detuvieron, y Jesús dijo: "Lo quiero". Fué allí donde estaba el hombre, lo tocó y fué sano, y habló con él. El hombre se echó a sus pies y la lepra salió de él. El hombre declaró su situación, y Jesús le dijo que volviera con su mujer y que poco a poco se juntara de nuevo con la

gente. Le reprendió por sus pecados, le impuso el bautismo de penitencia y cierta limosna. Después volvió a los discípulos y les dijo que si eran simples de corazón y creyentes no debían tener reparo en tocar a los leprosos, si ellos estaban arrepentidos.

Cuando el sanado se hubo lavado y purificado y vuelto a su mujer, y le contó el milagro de Jesús, no faltó algún mal intencionado que fué a contar el caso a los fariseos de la ciudad de Tabor, los cuales asaltaron al hombre con una comisión examinadora, que lo observó minuciosamente, y lo acusaron de fingir enfermedades que no había tenido, o dudando de si estaba ya curado en realidad. Y por envidia y rencor contra Jesús hicieron un gran espectáculo de aquello que antes habían dejado pasar, aunque lo sabían. Jesús entretanto caminó durante todo el día bastante apresurado: sólo descansaba de vez en cuando para tomar algún alimento. Durante el viaje les hablaba en parábolas del desapego de los bienes de la tierra y del reino de Dios. Les dijo que no le era posible aclararles todas las cosas; que llegaría un tiempo en que todo lo entenderían. Les habló de no angustiarse por la comida y el vestido; que habría más hambrientos que comida, y que ellos preguntarían: “¿De dónde, Señor, sacar para dar de comer a tantos?” Y con todo, habría sobrante. Les dijo que se fabricasen casas sólidas, entendiendo que en su reino procurasen estas casas y estos puestos con la abnegación y el sacrificio en la tierra. Ellos lo entendieron en sentido material. Judas Iscariote estaba más contento con esto que los demás y dijo delante de todos que él empezaría su trabajo haciendo su parte. Jesús se detuvo y dijo: “No estamos aún al término; no será siempre así, que vosotros seáis bien recibidos y alimentados y tengáis lo necesario: vendrá un tiempo en que os perseguirán y os arrojarán, de modo que no tengáis ni casa ni pan, ni vestidos ni calzado”. Añadió que se preparasen para dejarlo todo, pensándolo bien, pues tenía Jesús grandes cosas que emprender con ellos. Habló de dos reinos que se enfrentan, y que nadie puede servir a dos dueños; quien quiere servir en su reino debe dejar el otro.

Hablando de los fariseos y de los semejantes a ellos refirióse a las máscaras y larvas que llevan, que siempre enseñan formas muertas y pretenden que se observen, y dejan la sustancia de la ley, que es el amor, la reconciliación y la misericordia. Les dijo que deben ser lo contrario: la envoltura no es nada, cosa muerta, sin el grano interno; deben mirar lo interior y luego la ley, y que el grano debe desarrollarse con la cáscara. Les habló

de la oración que debía hacerse en el retiro y no con tanto aparato exterior. Otras muchas cosas les dijo en esta ocasión. Volvía siempre a repetir cosas que decía al pueblo, para que ellos las entendieran mejor y pudiesen comunicarlas a los demás. Muchas veces eran las mismas cosas, pero con otras palabras y en otra forma. Entre los oyentes preguntaban más frecuentemente Santiago el Mayor y Judas Barsabas, y algunas veces Pedro. Judas Iscariote lo hacía siempre con cierta jactancia. Andrés parece estar ya más acostumbrado a todo. A Tomás lo veo pensativo, echando cuentas consigo mismo. Juan toma todo con sencillez infantil y sin preocupación. Los discípulos más instruídos callan, a veces por cierta modestia, y otras para no dar a entender que, a pesar de su instrucción, no lo han entendido. De este modo, caminando por esos valles, llegaron antes de empezar el Sábado a un valle al Este de Magdalum, donde se encontraron con el grupo de gentes del pagano Cyrino de Dabrath y el centurión Achías de Gischala, que se dirigían al bautismo hacia Cafarnaúm. En las cercanías de Cafarnaúm enseñó Jesús cómo debían comportarse a la misión y a la obediencia y cómo debían conducirse en los caminos cuando los enviare a predicar a los pueblos. Les dió algunas reglas que debían observar con cierta clase de gentes. Esto lo dijo antes de que se despidiesen los cuatro discípulos herodianos. Les dijo: "Cuando se acerquen a vosotros hombres profanos, los conoceréis por preguntas mansas, al parecer, y espiadoras, que no se quieren apartar, sino que por mitad están conformes y por mitad contradicen, y hablan de cosas de que tienen lleno el corazón". De éstos deben apartarse de cualquier modo, pues son ahora demasiado blandos y débiles para contestar a tantas objeciones, y podrían caer en los lazos que les tienden tales personas. Jesús no despide a estos espías, porque los conoce bien y es necesario que escuchen sus enseñanzas.

VIII

En la sinagoga de Cafarnaúm. Curación de dos leprosos

Jesús cruzó de nuevo a través de la posesión del capitán Zerobabel. Ya había comenzado el Sábado, y se apuraron. En los jardines de Zerobabel se habían establecido, por caridad del mismo, dos jóvenes escribas que por sus vicios habían contraído la enfermedad de la lepra: eran de unos veinticinco años. Habían decaído completamente y vivían en el mayor desprecio, por

causa de su mal. Estaban envueltos en mantos colorados y llenos de asquerosas llagas. Habían estado antes en Magdalum con Magdalena; luego se habían dirigido a otros lugares hasta que cayeron en la mayor miseria. Cuando Jesús estuvo la última vez aquí se avergonzaron de comparecer delante de Jesús; pero ahora, convencidos del poder de Jesús y de su misericordia y bondad, se hicieron llevar hasta el camino y clamaron pidiendo ayuda. Jesús pasó de largo, pero dijo a dos de los criados de Zerobabel, que los cuidaban, que los llevasen hasta la sinagoga de Cafarnaúm, y cuando el pueblo estuviese reunido dentro, los pusieran afuera, en una altura, para que pudiesen oír la enseñanza: que allí se arrepintiesen y orasen hasta que los llamara Él mismo. De inmediato fueron los mensajeros, y tomando a los dos infelices, los llevaron con gran trabajo hasta la altura de la muralla, desde donde oirían a Jesús, puestos al aire libre en donde pudieran orar y arrepentirse.

Jesús llegó con sus discípulos a la sinagoga, después que se hubieron lavado los pies y sacudido la ropa. Cuando se acercó al púlpito donde uno estaba leyendo, éste dejó el lugar y entregó el libro a Jesús, quien tomando los rollos comenzó a predicar sobre Jacob perseguido por Labán, la lucha de Jacob con el ángel, la reconciliación con Esaú, la seducción de Dina, y, por fin, sobre el profeta Oseas. Cuando Jesús leyó los rollos, sin haberlos rehusado, sonreían irónicamente los fariseos, como si hubiese sido poco modesto y cortés no rehusándolos. Estaban muy contrariados por la aparición de Jesús. La resurrección del niño de Naím ya era conocida allí y también las milagrosas curaciones de Megiddo. Pensaban qué haría ahora entre ellos. En la sinagoga estaban la mayor parte de los parientes de Jesús.

Cuando el pueblo se alejaba de la sinagoga y detrás de ellos Jesús, los discípulos y los fariseos, pensaron estos últimos en disputar con Él en el pórtico; pero no alcanzaron a hacerlo, porque Jesús se dirigió hacia la galería donde estaban los dos hombres impuros, a quienes les mandó presentarse. Éstos estaban tan atemorizados por la presencia de los fariseos, que no se atrevieron a hacerlo en seguida. Jesús les mandó, en nombre de no sé quién, que se presentasen, y entonces, ante la maravilla de todos, pudieron ellos mismos por su propio esfuerzo bajar de su altura. El pórtico estaba iluminado con antorchas. ¡Cuál fué la rabia de los fariseos cuando reconocieron en sus mantos colorados a los dos infelices leprosos! Éstos cayeron de rodillas delante de Jesús. Jesús puso sus manos sobre ellos, sopló en sus

caras y les dijo: "Vuestros pecados os son perdonados". Los exhortó después a la continencia y a hacerse bautizar. Les mandó dejasen su oficio de maestros, puesto que les quería enseñar la verdad y el camino a ella. Se levantaron, mejoraron de rostro, las llagas se cerraron y cayeron como escamas. Dieron gracias, entre lágrimas, y se alejaron con los criados de Zerobabel. Mucha gente de buena intención se acercó a ellos y alababa a Dios por su curación y conversión.

Los fariseos parecían energúmenos y gritaban: "¿En día Sábado curas Tú?... ¿Y perdonas los pecados?... ¿Cómo puedes Tú perdonar los pecados?... Él tiene el diablo que le ayuda: es un endemoniado furioso; se le conoce por el modo como corre por todas partes. Apenas termina su espectáculo aquí, se va a Naím, donde resucita muertos, luego en Megiddo, y de nuevo aquí. Esto no puede hacerlo un hombre de sano juicio. Tiene un mal espíritu muy poderoso que le ayuda". Y añadían: "Cuando Herodes termine con Juan, entonces le tocará el turno a Éste, si es que no huye antes de aquí".

Jesús pasó entre ellos, imperturbable. Las mujeres parientes lloraban y se lamentaban al oír estas amenazas contra Jesús. Lo esperaban angustiadas a la salida de la sinagoga. Jesús salió de la ciudad tomando el Noreste, sobre una altura del valle circundante, donde estaba la casa de María. Hay allí matorrales y cavernas, donde se detuvo a orar. Más tarde llegó a la casa de su Madre, donde encontró a las mujeres reunidas, a quienes consoló; salió y pasó toda la noche afuera, entregado a la oración. A la mañana siguiente se dirigió a un huerto de Pedro, cercado y cercano a la casa del apóstol, donde estaba ya preparado todo para el bautismo. Había fuentes redondas fabricadas de modo que se les hacía entrar agua del cercano arroyo. Una techumbre de hojas contenía divisiones para que los bautizados se pudiesen cambiar de ropa, y para Jesús habían preparado un lugar más elevado como cátedra de enseñanza. Los discípulos estaban todos allí. Había unos cincuenta bautizandos, varios parientes de la Sagrada Familia, un hombre anciano con tres hijos de Séforis, el niño que Jesús curó en Séforis y aquella anciana que había estado con Jesús en Abez. Estaban, además, Cyrino de Chipre, el centurión romano Achías y su hijito Jefté de Gischala sanado, el centurión Cornelio y su criado de color amarillo curado con otros de su casa, varios paganos de la alta Galilea, un criado mestizo de Zerobabel, los cinco publicanos de Megiddo, un niño José sobrino de Bartolomé con otros niños más, otros sanados

aquí y endemoniados librados y finalmente los dos escribas que fueron curados ayer de su lepra. Estos ya no tenían señales de su enfermedad, pero estaban aún flacos y macilentos. Todos los bautizandos llevaban un vestido de penitencia de color oscuro y un pañuelo cuadrado sobre la cabeza.

Jesús enseñó algún tiempo, preparando a los catecúmenos. Después éstos pasaron a la choza de ramas, donde se pusieron el vestido para el bautismo. Era un vestido largo y blanco. Llevaban la cabeza descubierta y aquel pañuelo sobre los hombros y bajaban a la fuente con las manos cruzadas sobre el pecho. Andrés y Saturnino bautizaban; Tomás, Bartolomé, Juan y otros ponían las manos sobre los bautizandos haciendo de padrinos. Éstos tenían los hombros descubiertos y se inclinaban a la fuente. Un discípulo traía el agua bendecida por Jesús en un recipiente y el bautizador derramaba con la mano tres veces el agua sobre la cabeza de los bautizandos. Tomás fué padrino del niño Jefté de Achías. Se bautizaban varios al mismo tiempo y a pesar de ello la función duró hasta las dos de la tarde.

IX

Resurrección de la hija de Jairo, jefe de la sinagoga

Cuando más tarde Jesús sanaba a algunos enfermos en la plazuela delante de la sinagoga, vino Jairo, el jefe, se echó a los pies de Jesús y le pidió fuese a ver a su hija enferma, en los últimos momentos de su vida. Jesús se disponía a seguir a Jairo cuando llegaron mensajeros de la casa, diciendo: "Tu hija ha muerto; no molestes ya al Maestro". Jesús dijo a Jairo: "No temas; créeme, y serás ayudado". Fueron por la parte Norte de la ciudad, donde vivía Cornelio el centurión, puesto que la casa de Jairo estaba casi pegada a ella. Cuando llegaron cerca, se veían muchos hombres con traje de luto y mujeres llorosas delante de la puerta y en el patio. Jesús tomó consigo sólo a Pedro, a Santiago el Mayor y a Juan. En la puerta dijo a las lloronas: "¿Por qué gemís y lloráis así? Salid de aquí; la niña no está muerta: sólo duerme". Estas gentes comenzaron a burlarse de Jesús porque sabían que estaba muerta. Jesús insistió que se alejasen, fueron sacadas de allí y se cerró la puerta. Entró en la pieza donde estaba la madre y la criada con preparativos fúnebres, y fué después con el padre, la madre y los tres discípulos al cuarto de la difunta. Jesús se adelantó a la muerta, los padres

quedaron detrás y los discípulos a los pies del lecho, a derecha e izquierda.

No me agradaba la madre; no tenía fe; se mostraba fría. El padre no era de los más entusiasmados por Jesús y quería estar bien con los fariseos; sólo la angustia y la extrema necesidad lo habían llevado a implorar la ayuda de Jesús. Si la sanaba, la tendría de nuevo; si no lo conseguía, quedaba bien con los fariseos y hubiera sido un triunfo para ellos. Al fin, la curación del criado de Cornelio le había dado algo más de esperanza y de fe. La niña no era grande y estaba muy demacrada. Podía darle once años y aun siendo de las menores de esta edad, pues encuentro niñas judías de doce años bien desarrolladas. Estaba tendida envuelta en un vestido largo. Jesús la levantó fácilmente contra su pecho para soplarle en el rostro. Vi entonces una cosa admirable. Junto al cadáver había una forma luminosa, en un círculo brillante, la cual, no bien Jesús sopló sobre ella, entró por su boca como una figura humana luminosa. Jesús depositó de nuevo el cadáver sobre su lecho y tomándole de la mano le dijo: "Niña, levántate". Ella se levantó y se sentó en el lecho. Mientras Jesús la tenía de las manos, abrió los ojos, y asida de la mano de Jesús se puso de pie fuera del lecho. Jesús la llevó sobre los pies vacilantes a los brazos de sus padres, los cuales habían contemplado todo el proceso con cierta frialdad y ansia, luego con intenso temblor y esperanza y por fin con indecible alegría. Jesús les mandó que dieran de comer a la niña y evitaran todo estrépito inútil por este hecho. Después de recibir el agradecimiento del padre salió y se dirigió a la ciudad.

La mujer estaba avergonzada y confundida, y no agradeció mucho. Pronto corrió la voz entre las lloronas y gentes de luto que la niña vivía. Se apartaban del camino, algunos se avergonzaban, otros se burlaban aún y entraron en la casa donde vieron a la niña comiendo. Jesús habló en el camino con los discípulos de esta resurrección: que esa gente no tenía verdadera fe ni recta intención; que, no obstante, la niña fué resucitada por causa y bien de ella y para gloria de Dios y del reino de Dios; que esa fué una muerte inocente, y que se guardara de la muerte del alma.

Se dirigió al lugar donde estaban los enfermos que le esperaban, de los cuales sanó a muchos; luego enseñó en la sinagoga hasta la conclusión del Sábado. Los fariseos estaban tan irritados que hubiesen echado mano contra Él si hubiese habido ocasión. Decían que hacía las maravillas por obra de Satanás y por

magia. Jesús dejó la ciudad por los jardines de Zerobabel y los discípulos se dispersaron por diversos lugares. Jesús pasó parte de la noche en oración. Por esta oración Él obtiene las conversiones de los pecadores y que los fariseos no consigan poner sus manos en Él antes de tiempo. Jesús obraba así como obraría un hombre para enseñarnos como debíamos hacer nosotros, y rogaba a su Padre celestial que se cumpliera su voluntad, y pudiera Él cumplir su misión. Según nuestro modo de ver era de presumir que los fariseos lo iban a despedazar, según la rabia que le tenían. Él se sustrae a su ira y al día siguiente aparece de nuevo en el Sábado para enseñar y sanar a otros enfermos. ¿Por qué no echan a los enfermos de allí? ¿Por qué no le impiden enseñar en la sinagoga? Tenían este derecho desde antiguo los profetas de enseñar y de ayudar a los enfermos y afligidos. Los fariseos sólo solían acusarlo de blasfemia y de torcidas enseñanzas, que, por otra parte, no podían probar. En cuanto al bautismo que recomendaba Jesús, no lo aceptaban ni se cuidaban de él. No había camino que del valle llevase a Betsaida; se iba por las alturas y era frecuentado sólo por los pescadores y los campesinos.

X

Bautismo de varios paganos. Jesús a orillas del lago

Marta y las santas mujeres de Jerusalén, Dina y otras se habían dirigido a sus casas después de la salida de Jesús de Naím. La viuda Maroni y su hijo resucitado fueron de tal manera asaltados por los visitantes y curiosos que al fin tuvieron que esconderse. En la casa del centurión Cornelio hubo una gran fiesta por la curación de su criado; muchos paganos y pobres acudieron a su casa. Después de la curación de su criado se propuso ofrecer toda clase de sacrificios de animales. Jesús le mandó decir que haría mejor en invitar a sus enemigos, perdonándolos; a sus amigos, para enseñarles; y a los pobres para ayudarles; que Dios no tiene gusto en ofrecimiento de animales. De este modo muchos paganos se encaminaron, por las alturas de Betsaida, hacia la casa de Cornelio, para la fiesta. Jesús estuvo de nuevo con los suyos en el baptisterio.

Saturnino tuvo un gran consuelo al bautizar a dos hermanos suyos paganos y a su tío. Su madre también estaba allí; ella es de religión judía. Saturnino es descendiente de reyes. Sus ante-

pasados vivían en Patras; su padre era ya difunto y su madrastra con dos hijas vivía todavía. Saturnino había oído narrar a un hombre de color, que había acompañado a los Reyes Magos a Belén, la historia de la estrella y del nacimiento del Niño-Mesías. Estando de viaje vino a tener contacto con este hombre; por esto se dirigió a Jerusalén y cuando comenzó Juan a predicar fué de los primeros discípulos; pero después del bautismo de Jesús se pasó a la escuela del Salvador en compañía de Andrés. Su madrastra fué a vivir a Jerusalén con sus dos hijas; los hijos menores que habían quedado en Patras con el tío han venido ahora a vivir a Jerusalén. Era gente de mucha riqueza. Se bautizaron aquí unas once personas. Cuando entraban a la fuente se ponían la vestidura larga y se inclinaban al borde de la fuente; después iban a la choza a cambiarse las vestiduras, que eran largas y blancas como mantos de bautismo. Los judíos no se cuidaban de los paganos bautizados: si éstos no se presentan a los sacerdotes pidiendo la circuncisión no les importa nada de ellos. No parece que les importe gran cosa de estos paganos convertidos. Cornelio, que vive entre ellos y les hizo edificar la sinagoga, ya pedirá, piensan, la circuncisión si quiere juntarse de veras con ellos.

Después enseñó Jesús a orillas del lago, no lejos de la pescadería de Pedro, donde tenía sus barcas. Había camino por las alturas, detrás de la casa de María y de Pedro, hacia Betsaida. La orilla del mar, junto a Betsaida, es alta, pero aquí desciende suavemente, y es fácil embarcarse. La barca de Pedro y la que hizo hacer Pedro para Jesús, están allí ancladas. La barca de Jesús era más pequeña que las otras y cabían sólo unas quince personas en ella.

XI

Jesús enseña por primera vez desde la barca de Pedro. Mateo el publicano

Estaba reunida una gran multitud de paganos que habían estado presentes en la fiesta del centurión Cornelio. Jesús les enseñó, y como el gentío se iba engrosando, subió a la barca con algunos de los suyos, mientras otros y los publicanos subieron a la barca de Pedro. Desde allí enseñó a los paganos, hablándoles en parábolas del sembrador, de la buena semilla y de la cizaña de los campos. Después cruzaron el lago. La barca de Pedro iba

delante, y la barca de Jesús, más pequeña, fué amarrada a la de Pedro. Los discípulos remaban por turno. Jesús estaba sentado en la parte más alta y los otros estaban alrededor. Preguntaban qué significaba esa parábola, y por qué les hablaba así en parábolas. Jesús la explicó y desembarcaron junto al valle de Gerasa y Betsaida-Julias. El camino llevaba a casa de los cuatro publicanos y éstos se dirigieron allá. Jesús torció a la derecha de la orilla con los discípulos, de modo que llegaron desde cierta distancia a la casa de Mateo; un sendero de lado conducía hasta la casa del publicano. Como Jesús se encaminara hacia ella, los discípulos se detuvieron como indecisos.

Cuando Mateo, que estaba ocupado con criados y empleados en sus mercaderías, vió desde la altura que venía Jesús hacia él con los discípulos, tuvo vergüenza y se retiró al interior de su casa. Jesús se acercó y le llamó desde el camino. Entonces Mateo salió presuroso y se echó a los pies de Jesús diciendo que no se consideraba digno de ser nombrado ni hablado por Jesús. Jesús le dijo: "Mateo, levántate y sígueme". Mateo se levantó y declaró que gustoso dejaba todo para seguirle. Siguió de inmediato a Jesús por el camino donde estaban los demás discípulos. Éstos lo saludaron dándole la mano. De una manera especial estaban muy contentos Tadeo, Simón y Santiago el Menor, pues eran hermanos por parte del padre Alfeo, el cual antes de su casamiento con María Cleofás (hija) había tenido con su primera mujer a Mateo. Mateo quiso que todos fueran sus huéspedes. Jesús le dijo que al día siguiente vendrían todos a su casa, y con esto se fueron. Mateo volvió apresurado a su casa, como a un cuarto de hora de camino desde el lago por las alturas de un barranco. El arroyuelo que corre por Gerasa hacia el lago pasa por allí cerca. Se ve desde aquí el lago y el campo abierto. Mateo tomó a un buen hombre del personal de Pedro y lo encargó de su oficio hasta nueva decisión. Mateo estaba casado y tenía cuatro hijos. Le dijo a su mujer la gran suerte que le cabía de haber sido llamado por Jesús: que lo quería dejar todo para seguirle; de lo cual también ella se alegró. En seguida ordenó se preparase la comida para mañana; él mismo se ocupó de invitar y de los preparativos. Mateo era más o menos de la edad de Pedro y podía ser por su edad padre de su hermanastro José Barsabas. Era un hombre bien formado y pesado, con barba y cabellos negros. Desde la época que había conocido a Jesús, en su viaje a Sidón, había recibido el bautismo de Juan y ordenado su vida según estricta justicia. Jesús fué

caminando por las alturas, detrás de la casa de Mateo, hacia el Norte y por el valle de Betsaida-Julias, donde había caravanas de paganos a los cuales predicó el reino de Dios.

Al día siguiente al mediodía llegó Jesús con sus discípulos a casa de Mateo, donde se habían reunido muchos publicanos. Camino andando se le juntaron algunos fariseos y discípulos de Juan, los cuales no entraron en la casa del publicano Mateo, sino que se paseaban por el jardín y decían a los discípulos: “¿Cómo podéis sufrir que Él se mezcle siempre con publicanos y pecadores?” Los discípulos respondieron: “Decídselo vosotros mismos a Él”. Los fariseos dijeron: “Con un hombre que siempre quiere tener razón, es imposible hablar”. Mateo recibió a Jesús y a sus discípulos lleno de contento y de humildad; lavó los pies a todos, y sus hermanastros lo abrazaron con ternura. Mateo presentó a Jesús a su mujer y a sus hijos. Jesús habló con la mujer y bendijo a los hijos. Después no he visto más a estos hijos. Me he maravillado muchas veces de que cuando Jesús bendecía a los niños, luego no los veía más.

He visto después a Jesús sentado y a Mateo hincado delante de Él; que Jesús le ponía las manos sobre la cabeza, lo bendecía y le decía palabras ilustrativas. Mateo se llamaba Leví y recibió ahora el nombre de Mateo. Hubo una gran comida. Las mesas estaban dispuestas en cruz en una sala abierta. Jesús estaba sentado en medio de los publicanos. He visto que a veces se levantaban para conversar y volvían a sus asientos al traerse nuevas comidas. Llegaron pobres viajeros de paso por allí y los discípulos les distribuyeron alimentos. Por aquí pasa el camino que lleva al vado y transporte del lago. Entre tanto se acercaron los fariseos y se trabaron en disputas con los discípulos, las cuales están consignadas en el Evangelio de San Lucas (cap. 5, 30-39) Hablaban especialmente del ayuno, porque esa tarde caía para los observantes judíos un día de ayuno por causa de la orden de quemar los libros de Jeremías dada por el rey Joaquin y porque no era costumbre entre los judíos de Judea sacar fruta de los árboles, al pasar, cosa que Jesús permitía a sus apóstoles. Cuando Jesús dió su respuesta, estaba con los publicanos en la mesa, mientras los fariseos paseaban con los discípulos. Jesús, al contestar a los fariseos, volvió la cabeza hacia ellos. En Cafarnaúm se nota ahora mucho más movimiento que antes; vienen muchos extranjeros, amigos o enemigos de Jesús, y muchos paganos se juntan con Zerobabel y con el centurión Cornelio.

XII

Postrer llamado de Pedro, Andrés, Santiago y Juan

Cuando Jesús, al día siguiente, caminaba por la orilla del lago, a un cuarto de hora de la casa de Mateo, estaban los discípulos Pedro y Andrés por embarcarse para echar sus redes al mar. Jesús los llamó y les dijo: "Venid y seguidme, os quiero hacer pescadores de hombres". Ellos dejaron en seguida sus redes, bajaron de la barca y vinieron a la orilla. Jesús caminó un trecho más adelante, donde estaba la barca del Zebedeo, que con sus hijos Santiago y Juan ordenaba sus redes. Jesús los llamó también a ellos, los cuales dejaron el trabajo y volvieron a tierra. El Zebedeo quedó en la barca con sus peones. Jesús los envió entonces a las montañas, diciéndoles que a los paganos bien dispuestos que lo pidiesen, los bautizasen. Jesús los había adoctrinado ayer y anteayer. Él mismo se dirigió a otro lado con Saturnino y otros apóstoles. La consigna era de reunirse de nuevo por la noche en la casa de Mateo. He visto cómo les indicaba con la mano la dirección que debían tomar. Los otros apóstoles habían esperado arriba, en el camino y cuando estuvieron todos juntos les dió la orden de marchar y de bautizar.

Jesús los había ya llamado a dejar sus redes y sus pescados, pero ellos volvían siempre al mismo oficio. Por otra parte, mientras no estaban en condición de enseñar ellos mismos a las gentes, no era necesario que le siguiesen de continuo; además sus viajes y su comercio con las caravanas de los paganos era muy útil a Jesús, especialmente aquí en Cafarnaúm. Cuando estuvieron con Jesús por las regiones de Oriente habían enseñado y aún sanado algunas veces, aunque otras no lo habían alcanzado por falta de fe. También habían sufrido algunas persecuciones. En Gennebris habían sido atados, llevados delante de los fariseos y retenidos presos. Habían recibido entonces la facultad de bendecir el agua para el bautismo. Esta facultad se la dió no con imposición de las manos sino con una bendición.

Pedro poseía además de las barcas y pescadería, algunos campos de cultivo y animales, y por esto se le hacía pesado el dejarlo todo. A esto se añadía su gran persuasión de que no era capaz del apostolado ni menos de enseñar a otros, y así se le hacía cosa harto pesada el dejarlo todo por seguir a Jesús. Su casa junto a Cafarnaúm era grande y larga, con patio y edificios al lado, galerías y galpones. El arroyo de Cafarnaúm, que pasaba

al lado, había sido apresado en un estanque y le servía para guardar los pescados. Alrededor había espacios de hierbas donde extendía y remendaba las redes. Andrés, en cambio, ya de tiempo atrás estaba más despegado de sus negocios. Santiago y Juan volvían también hasta ahora con sus padres cuando no seguían a Jesús. Los Evangelios, como no tienen otro interés que presentar un resumen de la vida de Jesús con sus apóstoles, ponen casi al principio este llamamiento de Pedro, Andrés, Juan y Santiago y el apartamiento de sus redes; del mismo modo amontonan sin orden de tiempo los milagros, las parábolas y las enseñanzas de Jesús.

Pedro, Andrés, Santiago y Juan se dirigieron al lugar donde estaban acampados los paganos, y Andrés bautizaba. Del arroyo trajeron agua en un recipiente. Los bautizandos formaban como un círculo y se hincaban con las manos cruzadas sobre el pecho. En este grupo había niños de tres a seis años. Pedro sostenía el recipiente, y Andrés derramaba por tres veces el agua sobre la cabeza, diciendo las palabras del bautismo; los otros apóstoles ponían sus manos sobre los hombros como padrinos. Los bautizandos se iban renovando de continuo. Cuando se hacían pausas, los discípulos repetían algunas de las parábolas más comprendidas, hablaban de Jesús, de sus enseñanzas y de sus milagros y explicaban a los paganos las cosas de la ley y del reino de Dios. Pedro especialmente sabía contar con calor y celo, accionando; también Juan y Santiago contaban con gracia. Jesús enseñaba en otro valle, mientras Saturnino bautizaba. Cuando por la noche todos se reunieron de nuevo en la casa de Mateo, había allí mucha gente que buscaba a Jesús, por lo cual Éste subió a la barca de Pedro con sus doce y Saturnino, y le mandó navegar hacia Tiberíades por la ruta que costea casi todo el lago. Parecía que Jesús quisiera evitar el concurso del público, porque se encontraba muy cansado.

XIII

La tempestad calmada

Estaba echado en la parte superior, alrededor del mástil, en uno de esos lugares donde suelen colocarse los vigías, y se quedó dormido, tan rendido se encontraba. Los que remaban estaban sobre Él, y se podían ver desde allí; por arriba había una techumbre. Cuando empezaron a navegar el lago estaba sereno y el cielo

tranquilo. Como a la mitad del lago, se levantó un temporal. Me maravillaba de que estando todo negro se vieran las estrellas. Se levantó un viento impetuoso y las olas alzadas azotaban con furia a la barca; ya no podían usar las velas. Yo veía con frecuencia un brillo sobre las aguas; debe haber habido frecuentes relámpagos. Como el peligro creciera, los apóstoles cobraron un grande miedo; despertaron a Jesús, y dijeron: “Maestro ¿no te interesas por nosotros, que perecemos?” Levantóse entonces Jesús, miró a la tempestad, y dijo, tranquilo y serio, como si hablara con el temporal: “Calla, enmudece”. Se produjo una calma instantánea, que admiró a todos y se decían unos a otros: “¿Quién es Éste, que hasta a los vientos y a las olas puede mandar?”

Jesús les reprendió su poca fe, de que temieran tanto y les mandó dirigirse a Corazín de vuelta, es decir, hacia donde Mateo tenía su oficina, y luego a Corazín, que así es llamada la Genesaret, al otro lado de Cafarnaúm y en Gischala. La barca del Zebedeo también volvió atrás con la de Pedro. Otra de las barcas con pasajeros se dirigió a Cafarnaúm. Con Jesús había en la barca unos quince discípulos. No hay que maravillarse de que los remadores estuvieran sobre Jesús, y Éste, sin embargo, pudiera ver desde la barca. Los remos estaban sobre el borde de la barca, muy altos, como una especie de terraza, alrededor del mástil.

Después he visto a Jesús caminando con los discípulos sobre las alturas en dirección de Corazín, donde se había reunido innumerable multitud, y venía siempre gente nueva. El lugar está a una hora de la ciudad de Corazín, al Sudoeste y algo al Norte de Gerasa, en un nivel más bajo. Donde Jesús enseñaba había un sitial de piedra. Se había anunciado desde días atrás esta predicación y por esto había allí algunos miles de personas escuchando. Sanó a una gran cantidad de personas enfermas: ciegos, baldados, mudos y leprosos. Cuando empezó a enseñar, los endemoniados traídos comenzaron a enfurecerse. Jesús les mandó callar y que se sentasen en el suelo. Se tendieron como perros asustados, y no se movieron hasta el fin de la predicación, cuando Jesús fué a ellos y los libró de sus demonios. Entre los muchos enfermos sanados recuerdo a uno que tenía los brazos secos y la mano retorcida. Jesús lo tomó de los brazos, y dedo por dedo los fué doblando suavemente, y así lo dejó sano. Todo esto sucedió en breve tiempo, lo suficiente para que vieran los apóstoles como debían proceder. El hombre comenzó a usar sus

dedos y su mano, y luego se sintió con fuerza en el brazo. Entre los oyentes había mujeres con niños de toda edad. Jesús mandó que le trajesen a esos niños, y pasando entre ellos les enseñaba y amonestaba, para que oyesen también los grandes, y luego los bendecía. He visto que tomó a un niño de la mano y lo llevaba de un lado a otro, sin resistencia, diciendo que así debían dejarse gobernar los hombres por Dios, sin resistencia ni protestas. Estuvo mucho tiempo en compañía de esos niños. La mayoría de los oyentes eran paganos, una parte judíos de Siria y de la Decápolis que habían venido en caravanas con sus mujeres, hijos y criados, para ser enseñados, sanados y bautizados. Jesús había querido venir aquí al encuentro de ellos, para que no fuese tan grande el gentío que llegase a Cafarnaúm. Entre esta gente vi a los parientes de aquella mujer con flujo de sangre que moraba en Cafarnaúm, de la cual habla el Evangelio. Era el tío de su difunto marido, de Paneas, en cuya casa se habían casado, que venía con una hija grandecita y otra mujer. Hablaron con los discípulos para ser pasados al otro lado del lago a Cafarnaúm y se informaron de su parienta enferma. Estuvieron escuchando la predicación de Jesús. Todo el día se pasó bautizando como ayer, hincándose la gente en círculo; y he visto de nuevo que se bautizaban niños pequeños: estaban de pie, cruzadas las manos sobre el pecho. El agua se trajo en odres desde el valle de Corazín. Durante esta predicación había fariseos que espiaban y algunos discípulos de Juan con malas intenciones. Por la noche se retiró Jesús con sus discípulos a la casa de Mateo. Contó en esta ocasión la parábola del tesoro escondido en un campo, lo cual, sabiéndolo uno, lo deja allí, y compra el campo por cualquier precio. Esto lo refirió a los paganos que ansiosos se llevan para sí el reino de Dios. Después Jesús entró en una barca, por causa de la multitud, y desde allí enseñaba. Navegó algún tanto, luego volvió, y pasó la noche en oración.

XIV

Jesús sana muchos enfermos en Cafarnaúm

A la mañana siguiente los discípulos trajeron a Jesús la noticia de que María Cleofás estaba muy enferma en casa de Pedro, en Cafarnaúm; que María su Madre le rogaba fuese a ver a la enferma, y que numerosos enfermos, aun de Nazaret, le esperaban allí. Jesús enseñó y sanó a muchos enfermos en las

orillas del lago. Había allí muchos poseídos del demonio, a los cuales libró. El gentío aumenta siempre, y no es para decir con cuánta caridad atiende Jesús a todos. Por la tarde pasó con los discípulos al otro lado del lago a Betsaida. Mateo entregó su negocio a uno de los hombres de la pescadería, y desde el bautismo recibido ejerce su oficio con toda rectitud y justicia. También los otros publicanos, sus amigos, ejercieron desde entonces su oficio con más honradez; se mostraban compasivos y caritativos con los pobres y daban limosnas. Judas Iscariote es todavía bueno, servicial y muy entendido, y en las distribuciones muy calculador y mirado. Muchos paganos pasan ahora el lago. Los que no van más lejos que a Cafarnaúm dejan los camellos de vuelta. Los otros camellos y asnos están sobre barracas, en las barcas, y son pasados al otro lado del lago, o conducidos más arriba, donde hay puentes sobre el Jordán. Jesús llegó, hacia las cuatro de la tarde, a Betsaida, donde María y Maroni con sus hijos lo esperaban con otros. Jesús tomó algún alimento. Los hijos de María Cleofás fueron a ver a su madre enferma. Jesús enseñó hasta la noche a la gente que se había reunido junto a la casa de Andrés. El concurso es extraordinario en Cafarnaúm para ver a Jesús. Alrededor de la ciudad hay caravanas y grupos de gentes: unas doce mil personas se juntaron allí para escuchar a Jesús. En todos los valles y rincones se ven camellos y asnos pastando en las praderas; a los camellos se les da el pasto porque están atados. Devoran muchos brotes de los cercados y hacen bastante daño. Por todos lados se ven tiendas tendidas. Desde que Jesús atrae a tanta gente Cafarnaúm adquiere mayor importancia y aumenta su riqueza. Algunos se establecen aquí fijos y los viajeros compran y negocian en la ciudad. Veo que se edifica mucho y así las casas de Zerobabel y de Cornelio el centurión pronto estarán unidas por edificios con la ciudad. Se traen también muchos enfermos de lejanos lugares. Por la resurrección del niño de Naím y por las otras numerosas curaciones todo está en movimiento. También de Nazaret vinieron muchas personas, que trajeron enfermos deshauciados y casi moribundos a presencia de Jesús. La casa de Pedro, el patio y el galpón están llenos de enfermos. Se levantaron chozas de hojas y ramajes, y se provee alimentos para ellos. La viuda de Naím, que es parienta de Pedro, y María Cleofás, que también es parienta de Pedro, por su tercer marido, viven aquí. Ésta vive generalmente en Caná, y de allí trajo a la viuda de Naím, con su hijo de ocho años, de su tercer matrimonio, ha-

mado Simeón. Había venido aquí afiebrada y su enfermedad aumenta. Jesús todavía no estuvo con ella. También veo a gente de Grecia, especialmente de Patras, la ciudad de Saturnino.

XV

Mensaje de Juan a la sinagoga

Antes del Sábado llegaron varios mensajeros enviados por Juan desde Macherus a Cafarnaúm. Eran de los más viejos y probados discípulos del Bautista; entre ellos estaban los hermanos de María Cleofás, Santiago, Sadoch y Eliachim. Llamaron a los jefes de la ciudad y a la comisión de los fariseos a la antecámara de la sinagoga y les entregaron un rollo largo y angosto cerrado como un cucurucho. Era una carta de Juan con un testimonio severo y claro para ellos sobre Jesús. Mientras ellos lo leían y se hablaban unos a otros, los mensajeros empezaron a decir al pueblo, que se iba reuniendo, lo que Juan había dicho delante de Herodes y de muchos que le escuchaban.

En efecto, cuando Juan envió a los mensajeros a Megiddo y éstos volvieron con la respuesta de Jesús narrando sus milagros, sus enseñanzas, y por otra parte la persecución de los fariseos y las habladurías sobre Jesús y también de que no se ocupaba de librarlo de la cárcel por exaltarse a sí mismo y otras cosas, se sintió Juan de nuevo movido a dar un testimonio claro sobre Jesús, ya que no había conseguido que este testimonio lo diese más claro el mismo Jesús. Pidió, pues, a Herodes le dejase hablar a sus discípulos y a todos cuantos quisieran oírle, pues pronto no hablaría más. Herodes se lo concedió gustoso, y se reunieron en el patio del mismo palacio todos sus discípulos y cuanto pueblo había querido escucharle. El mismo Herodes y su mala mujer estaban presentes escuchando desde un sitio elevado, rodeados de soldados. Vino Juan desde su encierro y comenzó a enseñar. Herodes lo permitía, pues quería mostrar al pueblo, para congraciarse con él, de que Juan gozaba de cierta libertad en su prisión. El Bautista habló con grande entusiasmo de Jesús: dijo que él mismo no había sido enviado sino para preparar el camino y que no había anunciado sino a Él; pero que este pueblo de dura cerviz no quería reconocerlo como Mesías. ¿Habían olvidado acaso lo que ya había dicho de Jesús? Ahora quería decirlo otra vez, pues sentía que su fin estaba cercano. Cuando dijo esto se sintió una conmoción entre los presentes, y

muchos lloraban. Herodes también sintió grande inquietud y contrariedad, pues no era su intención matar a Juan. Su adúltera mujer, en cambio, trató de ocultar su maldad descubierta. Juan continuó con gran celo su predicación, recordando lo acontecido en el bautismo de Jesús: que Él era el Hijo amado de Dios Padre, anunciado por todos los profetas. Todo cuanto enseña, dijo, es la enseñanza de su Padre; lo que Él obra es la obra del Padre, y nadie puede llegar a Dios Padre sino por el Hijo. En este modo habló largamente, refutando todos los cargos que le hacían los fariseos, especialmente de que profanaba el Sábado. Dijo: "Todos deben observar el Sábado y santificarlo; los fariseos lo violan porque no aceptan la enseñanza de Aquél que es Hijo de Aquél que instituyó el Sábado". Muchas cosas más dijo, y por último añadió que Jesús era Aquél en quien únicamente se puede esperar salvación; el que no cree en Él y no acepta su doctrina, será condenado. Exhortó a todos sus discípulos a seguir a Jesús y que no fueran como ciegos que se quedan en la entrada, sino que entren en el templo mismo, es decir en la doctrina y fe de Cristo.

Conforme con esto mandó a algunos discípulos con una carta en que puso todo este testimonio sobre Jesús y lo envió a los fariseos de Cafarnaúm: que Jesús era el Hijo de Dios y el cumplimiento de las promesas de los profetas y que todo cuanto hacía y decía era santo; refutaba todos sus reparos, amenazaba con el juicio y los exhortaba a no rechazar la salud. Les mandó a sus discípulos que le leyesen otra carta en el mismo sentido al pueblo y añadiesen todo lo que aquí habían oído decir sobre Jesús. He visto cómo los discípulos hicieron todo esto en Cafarnaúm. Se había reunido una gran muchedumbre de hombres venidos de muchas partes para este Sábado. Había judíos de todas las regiones de Palestina. Escucharon lo escrito por Juan sobre Jesús con grande contento. Muchos sentían verdadero gozo y se reanimaron en su fe y en su amor a Jesús. Los fariseos tuvieron que evitar el concurso y nadie pudo objetar; los hombres torcían la cabeza y se mostraban inclinados a dejar hacer; reafirmaban con todo su autoridad y decían a los discípulos de Juan que no pondrían obstáculos en los caminos del Señor, si no faltaba a los preceptos de la ley y no promovía desórdenes. Confesaban que era verdad que estaba dotado de poder y gracia; pero que ellos tenían que cuidar el orden y todo debe tener su justa medida. Juan era un hombre bueno, pero no podía saber todo lo que pasa desde su prisión. No había, en efecto, estado mucho tiempo con Él.

XVI

Jesús enseña en la sinagoga de Cafarnaúm

Comenzó el Sábado y todos se dirigieron a la sinagoga. Jesús llegó con sus discípulos. Todos lo escuchaban con gran admiración. Habló de la venta de José por sus hermanos (I Moisés 37, 1-36) y luego de Amós (2-6, 3-9) con las amenazas por los pecados de Israel. Nadie lo molestó en su predicación y los mismos fariseos lo escucharon con envidia concentrada y reprimida admiración. El testimonio del Bautista leído ante el pueblo los había atemorizado bastante.

De pronto se suscitó un escándalo grande en la sinagoga. Alguien había traído adentro a un endemoniado rabioso, el cual se enfureció de tal modo que quería morder a los que encontraba a su paso. Se volvió entonces Jesús hacia él y le dijo: "Calla. Llévadle fuera". Calló de inmediato el hombre; se sentó fuera en el suelo y estuvo quieto durante el sermón. Cuando Jesús terminó su enseñanza, se acercó al endemoniado, en la puerta, y lo libró del demonio. Después se dirigió a la casa de Pedro que estaba junto a la orilla, porque allí había quietud y silencio. Por la noche se retiró para pasarla en oración. Entre todos los curados por Jesús nunca he visto alguno tratado como loco; todos lo eran como endemoniados y poseídos. Los fariseos estaban aún reunidos y desarrollaban toda clase de escritos de los profetas y su modo de ser y especialmente de Malaquías, del cual se sabía algo más; hablaban de sus enseñanzas y sus andanzas; lo comparaban con la enseñanza de Jesús, y tuvieron que reconocer que los sobrepujaba a todos en virtud, poder y dones sobrenaturales; con todo, discutían siempre sobre su enseñanza.

A la mañana siguiente habló Jesús de nuevo en la sinagoga ante una gran multitud de oyentes. Entre tanto María Cleofás seguía empeorando, de modo que María, Madre de Jesús, le envió a decir que acudiese a verla. Jesús llegó a la casa de Pedro, junto a la ciudad donde estaba la viuda de Naím con María Santísima y los hijos y hermanos de María Cleofás. De un modo especial se compadecía de la enferma el niño Simeón, de ocho años, hijo de su tercer matrimonio con Jonás, hermano menor del suegro de Pedro, que había estado con él en la barca y había muerto hacía medio año apenas. Jesús entró donde estaba María Cleofás, oró y puso su mano sobre ella. Se hallaba desfallecida por la fiebre. La tomó de la mano y le dijo que no estuviese ya enferma. Mandó que le dieran de beber, y le trajeron

una bebida en un recipiente. Tuvo también que comer un bocado. Esto lo solía hacer con todos los enfermos que sanaba. He oído que esto tenía relación con el uso del Santísimo Sacramento. Generalmente bendecía antes estos alimentos. El contento de sus hijos era incontenible, especialmente del pequeño Simeón, cuando vieron a su madre sana y que servía ahora a los demás enfermos. Jesús salió de allí en seguida y se fué a ver a los muchos enfermos que habían traído. Había algunos despachados por incurables; diez casi moribundos, y enfermos de todas clases, traídos de diversas partes, hasta de Nazaret, y quienes le habían conocido en su niñez. He visto algunos ya como muertos. Vinieron aquí también los discípulos de Juan y se lamentaron de haber interpretado mal en Él de que no se hubiese interesado por la liberación de Juan; dijeron que habían ayunado mucho para mover a Dios que librase a Juan de la prisión. Jesús les dijo palabras de animación y de consuelo, y alabó nuevamente a Juan como a hombre santísimo. Luego hablaron con los discípulos de Jesús, preguntando por qué no bautizaba Jesús mismo, ya que su maestro Juan se había ocupado tan celosamente en este trabajo. Ellos respondieron más o menos así: que Juan había bautizado porque era el Bautizador y era su misión; que Jesús era el Salvador y salvaba y sanaba, cosa que no hizo Juan. Vinieron también escribas y fariseos de Nazaret, y muy cortésmente lo invitaban a visitarlos de nuevo; parecía que querían excusarse y reparar lo que había sucedido allí antes. Jesús les respondió que nadie es profeta en su propia patria. Se dirigió luego a la sinagoga y tuvo allí enseñanza hasta la conclusión del Sábado. Al salir dió la vista a un ciego.

XVII

La pesca milagrosa

El cuidado de la casa que Pedro tiene junto a la ciudad lo lleva su mujer misma; el cuidado de la otra casa, junto al lago, lo lleva su suegra y su hijastra. Jesús se retiró a la oración y a los discípulos les permitió, a su ruego, ir a sus barcas para pasar la noche en la pesca. Había mucho pedido de pescados por la gran multitud de gente estacionada allí; también había mucha gente que deseaba pasar el lago. Los discípulos solían estar toda la noche ocupados en la pesca y por la mañana pasaban gentes al otro lado. Jesús, mientras tanto, con los otros discípulos no

pescadores se ocupaba de dar limosnas a los pobres sanados de sus enfermedades y a otros viajeros necesitados. Mientras enseñaba daba a cada uno con sus propias manos lo que necesitaba, exhortando y consolando. Esta ayuda consistía en vestidos, telas y mantas, en panes y hasta en monedas. Sacaban para eso de lo reunido por las santas mujeres y otras cosas las proveían las personas acaudaladas. Los discípulos llevaban los panes y las telas en canastos y repartían según indicación de Jesús

Más tarde enseñó desde el lugar de Pedro, en la orilla, a muchas personas. Las barcas de Pedro y del Zebedeo estaban no lejos de la orilla y los discípulos pescadores hallábanse aún ocupados en el arreglo de las redes, algo apartados de la multitud. La barca de Jesús estaba cerca de la nave grande. Como el gentío aumentase y el espacio fuese angosto allí, porque sube mucho el barranco detrás de los oyentes, Jesús hizo señal de que acercaran la barca. Mientras sucedía esto se aproximó un escriba de Nazaret venido con enfermos que Jesús había sanado ayer y le dijo: "Maestro, yo quiero seguirte adonde Tú vayas". Jesús le dijo: "Las zorras tienen su guardia y los pájaros del aire sus nidos, y el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza". Se acercó la barca y Él entró con algunos de sus discípulos. Se apartaron un tanto de la orilla y deteniéndose, ya en un lugar, ya en otro, iba enseñando a los diversos grupos, contando parábolas del reino de Dios, como por ejemplo: el reino de Dios es semejante a una red que recoge peces, arrojada a la mar, o es semejante a un campo de trigo donde el enemigo siembra cizaña.

Como se hiciera ya noche dijo a Pedro que fuera mar adentro y echase las redes. Pedro con pesar respondió: "Toda esta noche hemos estado trabajando y no hemos pescado nada; pero en tu palabra quiero echar las redes". Tomaron sus redes y fueron mar adentro. Jesús despidió al pueblo y subió a su nave; y con Saturnino, el hijo de Verónica que había venido ayer y otros discípulos, fueron navegando detrás de Pedro, declarándoles nuevamente las parábolas, y les indicó el sitio donde debían echar las redes. Después de esto navegó en su barca hacia el lugar de la casa de Mateo. Ya era de noche y en los bordes de las barcas, cerca de las redes, ardían algunas antorchas. Los pescadores echaron las redes y fueron navegando en dirección de Corazín, pero no pudieron tirar ni recoger las redes. Cuando finalmente aparecieron en la superficie las redes estaban tan pesadas que se rompían los hilos de una u otra

parte. Navegaban entonces con pequeñas lanchas en torno de las redes y sacaban con las manos los pescados y los ponían en pequeñas redes y en los cajones que llevaban en los bordes de la barca. Llamaron a los de la barca del Zebedeo, los cuales vaciaron también un tanto las redes. Estaban asustados por una pesca semejante que no habían tenido jamás en toda su vida de pescadores. Pedro estaba consternado, y todos veían que aún no habían respetado bastante a Jesús; y comprendió también que todo su trabajo e industria no había servido de cosa alguna, y ahora, a la palabra de Jesús, habían tenido de una vez tanta pesca cual no la tenían en muchos meses. Cuando estuvo aligerada la red llegaron a la orilla, y al ponerla en tierra se espantaron de la cantidad de pescados. Jesús estaba en la orilla, y Pedro, todo confundido, se acercó a Él y echándose a sus pies, le dijo: "Señor, apártate de mí que soy un hombre pecador". Jesús le dijo: "No temas; desde hoy serás pescador de hombres".

Pedro estaba completamente confundido de su vana solitud por pescar. Era ya las tres o cuatro de la mañana y comenzaba a aclarar. Cuando los discípulos pusieron al seguro su pesca durmieron algún tiempo en sus barcas, mientras Jesús con Saturnino y el hijo de Verónica, subiendo por el Este las escarpadas rocas: iban en dirección del Sur, donde se encuentra Gamala. Hay aquí rocas y matorrales. Jesús enseñaba a Saturnino y al hijo de Verónica sobre la oración, y les propuso varios temas para meditar. Después de esto se alejó de ellos y se fué a la soledad; ellos, entre tanto, descansaban, caminaban y oraban. Los discípulos emplearon todo el día en colocar sus pescados; una gran parte de ellos fueron repartidos entre los pobres; a todos les contaban lo sucedido. Los paganos compraron muchos pescados, y otros llevaron a Betsaida y Cafarnaúm. Todos los discípulos estaban convencidos ahora que sus solicitudes por la comida eran tontas y necias, porque vieron que como obedecían el mar y el viento a su palabra, de la misma manera obedecían los peces que acudían a sus redes. Por la tarde llegaron al Este de la orilla y Jesús con sus dos acompañantes viajó a Cafarnaúm. Se dirigió a la casa de Pedro y allí sanó a algunos enfermos impuros abandonados, hombres y mujeres, cosa que duró hasta la noche, y se encendieron las antorchas. Eran enfermos que no se podían traer delante de los demás en el día. Los sanó en el patio de Pedro, durante la noche. Había entre ellos algunos que hacía años que estaban abandonados por incurables. El resto de la noche pasó Jesús en oración.

XVIII

El Sermón de la Montaña

Subió Jesús a la nave con muchos de sus discípulos y se hizo llevar a una hora hacia el Norte de la casa de Mateo. Se habían dirigido ya multitud de paganos, de los recién bautizados y de los sanados, hacia la montaña al Este de Betsaida-Julias, donde quería tener un gran sermón. En torno estaban las tiendas de los paganos. Los discípulos pescadores habían preguntado si debían viajar con Él, porque la pesca milagrosa los había persuadido de que debían abandonar las solicitudes de lo temporal, ya que todo dependía y estaba en sus manos. Jesús les dijo que bautizasen en Cafarnaúm a los que habían quedado aún sin bautismo y el resto del tiempo lo empleasen en sus trabajos de pesca; puesto que había mucha necesidad de proveer de alimentos a tantos que estaban allí estacionados. Antes de embarcarse Jesús tuvo una enseñanza con los discípulos de las ocho Bienaventuranzas, de las cuales pensaba hablar más extensamente en la montaña. Les dijo que debían ser la sal de la tierra; que eran elegidos para refrescar a los demás y conservarlos, y por eso debían ellos mismos cuidar de no hacerse inútiles. Esto lo explicó con parábolas y ejemplos más extensamente, y luego partió en la barca. Los discípulos pescadores y Saturnino bautizaron entonces en el valle de Cafarnaúm. Se bautizó en esta ocasión el hijo de la viuda de Naím y recibió el nombre de Marcial. Saturnino le puso las manos sobre los hombros como padrino. Las mujeres no fueron a la predicación de Jesús. Quedaron con la viuda de Naím para festejar el bautismo de su hijo. Con Jesús estaban los sobrinos de José de Arimatea, que habían venido de Jerusalén, Natanael, Manahem de Korea y otros muchos discípulos, de los cuales se reunieron unos treinta en Cafarnaúm en estos días.

Cuando se desembarca al Este de la entrada del Jordán, en el lago, se va por las alturas del Este y torciendo luego hacia el Oeste, se llega al lugar del sermón del monte. Se puede llegar también por la parte Norte del lago, por el puente sobre el Jordán. No era cómodo ir por allí por lo salvaje del lugar y llegar a la montaña. Betsaida-Julias está situada en el rincón Este de la entrada del Jordán en el mar, y tenía una ribera alta del lado del lago, donde corría un camino. En la montaña no había sitial o cátedra, sino un cercado con techumbre; por el

Oeste y Sur tenía vistas al lago y las montañas y se podía ver hasta el monte Tabor. Mucha gente estaba allí reunida, especialmente paganos bautizados hacía poco tiempo, aunque había también judíos. No estaban muy separados aquí los unos de los otros, porque había mucho comercio y tránsito de caravanas, y los paganos tenían muchos derechos. Jesús enseñó primero sobre las ocho Bienaventuranzas, y se refirió a la primera: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". Contó parábolas y semejanzas del Mesías y de la conversión de los infieles; que había llegado el tiempo de que habló el profeta: "A todos los infieles quiero yo mover, puesto que llegó el consuelo de los paganos" (Hageo, 2-8). Aquí no sanó a enfermos, porque fueron curados el día anterior los que se presentaron. Los fariseos habían venido en una barca propia y escuchaban llenos de ira y de envidia el sermón de Jesús. Las gentes se habían llevado alimentos y comían en las pausas que se hacían de vez en cuando. También Jesús y los discípulos tenían pescados, panes, miel y pequeños recipientes con un jugo o bálsamo del cual mezclaban una pequeña cantidad en el agua y bebían luego. Al anoecer volvían las gentes de Cafarnaúm, de Betsaida y de otras localidades a sus respectivas casas, puesto que las barcas las esperaban en las orillas. Jesús y sus discípulos subieron por el valle del Jordán hacia un albergue de pastores, donde se refugiaron. Allí Jesús enseñaba y preparaba a sus discípulos para su futura misión. Jesús se propone enseñar sobre estas ocho Bienaventuranzas durante catorce días y mientras tanto celebrar el Sábado en Cafarnaúm. Al día siguiente continuó Jesús su enseñanza en la montaña.

María Santísima, María Cleofás, Maroni de Naím y dos mujeres más estuvieron presentes en una ocasión. Cuando Jesús volvía con sus discípulos y apóstoles hacia el lago, hablándoles de su misión, les dijo: "Vosotros sois la luz del mundo". Luego comparó a una luz sobre el candelero con la ciudad sobre una montaña, el cumplimiento de la ley. Navegaron hacia Betsaida y permaneció en la casa de Andrés. Entre los nuevos bautizados por Saturnino en Cafarnaúm en estos días, se encontraban judíos de Achaia, cuyos antepasados en la cautividad de Babilonia se habían refugiado allí.

XIX

Curación del hombre enfermo de gota

Betsaida-Julias es una ciudad nueva edificada al gusto de los paganos, aunque viven en ella también judíos y se encuentra una escuela renombrada donde se enseñan diversas ciencias. Jesús aún no la había visitado. Ellos salen de su ciudad, vienen a la predicación de Jesús y traen a sus enfermos. Está situada muy bellamente en un valle estrecho del Jordán, algo elevada en la parte Este, a una media hora de donde el Jordán entra en el lago. A una hora hacia el Norte hay un puente de piedra que cruza el Jordán. Mientras navegaban, Jesús volvió a hablar a los suyos de su misión, de las persecuciones que debían sufrir. Luego se durmió en la barca de Pedro.

Unos días después que se dirigía Jesús desde la montaña hacia Cafarnaúm, se agolparon las muchedumbres para saludarlo. Jesús se albergó en la casa de Pedro cerca de Cafarnaúm, en el valle, a la derecha, delante de la puerta de la ciudad. Cuando se supo que Jesús estaba en esa casa se reunieron muchos, y vinieron también fariseos y escribas. El patio y las adyacencias de la casa estaban llenos de gentes, y Jesús, en medio de los suyos y de los fariseos, enseñaba sentado. Habló de los diez Mandamientos y llegó a ese punto donde había dicho en el sermón del monte: "Habéis oído que se dijo a los antiguos: no matar". Y habló del perdón de las injurias y del amor a los enemigos.

De pronto se promovió un desorden, porque se produjo un ruido en la techumbre. Por la abertura que suelen tener las casas arriba, que fué removida, descolgaron cuatro hombres a un hombre gotoso en su camilla, mientras decían: "Señor, ten piedad de este pobre enfermo". Habían en vano tratado de penetrar entre los grupos de oyentes con su enfermo; entonces lo subieron por las escaleras a la azotea y abrieron la claraboya para descolgarlo. Todas las miradas se dirigieron al enfermo; los fariseos se irritaron por lo que les pareció una audacia, una desvergüenza. Jesús se alegró por la fe que demostraba esa gente; se acercó a ellos, y dijo al enfermo inmóvil: "Ten confianza, hijo mío; tus pecados te son perdonados". Estas palabras parecieron, como siempre, un escándalo y una blasfemia a los fariseos. Pensaban: "¿Quién, fuera de Dios, puede perdonar los pecados?" Jesús vió sus pensamientos y les dijo: "¿Por qué tenéis esos tor-

cidos pensamientos en vuestros corazones? ¿Es más fácil decir a este enfermo, tus pecados te son perdonados, o decirle: toma tu camilla y vete? Para que entendáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados, te digo (y se volvió al enfermo): Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa". Entonces el hombre, a la vista de todos, se levantó sano, arrollando las ropas de su camilla, juntó las maderas de su catre y los puso bajo el brazo, y sobre sus hombros la ropa, y salió de allí, acompañado de sus cuidadores y de sus parientes, cantando alabanzas a Dios, mientras el pueblo cantaba y victoreaba contento junto con su enfermo curado. Los fariseos, llenos de ira y de envidia, desaparecieron uno tras otro de allí mientras Jesús, acompañado por la multitud, se dirigía a la sinagoga puesto que había comenzado ya el Sábado.

XX

Segunda resurrección de la hija de Jairo

Jairo, el jefe de la sinagoga, estaba en ella cuando predicaba Jesús; estaba triste y lleno de remordimientos. Su hija hallábase de nuevo a punto de morir de enfermedad aún más peligrosa, pues era castigo de los pecados de sus padres y de los suyos propios. Desde el sábado pasado había sido asaltada por una fiebre continua. La madre y una hermana de ella y la madre de Jairo, que vivían en la casa, habían tomado la curación de la hija con bastante indiferencia, casi sin agradecer y sin cambiar sus sentimientos adversos hacia Jesús y favorables a los fariseos, y el mismo Jairo, hombre débil y tibio, seducido por su hermosa mujer, habíase dejado dominar por ella y por sus sentimientos. Reinaba en esa casa un ansia pecaminosa de adornos femeniles y se arreglaban vanamente con los últimos inventos de las mujeres paganas. Cuando vieron a la hija sana se movían en compañía con las mujeres y se reían de Jesús, y la niña participaba de esos sentimientos. Hasta entonces la niña había estado en perfecta inocencia; pero ahora ya no era la misma. Ahora le sorprendió una fiebre muy fuerte, tenía gran calor y mucha sed y hasta delirios en los últimos días. Estaba próxima a la muerte. Los padres habían adivinado el castigo en esta recaída de su hija, pero no querían reconocer su culpa. Ahora estaba la madre tan confundida y desconsolada, que decía a su marido: "¿Querrá Jesús tener piedad de nosotros nuevamente?"

Por eso rogó a su marido que se presentase ante Jesús con toda humildad. Jairo tenía mucha vergüenza y esperó hasta la enseñanza del Sábado, pues tenía esta fe y certidumbre de que Jesús podía ayudarle en cualquier tiempo, siempre que quisiera. También tenía vergüenza de aparecer de día delante de la gente pidiendo de nuevo ayuda.

Cuando Jesús salía de la sinagoga hubo una puja para acercarse a Él; mucha gente pedía por sus enfermos. Jairo se acercó también, se echó con tristado a sus pies, y le rogó se compadeciese de su hija, que estaba a punto de morir. Jesús le prometió ir con él. Entretanto vino un mensajero de la casa de Jairo, enviado por la mujer, que pensaba que Jesús no querría ayudarles, diciendo que la hija estaba muerta. Jesús intervino y consoló al padre diciéndole que tuviera fe. Era oscuro y había mucho ruido en torno de Jesús.

Una mujer con flujo de sangre había sido traída por sus cuidadoras en la oscuridad. Vivía no lejos de la sinagoga. Las mujeres que la traían, aunque no tan enfermas, habían sido curadas entre la muchedumbre por haber podido tocar las vestiduras de Jesús cuando al mediodía pasaba el lago, y le habían hablado de ello y animado a hacer lo mismo. En esta mujer se había despertado una fe muy viva. Esperaba, sin ser advertida, a que saliera Jesús de la sinagoga, para poder tocar sus vestiduras y verse sana. Jesús conocía sus pensamientos y retardó algún tanto sus pasos. Entonces la llevaron cerca; su hija con Lea y el tío de su marido estaban en la cercanía. Esta enferma se puso de rodillas, se inclinó hacia adelante, sosteniéndose con una mano y con la otra tocó la orla de sus vestiduras en medio de la multitud. Se sintió de inmediato sana. Jesús se detuvo y mirando a sus discípulos, dijo: “¿Quién me ha tocado?” Respondió Pedro: “¿Preguntas quién te ha tocado, y ves al pueblo que se agolpa en torno tuyo?” Jesús respondió: “Alguien me ha tocado, pues siento que virtud ha salido de Mi”. Miró en torno y como se hiciese un vacío entre las turbas, no pudo la mujer ocultarse; se acercó, toda confusa, se hincó de rodillas, y dijo, delante de todos, que ella había sido, porque hacía tiempo que padecía de su enfermedad y que ahora se sentía sana, y pedía que la perdonase. Jesús le dijo: “Alégrate, hija; tu fe te ha salvado. Vete en paz y seas libre de tus enfermedades”. Con esto se alejó contenta con sus parientes y amigas. Es una mujer de unos treinta años; está demacrada y débil y se llama Eneué. Su marido, difunto, era judío. Tiene sólo una hija que está edu-

cándose con su tío y había venido con la niña para ser bautizadas junto con una cuñada, llamada Lea, y el marido de ésta, que está entre los fariseos enemigos de Jesús. Esta Eneué había querido en su viudez contraer un matrimonio que a sus parientes ricos les pareció demasiado humilde, y se habían opuesto.

Jesús se dirige ahora con pasos acelerados a la casa de Jairo. Estaban con Él Pedro, Santiago, Juan, Saturnino y Mateo. En la antesala estaban de nuevo las plañideras y los tocadores de flautas; pero ya no se mofaban. Jesús pasó por entre la multitud. Le salieron al encuentro la mujer de Jairo, la madre y una hermana, confundidas, llorando, cubiertas con el velo. Jesús dejó a Saturnino y a Mateo fuera con los hombres que estaban en el patio, y entró con Pedro, Santiago y Juan, el padre, la madre y la abuela en la pieza donde estaba la niña muerta. No era el mismo lugar de antes; era una pieza más pequeña colocada en la sala, detrás del hogar. Jesús había cortado una ramita en el jardín y se había hecho traer un recipiente de agua, que bendijo. La difunta estaba tendida allí y no tenía el aspecto agradable y tranquilo de antes. Entonces había visto yo su alma al lado de ella en forma de un círculo luminoso; ahora no la vi. Entonces dijo Jesús: "Ella duerme". Ahora nada dijo. Estaba realmente muerta. Jesús la roció con agua bendita, usando la ramita, oró, la tomó de la mano y le dijo: "Niña, yo te lo mando; levántate". Cuando Jesús oró he visto al alma acercarse en forma de una esfera oscura y entrar luego en la boca. Abrió los ojos, miró y siguió el movimiento de su mano, se enderezó, y luego se levantó de su lecho de muerte. Jesús la dirigió a sus padres, que la recibieron entre lágrimas de emoción, alegría y gratitud, cayendo a los pies de Jesús. Les dijo que le trajesen algo de comer, uvas y pan. Lo hicieron así. Jesús exhortó seriamente a los padres a que recibieran esta gracia con reconocimiento y esta misericordia de Dios; que dejaran la vanidad y los placeres del mundo e hicieran penitencia de sus pecados. También les dijo que educasen bien a su hija, no para la muerte, ya que por segunda vez había vuelto a la vida. Les reprochó su liviandad al recibir por primera vez la gracia y lo que habían dicho y hecho después, y como la niña en este tiempo había incurrido en otra muerte peor, cual era la muerte espiritual del alma. La niña estaba muy conmovida y lloraba. Jesús la exhortó a evitar la libertad de los ojos y el pecado, y le dijo que comiese de las uvas y del pan que había bendecido y no viviese de ahí en adelante carnalmente, sino del pan de la palabra de Dios; que hiciese penitencia,

tuviese fe, orase y obrase buenas obras de misericordia. Los padres estaban conmovidos y cambiados en su modo de sentir y de ser. El marido prometió despegarse de todas las cosas y seguir lo que mandaba Jesús. También la mujer y todas las mujeres que entraron entonces prometieron mejorar de conducta y lloraban de contrición y de arrepentimiento.

Jairo, completamente cambiado, mandó de inmediato repartir una gran parte de sus riquezas. Esta hija se llamaba Salomé. Como se hubiese reunido mucha gente, dijo Jesús a Jairo que no hiciesen mucho ruido por este hecho y evitasen inútiles conmociones. Esto lo decía con frecuencia por diversos motivos. Primero porque este hablar y charlar mucho es causa de que se considere menos la misericordia de Dios en los favores recibidos. Deseaba que los curados se concentrasen, pensasen en mejorar su conducta; no ir merodeando y gastando en placer la vida que se les regalaba, por lo cual solían caer de nuevo en pecados. También lo decía para enseñanza de los apóstoles, para que se guardasen de toda vana complacencia y que hiciesen el bien sólo por amor de Dios y del prójimo. Otras veces era también para no aumentar la aglomeración de la gente y de los curiosos y no atraer a ciertos enfermos que sólo venían por adquirir la salud sin tener un principio de fe y de confianza. Algunos de estos enfermos venían sólo por probar, y caían luego en sus pecados y en sus enfermedades, como en el caso de Jairo.

XXI

Jesús da la vista a dos ciegos y sana a un fariseo

Jesús salió con los cinco discípulos por la parte trasera de la casa para evitar el encuentro con las numerosas personas que esperaban en la puerta de entrada. La primera resurrección de la hija de Jairo había sido a la luz del día; esta segunda a la luz de las antorchas. Ya había comenzado el Sábado. La casa de Jairo estaba al Norte de la ciudad y Jesús se dirigió hacia el Noroeste del vallado. Con todo, algunos, que habían espiado su salida, le traían dos ciegos; parecía que lo siguieran por olfato, porque gritaban detrás de Él: "Jesús, hijo de David, ten piedad de nosotros". Jesús se dirigió a la casa de un hombre que vivía allí y que tenía una salida fuera de la ciudad. Los discípulos se albergaban a veces en esta casa. Este hombre tenía el oficio de

vigilante en esta parte de la ciudad. Los ciegos le siguieron a la casa y clamaban: "Ten piedad de nosotros, Hijo de David". Jesús se volvió a ellos y dijo: "¿Creéis que Yo puedo hacer esto?" Ellos contestaron: "Sí; lo creemos". Tomó Jesús un recipiente del bolsillo, con bálsamo o aceite, y derramó un poquito en un platillo oscuro, de poco fondo. Lo tenía en la concavidad de la mano izquierda. Tomó algo de polvo, lo removió un tanto con el pulgar y el índice de la mano derecha, tocó los ojos de los ciegos, y dijo: "Sea según vuestra fe y vuestro deseo". Se abrieron sus ojos, vieron, se hincaron de rodillas y dieron gracias. Jesús les dijo que no hiciesen ruido por esta causa. Esto lo dijo aquí para que no aumentase el concurso y para no irritar a los fariseos; pero los clamores de los ciegos, antes y ahora, por no poder callar el favor recibido, pues lo contaron a todo el pueblo, atrajo de nuevo a la multitud a esa casa.

Algunas personas de Séforis, parientes lejanos de Ana, trajeron a un hombre poseído por un demonio mudo. Le habían atado las manos y lo traían con sogas al cuerpo y tenían que hacer fuerza con él, pues estaba furioso y en estado miserable. Este hombre era un fariseo de la comisión que debía espiar a Jesús; se llamaba Joás y había estado disputando con Jesús en la escuela que se halla entre Séforis y Nazaret. El demonio se había apoderado de él hacía quince días desde que Jesús había vuelto de Naím. Había en esa ocasión, contra su convicción interior, murmurado y hablado mal de Jesús, para complacer a los fariseos, diciendo también, para adular a sus compañeros, que Jesús debía tener un demonio, y que corre como un furioso por todo el país. Jesús había discutido con él en Séforis sobre el divorcio; estaba caído en graves pecados. Cuando lo trajeron quiso arrojarse contra Jesús. Mas Jesús hizo una señal y mandó al demonio salir de allí. Entonces tembló el hombre y vi salir un espeso vapor de su boca. El hombre cayó de rodillas ante Jesús, reconoció sus pecados y pidió perdón de ellos. Jesús le perdonó sus pecados y le impuso una serie de penitencias, que consistían en ayunos y limosnas a los pobres; debía absterse de ciertos alimentos que gustaban mucho a los judíos, como el ajo, por largo tiempo.

Se promovió entonces un gran tumulto, pues se consideraba muy difícil echar a los demonios mudos de los posesos. Los fariseos habían tenido mucho trabajo con este fariseo. Si otros no lo hubieran hecho, los fariseos no lo hubiesen traído a Jesús. Estaban muy irritados de que también uno de ellos hubiese

implorado la ayuda de Jesús, confesado sus pecados públicamente, siendo ellos mismos parte y cómplices en estos pecados. Pronto se esparció por toda Cafarnaúm la fama de este hecho y todos decían que semejantes cosas eran inauditas en Israel. Los fariseos, más irritados, decían: "Echa los demonios por obra de otro demonio mayor". Jesús salió por detrás de la casa con sus discípulos y se dirigió al Oeste de la ciudad hasta la casa de Pedro, donde pasó el resto de la noche. Delante de los discípulos renovó Jesús las alabanzas sobre Juan el Bautista, diciendo que era puro como un ángel; nada impuro había entrado en su boca ni salido jamás una mentira ni un pecado. Como le preguntaran si viviría aún largo tiempo, Jesús les dijo que moriría cuando su tiempo fuese llegado, que no estaba ya lejos. Los discípulos se pusieron muy tristes al oír estas palabras.

XXII

"Bienaventurados los puros de corazón..."

Cuando Jesús entró en la sinagoga para enseñar, los fariseos maquinaban una malicia. Había un hombre en un rincón con la mano árida que no se había atrevido a presentarse delante de Jesús y ahora temía la presencia de los fariseos. Los fariseos echaron en cara al Señor que se juntase con los publicanos, con Mateo especialmente. Jesús les respondió que había venido para consolar y convertir a los pecadores, y que por otra parte no necesitaba a ningún fariseo por apóstol. Dijeron entonces, por burlarse: "¿Maestro, aquí hay uno; querrás quizás sanarlo también?". Jesús se volvió al hombre de la mano árida, le mandó que se acercase, y poniéndolo en medio, le dijo: "Tus pecados te son perdonados". Los fariseos despreciaban al hombre, que no tenía buena fama, y decían: "Su mano árida no le impide pecar". Tomó entonces Jesús esos dedos, los enderezó, y le dijo: "Usa de tu mano". Extendió el hombre su mano, que quedó sana; dió gracias y se retiró de allí contento. Jesús disculpó al hombre ante sus detractores, manifestó compasión por él y dijo que era un hombre de buen corazón. Los fariseos estaban llenos de envidia y veneno, y lo llamaban un profanador del Sábado, que querían acusar delante del sanedrín y se alejaron. Había herodianos allí y con ellos deliberaron de cómo en las próximas fiestas de Jerusalén lo habrían de detener y traer a juicio.

Cuando Jesús más tarde, en la casa de Pedro, habló a la gente, se encontraba entre las mujeres Lea, la cuñada de aquella Eneué sanada del flujo de sangre. Su marido era un fariseo, muy enemigo de Jesús, aunque ella estaba muy conmovida ya por lo que había visto en Jesús. La he visto al principio, triste y preocupada, cambiando su sitio entre la multitud como si buscara a alguno; pero era sólo su deseo incontenible de manifestar su adhesión a Jesús en alguna forma. Se acercó entonces la Madre de Jesús acompañada de Marta, Susana de Jerusalén, Dina la Samaritana y Susana de Alfeo, hija de María Cleofás y hermana del apóstol. Tendría treinta años y tenía ya hijos grandes y su marido vivía en Nazaret, de donde la habían traído las mujeres. Susana Cleofás quería también entrar en la comunidad de las ayudadoras de Jesús. María y estas mujeres entraron en el aula donde enseñaba Jesús. En ese momento había reprochado a los fariseos su obstinación y sus impurezas, y como hablaba de las ocho bienaventuranzas, dijo en ese momento: "Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios". No pudo entonces Lea contenerse y viendo entrar en ese momento a María, Madre de Jesús, exclamó en un arrebatado de éxtasis delante del pueblo: "Bienaventurado (así lo entendí) el seno que te ha llevado y los pechos que has tomado". Jesús se volvió dulcemente hacia ella y dijo: "Sí; bienaventurados, más bien, los que oyen la palabra de Dios y la conservan". Y continuó su enseñanza.

Lea se acercó a María, la saludó y le habló de la curación de Eneué y como estaban determinadas entregar todo lo suyo a la comunidad de Jesús. Pedía a María rogase a Jesús que convirtiese a su marido, obstinado fariseo de Paneas. María habló muy queda con Lea, sin haber oído o advertido su exclamación, y se retiró tranquilamente con las otras mujeres. María era de una sencillez encantadora. Jesús nunca la distinguía mucho delante de otras personas; sólo la trataba siempre con serena cortesía. Ella, por su parte, no solía mezclarse más que con enfermos, pobres y necesitados e ignorantes; aparecía siempre callada, humilde y extremadamente sencilla. Todos, aun los enemigos de Jesús, la respetan, a pesar de estar ella sola y callada.

Después he visto a Jesús en el lugar de la pescadería de Pedro enseñando delante de una gran multitud, con parábolas, sobre el reino de Dios. Por momentos subía a su nave y enseñaba desde ella al pueblo. Como se levantara un escriba de Nazaret y dijera que quería seguirle donde fuese, Jesús repi-

tió: "Las zorras tienen su guarida, etc..." Este hombre era el futuro marido de Salomé Jairo, los cuales, después de la muerte de Jesús, entraron ambos en la comunidad cristiana. Además de estos dos escribas habían venido otros dos, que siguieron a Jesús algún tiempo. Uno de ellos preguntó a Jesús si no pensaba ya tomar posesión de su reino; que había probado ya bastante su misión, y era tiempo de sentarse en el trono de David, su padre. Como Jesús le reprochase esta idea y le dijese que le siguiese, contestó el escriba que quería primero despedirse de los de su casa. En esta ocasión dijo Jesús: "Quien pone la mano en el arado, etc..." El tercero de ellos, que había venido a Jesús, ya en Séforis, dijo que quería primero enterrar a su padre. Jesús dijo en esta ocasión: "Deja a los muertos enterrar a sus muertos". El escriba entendía decir, no que su padre había muerto, sino que era un modo de expresar: repartirse la herencia y designar la parte para mantener al padre. La noche la pasó Jesús con parte de sus discípulos en oración bajo un techado cerca de Corazín.

Por la mañana vinieron también los otros discípulos al Sermón del Monte. Jesús explicó la cuarta de las bienaventuranzas y las palabras de Isaías: "Mira, mi siervo que he elegido, mi amado en quien he encontrado mis complacencias. Mi espíritu quiero ponerlo sobre Él y anunciará el juicio a los pueblos". Había muchísima gente oyendo, entre ella cierto número de soldados y militares romanos de diversas guarniciones. Habían sido enviados para oír la enseñanza de Jesús, ver su proceder e informar a la autoridad. Habían escrito de las Galias y de otras provincias del Imperio romano preguntando sobre el profeta de Judea, ya que también ésta formaba parte del imperio. Los capitanes de Roma eran preguntados y enviaron a estos militares para oír y ver: eran como un centenar los que oían el sermón. Se habían colocado en sitio donde pudiesen ver y oír perfectamente. Después del sermón se dirigió Jesús con los suyos al valle, al Sur de la montaña, donde había una fuente y donde las santas mujeres habían preparado pan y pescado. La muchedumbre estaba sentada en las laderas. Muchos estaban sin alimento, y enviaron a pedir a los apóstoles; los panes y los peces estaban colocados en canastos sobre una terraza. Jesús bendijo estos canastos y repartió con los discípulos a los necesitados. No eran suficientes las provisiones, pero todos recibieron lo que necesitaban, y las gentes decían: "Se multiplican las provisiones en sus manos". Los soldados romanos pidieron de

esos panes para enviarlos a Roma, como señales de lo que habían visto y oído. Jesús mandó darles de los sobrantes, y había quedado mucho, de modo que todos recibieron y los guardaron para recuerdo.

XXIII

Jesús en Gergesa

Mientras Jesús se ocupaba de enseñar y de sanar a los enfermos, en los tiempos libres preparaba a sus discípulos para su misión siempre que podía estar sólo con ellos. Ahora puso a sus doce en fila, junto al lago, en el orden como están en el Evangelio, y les dió la potestad de sanar y de echar los demonios; y a los demás discípulos, la potestad de bautizar y de imponer las manos. Les hizo una conmovedora alocución diciéndoles que estaría siempre con ellos y que todo lo partiría con ellos. La potestad de echar los demonios y de sanar la dió con una bendición. Todos lloraban de emoción. También Jesús estaba conmovido. Les dijo que había aún mucho que hacer y que luego irían a Jerusalén, pues el tiempo del cumplimiento estaba cercano. Como todos estaban entusiasmados, protestaron que harían lo que Jesús pedía de ellos y que seríanle fieles; pero Jesús les dijo que aún sucedería cosas tristes y graves, y que también entre ellos se manifestaría lo malo. Pensaba en Judas Iscariote.

Con estas conversaciones llegaron junto a las barcas, y Jesús y los doce, con otros cinco discípulos, entre ellos Saturnino, navegaron hacia el Este del lago, pasando por Hippos, y desembarcaron cerca de la localidad de Magdala, junto al lago, al Norte del oscuro barranco donde se echa el agua de un pantano que está más arriba, en Gergesa. El lugar está de tal manera situado que sólo le da el sol al mediodía y al ponerse; hay mucha humedad y niebla, especialmente en los cercanos barrancos. No bajaron enseguida al lugar. La barca de Pedro estaba en un arenal, al cual se llegaba por un puente. Cuando bajaron, salieron varios endemoniados gritando qué quería Jesús con ellos, que los dejase en paz. A pesar de eso vinieron hasta donde estaba Jesús, que los libró de su posesión. Los librados dieron gracias y volvieron a sus lugares, y así acudieron otros muchos trayendo endemoniados para ser librados. De los apóstoles fueron Pedro, Andrés, Juan, Santiago y sus sobrinos a esa localidad y sanaron a varios enfermos y libraron a varios poseídos del demonio;

entre ellos había mujeres con convulsiones. Echaban los demonios y curaban a los enfermos en nombre de Jesús de Nazaret. He oído a algunos añadir: "A quien obedecen las tormentas del mar". Algunos de estos sanados o librados vinieron adonde estaba Jesús para escuchar su doctrina. Les dijo a ellos y a los discípulos por qué había aquí tantos poseídos del demonio. Los hombres estaban muy entregados a sus pasiones y a sus intereses temporales. Entre éstos posesos había algunos de Gergesa, que está a una hora de camino, sobre una altura, hacia el Este. Se ocultaban en cavernas y sepulcros y andaban por los contornos. Jesús sanó hasta entrada la noche y pasó la noche en la barca con los suyos. De la región de Gergesa, es decir, de un círculo de cuatro horas, no había venido ninguno a su sermón del monte.

Al día siguiente subía Jesús la pendiente cuando le salieron al encuentro dos endemoniados, dos jóvenes judíos de Gergesa, que aunque no estaban siempre furiosos, lo estaban a veces. Andaban de un lado a otro, sin reposo. Cuando Jesús había pasado por aquí viniendo de Tarichea a través del Jordán, estos jóvenes no estaban aún poseídos; habían venido a ofrecerse a Jesús como discípulos, y Jesús los había rechazado. Ahora, que se veían libres, pedían de nuevo estar con Él, y como dijera que si los hubiera recibido no habrían caído en esa desgracia, Jesús los exhortó al bien y a la conversión y que fuesen a sus casas a contar lo que les había acontecido. Con esto se fueron de allí.

Mientras enseñaba en las chozas y caminos le salían al encuentro otros endemoniados y trastornados, detrás de los setos y de arriba de los montes, y gritaban por qué venía aquí, y que los dejasen en paz. Jesús los llamaba a su presencia, los libraba y algunos clamaban que no los mandase a lo profundo. Algunos de los apóstoles entretanto curaban imponiendo las manos y decían a las gentes que fuesen a una altura al Sur de Magdala, donde Jesús iba a enseñar. Se reunió una gran cantidad de gente. Jesús les habló de la penitencia, del reino de Dios, y les reprochó su codicia por las riquezas de este mundo, y les recordó el precio del alma. Que reconocieran que Dios cuida más de las almas que de los bienes materiales de los hombres. Esto lo decía por lo que iba a suceder con los cerdos de Gergesa, que se echarían al agua. La gente lo había invitado a pasar a Gergesa. Él les dijo que vendría demasiado temprano para ellos y no lo recibirían bien. Le avisaron que no pasara por los barrancos, porque dos furiosos, que rompían las cadenas, se

ocultaban allí, y habían ya matado a un hombre. Jesús les dijo que precisamente por ellos iba a pasar por allí cuando fuera tiempo; pues para los infelices había venido Él. En esta ocasión dijo que si en Sodoma y Gomorra se hubiesen visto las cosas que se vieron en Galilea, ellos se habrían convertido. Como Él quisiera alejarse de allí, le rogaron se quedase, que tenían gusto en oír su amable enseñanza, que les parecía como si el sol resplandeciese en su región de tinieblas; que se quedase, pues ya anochecía. Jesús les respondió en semejanzas: que Él no temía estas noches; que ellos temiesen quedar en las tinieblas en un tiempo en que les viene la luz de la palabra de Dios.

Con esto se embarcó con los suyos; y navegaron como si fueran a Tiberíades, luego torcieron de nuevo al Este y se detuvieron a una hora al Sur del barranco, y descansaron en las barcas. Magdala es un lugar sin importancia, más pequeño que Betsaida, y hay un solo desembarcadero; vive por el comercio de la ciudad de Hippos, que tiene mucho movimiento. Viene un camino de Gergesa a Hippos y hay mucho tráfico. Los confines de Magdala son iguales que los confines de Dalmanuta, unas horas al Sur de estos barrancos.

Cuando Jesús, a la mañana siguiente, bajó a tierra, vinieron varios endemoniados a Él, a los cuales libró con la imposición de sus manos. La gente de esta región está entregada a prácticas de magia, y bebe, para trastornarse, del jugo de una hierba que nace y crece aquí en los barrancos y en las montañas, y así se procuran convulsiones y visiones fantásticas. Poseen otro antídoto que desde hace algún tiempo ya no obra su efecto; por lo cual han caído en mayores miserias. La región de los gergesanos es una extensión de cuatro a cinco horas y de una media hora de ancho, que puede pertenecer a Gergesa. Los habitantes, por su modo de ser y de vivir, valen en verdad bien poco. Comienza por el barranco entre Dalmanuta y Magdala al Sur y comprende las ciudades de Gergesa y Gerasa, unos diez poblados que están desparramados en esta faja angosta de tierra. Detrás de Gerasa confina con la región de Corazín y la tierra de Zin, donde hay mucho terreno estéril. Por el Este los confines de los gergesanos tienen la fortaleza de Gamala; al Sur el barranco; al Oeste el valle de la orilla donde están Dalmanuta, Magdala y la ciudad de Hippos, que no pertenecen ya a ese distrito. Al Norte termina con Corazín. No se debe confundir este distrito de diez regiones con el distrito de la Decápolis, que se extiende mucho más, y está bastante lejos de allí.

En los combates de Gedeón contra los madianitas se mantuvieron los de este distrito de las diez regiones de parte de los paganos e infieles y desde entonces prevalecieron éstos contra los judíos, que pasaron a ser minoría. Mantenían en todas estas regiones, para escándalo de los judíos, una numerosa piara de cerdos que en grandes cantidades iban a revolcarse entre los pantanos en la parte Norte de las alturas de los barrancos; se veían allí centenares de guardianes, hombres y jóvenes, que guardaban por millares estos puercos. El pantano que está como a tres cuartos de hora al Sur de Gergesa, al pie del monte de Gamala, tiene una salida por el Sur en los barrancos, que corre debajo de un puente hecho de tablones y maderas, que forman arriba un especie de estanque, y cuyas aguas fluyen luego hasta el lago de Galilea. Crecen muchas gruesas encinas junto al pantano y en los barrancos. Por lo demás, la región es en general poco fértil. En algunos lugares más soleados hay viñedos. Tienen algún cultivo de caña de azúcar, que exportan. No era solamente la idolatría, sino especialmente la magia y la hechicería lo que los había entregado en poder de los demonios. Esta región de Gergesa está llena de hechiceros que ejercen sus artes mágicas con perros, gatos, sapos, serpientes y otros animales. Hacían aparecer a estos animales y parecía que también a veces iban ellos apareciendo en forma de tales animales, para dañar a los animales de los vecinos o a los mismos hombres. Eran como lobos. Se vengaban también a distancia de sus contrarios o vengaban cosas de otros tiempos y promovían tormentas y tempestades en el mar. Las mujeres se ocupaban también de cocer bebidas mágicas y de hechicerías. Satanás se había adueñado completamente de esta región, y hay allí muchos endemoniados, furiosos y atacados de convulsiones.

XXIV

Jesús echa los demonios en los cerdos

Eran como las diez de la mañana cuando Jesús llegaba a esta región en una canoa en compañía de algunos discípulos. Navegaban entre los barrancos porque el camino era más corto que yendo a pie. Jesús bajó de la canoa y fué al Norte del parapeto, y los discípulos se iban juntando poco a poco con Él. Allá arriba iban merodeando dos endemoniados furiosos, mientras Jesús llegaba; a veces estaban en las cavernas, otras salían afuera,

y se herían y se maltrataban con los huesos de los muertos allí enterrados. Gritaban desesperada y horriblemente; estaban como forzados, pues no huían sino que clamaban mientras se acercaban a Jesús, detrás de los setos y de las rocas, a cierta distancia: “Venid, vosotros, fuerzas, potestades... Ayudad... Viene uno que es más poderoso que nosotros”. Jesús levantó su mano contra ellos y les mandó caer al suelo. De pronto cayeron con el rostro en tierra; levantaban la cabeza sólo, y decían, gritando: “Jesús, Tú, Hijo del Altísimo ¿qué tenemos nosotros que hacer contigo? ¿Por qué has venido a atormentarnos antes del tiempo? Te conjuramos, por Dios, que no nos atormentes”.

En esto se había acercado Jesús con los discípulos. Los endemoniados temblaban y se estremecían en todo el cuerpo de una manera espantosa. Jesús mandó a sus discípulos que les dieran alguna ropa para cubrirse y a ellos les mandó que se cubrieran. Entonces varios apóstoles les echaron algunas telas que solían llevar al cuello, con las cuales acostumbaban taparse la cabeza. Los endemoniados se cubrieron con eso, entre temblores y convulsiones, como contra su voluntad; se levantaron clamando que Jesús no los atormentara. Jesús preguntó: “¿Cuántos sois?” Dijeron: “Legión”. Los malos espíritus hablaban en plural y decían que los malos deseos de estos hombres habían sido muchos. Con esto dijeron los demonios verdad, pues diez y siete años habían vivido estos hombres entregados a los demonios y a las hechicerías, y habían sido poseídos de vez en cuando ya antes; desde hacía dos años estaban como furiosos, vagando por los contornos. Estaban envueltos en toda clase de pecados y hechicerías. En las cercanías había un viñedo, en un lugar más soleado, y en él había una gran tina de material; era alta casi como la altura de un hombre y tan ancha que podían caber de pie unos veinte hombres. Los gergesanos tenían por costumbre pisar allí las uvas mezcladas con esos jugos de hierbas que adormecían, atontaban y enloquecían a los bebedores. El licor corría de allí a grandes tinajas que mantenían enterradas con una boca muy estrecha. Era esta la bebida que solían usar estos hombres para ponerse en estado convulsionario y como fuera de sus sentidos. La planta que embriaga era larga como de un codo, con muchas hojas gruesas y verdes, y tenía arriba un botón. Usaban del jugo de esa planta para ponerse en comunicación con el demonio. Preparaban esta bebida al aire libre por su poder narcótico; sólo extendían unas lonas sobre la gran tina, donde lo hacían. Los trabajadores eran obligados a esta faena.

Jesús mandó entonces a los endemoniados, o mejor, a la legión que había en ellos, que echaran por tierra la gran tina. Ellos tomaron la gran tina llena de líquido y la arrimaron al borde del barranco, de modo que se derramaba todo el contenido. Los trabajadores huyeron espantados, gritando y clamando. Después volvieron los endemoniados, temblando, y los mismos apóstoles estaban espantados de lo que veían. Los demonios gritaban, desde los hombres, pidiendo que no los arrojase al infierno; que no los echase de esa región, y por fin dijeron: "Déjanos entrar en estos cerdos". Jesús les mandó: "Entrad en ellos". A estas palabras cayeron los dos infelices a tierra, entre horribles convulsiones, y salió de ellos una gran nube oscura, donde se veían toda clase de formas de insectos, de gusanos, de sapos, de grillos y de alacranes. Después de pocos minutos se levantó un gruñir y enfurecerse entre los cerdos y un espanto y un griterío entre los porqueros, que no podían contener a sus puercos. Los cerdos, unos millares, salían de todos los rincones y se precipitaban furiosamente barranca abajo, por entre matorrales y piedras: era como un tronar mezclado de gruñidos y de los gritos de los guardianes. Ésta no fué escena de unos momentos: duró un par de horas, porque los cerdos primero corrían de un lado a otro, se mordían y asaltaban, y eran arrojados de un barranco a otro. Muchos se echaron en el mismo estanque de arriba, pero la mayor parte corría precipitándose en el mar. Esto no les gustó a los apóstoles, pues pensaron que quedaban las aguas del mar impuras y aún los peces para su pesca. Jesús, que conoció sus pensamientos, les dijo que no temieran: los cerdos se anegarían todos en los remansos que formaba el agua en la misma entrada del mar. En efecto, había allí una extensa laguna, llena de juncos y de plantas acuáticas, separada del mar por bancos de arena, que sólo en altas mareas se desbordaba y de ordinario estaba separada del mar. Se formaba allí un remanso y un remolino, al cual iban las aguas del mar, pero no tenía salida al mismo. Allí iban cayendo, en ese remolino, los cerdos, uno tras otro. Los cuidadores habían en un principio corrido tras sus puercos; pero luego, viendo inútil su trabajo, volvieron adonde estaba Jesús, y vieron a los dos hombres libres, y comenzaron a dar voces, lamentando sus cerdos perdidos. Jesús les dijo que valían más las almas de esos hombres que todos los puercos del mundo; les dijo que fueran a decirlo a los dueños de los cerdos; que los demonios, que la maldad y corrupción de los hombres había traído a esta región, habían sido echados por virtud de Jesús

de los hombres, y enviados a los cerdos. A los hombres, librados de los demonios, los mandó a sus casas a buscarse vestidos más decentes, y con sus discípulos se dirigió a la ciudad de Gergesa.

Algunos de los porqueros ya habían corrido a la ciudad, y de todas partes salían gentes que venían hacia Jesús. También los sanados de Magdala, los dos jóvenes judíos, con muchos judíos de la ciudad, lo esperaban. Los dos hombres libres volvieron pronto de sus casas, bien vestidos, y escucharon la enseñanza de Jesús. Eran hombres principales de la ciudad, paganos emparentados con sacerdotes de los ídolos. Los hombres que estaban ocupados con la gran tina y que vieron que los dos hombres la volcaban, corrieron a la ciudad publicando el gran daño sufrido, y por esto se levantó un gran tumulto y un desorden descomunal. Muchos hombres corrieron hacia los cerdos para ver si podían salvar algo, y otros corrieron hacia la gran tinaja para ver el daño. Toda esta alarma duró hasta la noche. Jesús enseñó por espacio de media hora en una colina, fuera de Gergesa. Los principales de la ciudad y los sacerdotes de los dioses retuvieron al pueblo, diciéndoles que Jesús era un poderoso mago y hechicero que les podía hacer grandes daños. Tuviron consejo entre ellos y determinaron que fuera una delegación a Jesús, la cual se acercó al Señor y le pidió que no se detuviera allí y no les causase mayores daños; que lo reconocían como un grande y poderoso mago; pero le rogaban que no se quedase entre ellos. Se lamentaban del daño de los puercos y del líquido derramado, y quedaron espantados al ver a los dos endemoniados, vestidos y quietos, escuchando la enseñanza de Jesús. Jesús les declaró que estuviesen sin cuidado, que no los molestaría más tiempo; que había venido para estos dos pobres infelices, y que sabía bien Él que les interesaban más los cerdos y su infernal brebaje que la salud de sus almas; pero que no era lo mismo para su Padre que está en los cielos, que le había enviado para salvar a esos dos hombres y para perder esos inmundos animales. Les reprochó su pésima vida, su mal obrar, sus hechicerías y brujerías, sus usuras y su demonología; los exhortó a la penitencia y al bautismo, ofreciéndoles la salud. Ellos continuaban teniendo en sus cabezas los cerdos y el brebaje, y volvieron a insistir, aunque temerosos, de que no se quedase en medio de ellos; y regresaron a la ciudad.

XXV

Jesús en la sinagoga de Gergesa

Judas Iscariote era muy conocido en la ciudad porque había tenido que negociar y tratar con ellos, y ahora se mostraba muy activo. Su madre había vivido con él aquí, cuando era muy niño aún, después que salió de la familia que lo educaba ocultamente. Los dos endemoniados eran conocidos suyos desde la infancia. Los judíos del lugar estaban muy contentos, aunque ocultamente, con la pérdida de los cerdos, pues eran oprimidos por estos paganos y escandalizados por estos cerdos; pero había también muchos judíos que se habían ya mezclado con las hechicerías de los paganos y participaban de sus culpas. Fueron aquí bautizados los que fueron sanados y librados ayer y hoy, y también los dos últimos. Todos quedaron muy cambiados y convertidos. Los dos ex endemoniados y los dos jóvenes judíos de antes rogaron al Señor los quisiera recibir como discípulos. Jesús dijo a los dos endemoniados cuál sería su misión: que fueran por las diez regiones de Gerasa y se mostraran y narrasen lo que les había sucedido, lo que habían oído y visto, y así moverían a las gentes a la penitencia de sus pecados, a hacerse bautizar y enviarlos adonde Él estaba. Les dijo que no se asustasen, aunque les arrojasen piedras. Añadió que si cumplían bien con esta misión recibirían a su tiempo el poder de predecir lo futuro; de este modo podían saber siempre donde se encontraba Él para enviarle la gente que deseaba escuchar sus doctrinas. Les daría también potestad de imponer las manos sobre los enfermos para curarlos en su nombre. Cuando les dijo esto, los bendijo. Estos dos hombres comenzaron al día siguiente su misión y más tarde se agregaron a los discípulos del Señor.

Los apóstoles bautizaban aquí con agua que habían traído en un recipiente. Las gentes se hincaban en círculo en torno de ellos. Ellos bautizaban con agua del recipiente que uno sostenía, y el que bautizaba derramaba tres veces agua sobre su cabeza. Pasaban de tres en tres a la vez. Cuando por la tarde Jesús fué a la ciudad y habló al jefe de la sinagoga, vinieron de nuevo los principales de la ciudad y pidieron al jefe que alejara a Jesús de la ciudad, y si no le harían pagar todos los daños recibidos si les venían mayores perjuicios. Con esto Jesús dejó la ciudad y pernoctó fuera, en la casa de un pastor. Jesús declaró aquí a los discípulos por qué había mandado volcar la tina y perder los

cerdos: era para mostrarles a esos soberbios paganos que Él era el profeta de los judíos, que ellos despreciaban y oprimían mucho, y para prevenir a los judíos de aquí, que habían tenido parte en el daño de los cerdos, sobre el peligro de participar con los paganos en sus pecados y el daño de sus almas, y finalmente para despertar a este pueblo dormido en sus vicios y moverlos a penitencia y a conversión. La tina la había hecho volcar porque era ese brebaje la causa principal del embrutecimiento demoníaco del pueblo. Al día siguiente hubo de nuevo un gran concurso de pueblo junto a Jesús, pues sus milagros se habían difundido en todos los alrededores. Muchos judíos, que se habían convertido, están por dejar esta región de Gergesa. Los apóstoles que se habían desparramado, sanando enfermos por los alrededores, volvían ahora con los curados trayéndolos a Jesús. Había entre ellos mujeres que traían alimentos en sus canastos, los cuales entregaron a los apóstoles. En uno de estos grandes concursos de gentes se acercó una mujer de Magdala que tenía flujo de sangre. De ordinario no podía caminar; pero ahora, fortalecida con su gran fe, hizo un esfuerzo, logró acercarse a Jesús, besó sus vestiduras y se sintió sana de repente. Jesús continuó enseñando; de pronto se detuvo, y dijo: "He sanado a alguien. ¿Quién es esa persona?" Se acercó entonces la mujer y dió las gracias. Había oído lo acontecido a Eneué, y quiso hacer lo mismo.

Por la noche navegó Jesús, con sus discípulos y los dos jóvenes librados de los demonios de Gergesa, por los contornos de Magdala y desembarcó al Norte de Hippos, la cual no está junto al mar, sino más adentro en una altura; y entró en la choza de un pastor con los suyos. Aquí habló a los apóstoles diciendo que pronto sería el cumpleaños de Herodes y que pensaba ir a Jerusalén. Ellos le aconsejaban que no lo hiciera, pues estando la fiesta de Pascua cerca irían entonces. Jesús les habló de modo que parecía decirles que para la fiesta no aparecería públicamente en Jerusalén. Los dos gergesanos rogaron de nuevo al Señor que los admitiese como discípulos, y Él les dijo que tenían ya su misión y les señaló la región desde Kedar hasta Paneas por donde debían andar hablando de las cosas vistas y oídas. Les dió la bendición y les renovó la promesa diciendo que si cumplían bien su misión recibirían el espíritu profético y podrían saber siempre donde se encontraba Él, anunciar castigos a los obstinados y sanar a los enfermos en su nombre. Esto debía ser como en los otros dos por cierto tiempo después. Así debían los dos anteriores anunciar a Jesús en la región de los gergesa-

nos, y estos dos en la región de la Decápolis donde eran todos paganos. Aquí despidió a los discípulos diciéndoles que navegasen hacia Betsaida, y Él quedó solo, a pesar de los ruegos de ellos, y se retiró, caminando por la orilla, a un desierto, para entregarse a la oración. Lo he visto de noche andando por las rocas escarpadas, que parecían, por sus sombras, como figuras humanas.

Era ya completamente de noche cuando vi a Jesús caminando sobre las aguas del mar. Era, al parecer, frente a Tiberíades más al Este que en el medio del mar, donde Él, a bastante distancia de las barcas de los discípulos, parecía quererlos preceder. Había un viento contrario muy fuerte y los apóstoles estaban remando con fatiga. Ellos vieron su forma caminando y se asustaron grandemente. No sabían que fuera Él o su sombra sólo, y clamaron altamente por el temor. Jesús les dijo: “No temáis; Yo soy”. Entonces Pedro exclamó: “Señor, si eres Tú, mándame acercarme a Ti sobre las aguas”. Jesús dijo: “Ven”. Pedro, en su entusiasmo, bajó por la escalerita y caminó un trecho sobre la superficie de las aguas. Me parecía como que se cernía sobre ellas, pues las olas embravecidas no le impedían andar. Pero cuando comenzó a reflexionar, y a maravillarse, y a pensar más en las olas, en el viento y en el agua movediza, que en la palabra de Jesús, sintió miedo, comenzó a hundirse, y gritó: “¡Señor, sálvame!” Se hundió hasta el pecho y extendió la mano. Ya Jesús estaba junto a él, le tomó su mano y dijo: “Hombre de poca fe ¿por qué dudaste?” Como estaban junto a la barca Jesús subió a ella, y reprochó su miedo a Pedro y a los demás apóstoles; el viento se sosegó, y navegaron hacia Betsaida. Cuando subieron a la barca sacaron una escalera que estaba metida dentro.

XXVI

El endemoniado mudo y ciego

En Betsaida clamaban dos ciegos por la vista; ellos se guiaban uno al otro contra lo que se suele decir en el refrán. Jesús los sanó. Asimismo a varios baldados y sordomudos. Dondequiera que iba le traían enfermos. Muchos que alcanzaban a tocar sus vestiduras, sentíanse sanos. Todos lo esperaban porque sabían que debía volver antes del Sábado. La historia de los dos endemoniados y de los cerdos era ya conocida aquí y hubo mucha admiración y gran conversación sobre ello. Una parte

de los discípulos bautizaban a los sanados en la casa de Pedro. Como no lo dejasen un momento los enfermos, buscaban los apóstoles apartar a Jesús para que pudiese comer y descansar. Como Jesús caminase hacia Cafarnaúm le salió al encuentro otro endemoniado, que era mudo y ciego. Él lo sanó de inmediato. Sobre esta curación se hizo mucho ruido, pues el mudo empezó a hablar cuando se acercó a Jesús, y exclamó: "Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí". Jesús le untó los ojos y el ciego vió. Tenía dentro mucho demonios, pues había estado entre los paganos y caído en sus aberraciones. Los hechiceros y magos de Gergesa se habían apoderado de él. Ahora lo llevaban atado de sogas de un lado a otro y daban espectáculos a las gentes que miraban como rompía las ataduras y hacía otras pruebas de su fuerza. Mostraban también cómo, estando él ciego, hacía cuanto quería, sabía y entendía e iba por cualquier parte donde le convenía; buscaba y reconocía las cosas por estos medios diabólicos. Todo esto lo hacía el diablo que estaba en él. De este modo los de Gergesa que pasaban por las ciudades de la Decápolis usaban del mismo diablo, por medio de estos posesos, para ganar plata. Cuando pasaban por el mar de Galilea y ellos iban en la barca, hacían que el poseso nadase junto a la barca, como un perro que nada en las aguas. Nadie ya se ocupaba de este pobre hombre que se tenía por perdido. No tenía de ordinario donde albergarse y vivía en las tumbas y cavernas, y los que usaban de él lo maltrataban también. Ya hacía tiempo que estaba en Cafarnaúm y no encontraba a nadie que lo presentase a Jesús, y ahora él mismo encontró modo de acercarse y fué librado y sanado.

Antes de empezar el Sábado mientras estaba Jesús en el patio de la casa de Pedro enseñando se produjo una gran conmoción en toda Cafarnaúm. Se había esparcido lo acontecido con los cerdos de Gergesa y la liberación del endemoniado mudo y ciego. Habían llegado varias barcas con judíos de Gergesa que contaban lo que allí había sucedido. Los fariseos, por su parte, esparcían la voz de que Jesús echaba a los demonios por virtud de otro demonio mayor. Esto no lo creyó el pueblo ni le gustó y se reunió una gran muchedumbre delante de la sinagoga. El endemoniado ciego y mudo se abrió paso entre la multitud y se presentó solo delante de Jesús, y muchos lo siguieron para ver lo que sucedería con él. Estaban todos tan convencidos y entusiasmados con las maravillas de Jesús que ahora estaban irritados contra los fariseos, que siempre salían con eso

de que echaba lo demonios en virtud del mismo demonio. He visto entre los presentes a muchos que estaban armados; mandaron a buscar a los fariseos y cercándolos les dijeron que acabasen de una vez de burlarse y difamar a Jesús, y que reconocieran que jamás antes se había levantado en Israel un profeta semejante; que si no cesaban y no dejaban de una vez para siempre su obstinada resistencia, se fueran de allí y dejaran a Cafarnaúm en paz; que estaban cansados de oír esas detracciones y ver la ingratitud de ellos hacia Jesús.

Los fariseos, viéndose en apreturas, se mostraron corteses con el pueblo. Salió de entre ellos un hombre grueso y comenzó a razonar, diciendo que era verdad: nunca se había visto ni oído en Israel tales cosas; ningún profeta había obrado como Éste; pero pedía al pueblo que reflexionase lo que debían pensar sobre el caso de los gergesanos y del endemoniado de hoy, que pertenecía también a los Gergesanos; que en juzgar de tales hechos no hay prudencia bastante. Entonces hizo una relación larga del reino de los demonios y de los malos espíritus, como están en diversos órdenes y diversas graduaciones, y unos tienen más poder que otros y unos obedecen a otros, y como Jesús tiene de su parte a uno de los más poderosos. “Si no, preguntaba el astuto fariseo, ¿por qué no sanó ya de antes Jesús a este endemoniado? ¿Por qué, si es el Hijo de Dios, no echó a los demonios desde aquí y tuvo que ir primero a Gergesa? ¿Veis? Tuvo que ir primero a Gergesa y allí entenderse con el principal demonio del lugar y hacer un trato con él. Tuvo que darle a él los cerdos, en cambio, puesto que aquél era más inferior que Beelzebub, aunque era ya uno importante. Y sólo cuando pudo complacer al demonio de Gergesa, pudo entonces librar a este de aquí”. Todo esto lo dijo con finura y elocuencia y terminó rogando al pueblo que aguardase el fin y viese por los frutos lo que era todo eso; que mirasen como en los días de trabajo ya casi nadie trabajaba, para correr tras de Él, para oír lo que dice y ver milagros y prodigios, y en el Sábado todo es desorden y tumulto de gentes y de enfermos que van y vienen. Que se acordasen de lo que había dicho en este día; se retirasen tranquilos a sus casas y se preparasen a la cercana fiesta. De este modo consiguió introducir la división entre los del pueblo y muchos se dejaron fácilmente convencer de estas charlas sin substancia.

Era ya la víspera de la fiesta de la consagración del templo. En las casas y escuelas ardían las lámparas en forma de pirá-

mides, según costumbre; también en los jardines, patios, y en los pozos ardían lámparas y antorchas formando diversas figuras en la disposición. Jesús llegó a la sinagoga con sus discípulos y pudo enseñar sin ser molestado, pues los fariseos temían al pueblo. Jesús conocía sus pensamientos y lo que habían explicado al pueblo; volvió sobre eso mismo y les dijo: "Todo reino que está desunido entre sí será destruído, y así si Satanás echa a Satanás está desunido entre sí mismo y no puede subsistir. Si yo echo a los demonios por virtud de Beelzebub, ¿por medio de quién los echan vuestros hijos?" Con estas palabras redujo al silencio a los fariseos y salió de la sinagoga sin mayores resistencias de parte de aquéllos. Pasó la noche en casa de Pedro.

XXVII

Jesús visita a Jairo. Estado de Magdalena

Algunos días después Jesús visitó a la familia de Jairo, a la cual exhortó y consoló. Ellos son ahora humildes. Han cambiado completamente y repartido sus haberes en tres partes: una para los pobres, otra para la comunidad de Jesús y la tercera para ellos. La madre está de modo particular cambiada. La hija no apareció, sino cuando fué llamada: vino cubierta con el velo y muy humilde. Está crecida, camina derecha y tiene el aspecto de persona sana.

También visitó Jesús la familia de Cornelio el centurión; la exhortó y consoló, y fué con él a ver a Zerobabel. En esta casa cayó la conversación sobre la fiesta del natalicio de Herodes y se habló de Juan. Ambos personajes, Cornelio y Zerobabel, fueron invitados como todos los grandes del reino a ir a su fiesta y preguntaban a Jesús si convenía ir. Jesús les dijo que podían ir si sentían de no participar de las cosas que allí sucederían; que si podían excusarse, sería mejor no ir. Ellos lamentaron el adulterio de Herodes y su mala vida, y la prisión de Juan, y tenían por seguro que ese día daría la libertad al Bautista.

Jesús visitó a su Madre, en cuya casa estaban Susana de Alfeo, María hija de Cleofás de Nazaret, Susana de Jerusalén, Dina la Samaritana y Marta hermana de Lázaro. Les dijo que mañana pensaba partir. Marta estaba muy triste por la recaída de Magdalena y por su estado de endemoniada. Preguntó si convenía ir a verla y Jesús le contestó que esperase aún. He visto el estado de Magdalena. Ahora está como loca, rabiosa y

orgullosa; hiere y maltrata a sus criadas; está siempre vestida con excesivo lujo. He visto que pegaba también al hombre que vive con ella y ejercía el dominio sobre todos; y he visto cómo el hombre la castigaba a ella. Después cae en espantosa tristeza; llora y se lamenta; corre por la casa buscando a Jesús, y exclama: “¿Dónde está el Maestro? ¿Dónde está Él? ¿Por qué me ha abandonado?” Le siguen luego convulsiones como de epiléptica. Se puede pensar en la tristeza de Marta al ver a una criatura de tales dotes y de tan distinguida familia en ese estado tan lamentable.

Cosa admirable es ver a Jesús andar por las calles de Cafarnaúm; ya con los vestidos caídos, ya ceñidos, sin muchos movimientos, pero tampoco tieso, caminando casi como si flotase sobre el suelo, sencillo y natural más que cualquier otra criatura humana. Nada que llame la atención, nada de exageración, ningún paso en falso, ningún movimiento injustificado, ninguna mirada de un lado a otro, y con todo una naturalidad y sencillez en toda su persona que encanta y admira. Marta había visitado con Susana los diversos albergues desde Galilea hasta Samaría; ella estaba encargada de una inspección general, mientras las otras santas mujeres tenían el cuidado de un distrito o región. Se encontraron varias de estas mujeres en estos albergues y hacían llevar provisiones y comodidades con asnos a los diversos albergues donde pasaría Jesús con sus discípulos. Una de las veces que estaba María Sufanitis entre ellas corrió la voz de que era María Magdalena la que andaba entre las santas mujeres y que seguía también a Jesús. Esta Sufanitis era bastante parecida a la Magdalena y además no era conocida de vista de este lado del Jordán. A esto se añade que se llamaba María, que había derramado también bálsamo sobre los pies de Jesús en un banquete en casa de un fariseo y que había tenido antes mala fama. De este modo se le confundió a veces con la Magdalena, ahora y después, aún más cuando Magdalena se convirtió; sólo los muy familiares de la comunidad de Jesús la distinguían una de otra. Estas mujeres procuraban y proveían de mantas, camas, vestidos de lana, correas, suelas de zapatos, vasos, recipientes con bálsamo, aceite, etc. Aunque Jesús bien poco es lo que necesitaba, con todo no quería que los discípulos fuesen gravosos con su estadía a otras personas que los recibían y deseaba además evitar la ocasión, cuanto se podía, para que los fariseos no encontraran motivo de murmurar.

XXVIII

Misión de los apóstoles y discípulos

En la conclusión del Sábado habló nuevamente Jesús sobre la murmuración de los fariseos, que decían que tenía demonio y que echaba a éstos por virtud de otro demonio más fuerte. Los retó a que dijeran si sus obras y su vida no concordaban entre sí, si no observaba lo mismo que enseñaba. Nada pudieron responderle. Más tarde enseñó también en casa de Pedro sobre las bienaventuranzas y los pobres de espíritu, e hizo una aplicación de los fariseos. Después preparó a los discípulos para ser enviados a su misión. No quería permanecer más tiempo en Cafarnaúm porque la multitud era muy grande y estaba excitada. Había muchos gerasenos que habían venido y querían seguirle, acostumbrados a vagar de un lado para otro y debían ser mantenidos por ser pobres. Pensaban éstos: "Será como David o Saúl, se hará consagrar rey y establecerá su trono en Jerusalén". Jesús los mandó a sus casas, los exhortó a la penitencia, a observar los Mandamientos y las cosas que habían oído de su predicación. Su reino era muy diferente del que pensaban ellos, y allí no podrían entrar los pecadores. Después abandonó la ciudad de Cafarnaúm con sus doce apóstoles y sus treinta discípulos y se dirigió al Norte del país. Muchos viajeros iban también en la misma dirección. Jesús se detenía a veces y enseñaba a uno y otro grupo a medida que se dirigían a sus respectivas casas. De este modo llegó, a eso de las tres de la tarde, a una hermosa montaña a tres horas de Cafarnaúm, no lejos del Jordán. Había cinco caminos que se dirigían a cinco pequeños pueblos de los alrededores. Despidió a los que le habían seguido hasta ese momento y subió con los suyos a la montaña, después de haber tomado algún alimento.

En la montaña había un sitio de enseñanza y allí Jesús les habló nuevamente de su misión. Les dijo que debían mostrar lo que habían aprendido; que dijeran que el reino de Dios se había acercado, que era el postrer tiempo para la penitencia y que el fin de Juan Bautista estaba cerca. Les dijo que bautizaran, impusieran las manos y echaran los demonios; les enseñó cómo debían portarse en caso de disputas, cómo debían conocer la vanagloria y falsas amistades y cómo debían evitarlas. Les dijo que ahora nadie era más que él otro; que en los lugares se albergasen con gentes piadosas y viviesen pobres, no siendo peso

para nadie. Les dijo cómo y dónde debían dividirse y juntarse de nuevo; que fuesen de a dos apóstoles y algunos discípulos y que otros fuesen delante para preparar a los oyentes, reunir a las gentes y traer y llevar mensajes. Los apóstoles llevaban pequeños recipientes de aceite consigo y Jesús les enseñó a bendecirlo y usarlo para los enfermos. (Mar. 6, 7-13; Mat. 10, 1; Luc. 9, 16). Les repitió todas las enseñanzas que están en el Evangelio, pero no les habló aún de los peligros; sólo en general les dijo: "Ahora seréis bien recibidos en todas partes; pero llegará un tiempo en que os perseguirán". Se hincaron todos en círculo y Jesús oró y les impuso las manos sobre la cabeza. A los discípulos sólo los bendijo. Se abrazaron luego y partieron. Les había señalado la dirección, el camino y el tiempo que debían durar sus misiones, para reunirse otra vez con Él, distribuir de nuevo los discípulos y llevar mensajes. Con Jesús quedaron seis apóstoles: Pedro, Santiago el Menor, Juan, Felipe, Tomás y Judas, y con ellos doce discípulos, entre los cuales los tres hermanos Santiago, Sadoch y Eliachim, hijos de María Helí; además Manahem, Natanael, el pequeño Cleofás y otros de los más jóvenes. Los otros seis apóstoles tenían dieciocho discípulos consigo, entre ellos José Barsabas, Judas Barsabas, Saturnino y Natanael Chased. Natanael, el novio de Caná, no salió con ellos porque tenía otro encargo que cumplir con la comunidad y trabajaba como Lázaro. Lloraban cuando se separaban y los que partían se dirigieron hacia el Este en dirección del Jordán, donde he visto que había un lugar llamado Lekkum, a un cuarto de hora del Jordán. Jesús se encontró de nuevo al pie de la montaña rodeado de multitudes que salían de Cafarnaúm para ir a sus países.

De allí se dirigió Jesús con los suyos hacia Saphet, al Sur, sobre una montaña en dirección a un poblado llamado Hukok. Delante de este lugar le salió al encuentro mucha gente que lo recibió con grande alegría. Junto a un pozo le esperaba un ciego y varios baldados que pedían ayuda. Jesús le mando lavarse el rostro con las aguas del pozo; cuando lo hizo, le ungió con aceite sus ojos, quebró una ramita de una planta y poniéndola delante de sus ojos preguntó si veía algo. Dijo: "Veo un árbol muy grueso". Jesús ungió de nuevo sus ojos y preguntó lo que veía. Aquel contestó: "Señor, veo montes, árboles, hombres", y cayó de rodillas dando gracias. Hubo grande alegría entre todos y llevaron al hombre a la ciudad. Jesús curó también a los baldados que estaban con sus muletas. Estas muletas eran de madera fina, pero muy resistente y tenían tres patas cada una, de modo

que podían quedarse de pie solos y atados tan fuertemente que los enfermos se podían apoyar sobre ellas con el pecho. Cuando el ciego sanado entró en la ciudad cantando, salió mucha gente de la ciudad y con ella el jefe de la sinagoga y los maestros de la escuela con los niños. Jesús entró con ellos en la escuela y enseñó sobre las ocho bienaventuranzas, por medio de parábolas y comparaciones. Los exhortó a todos a la penitencia, porque el reino estaba cerca. Explicó las parábolas. Los discípulos estaban presentes. Les dijo a ellos que entendieran bien para que pudieran repetir estas cosas en los pueblos vecinos y en las casas donde fueren. De este modo aprendían en estas enseñanzas lo que debían luego repetir en los diversos lugares; puesto que se repartían y enseñaban, sanaban y volvían a reunirse por la noche donde se hallaba Jesús.

Jesús enseñó en la casa del jefe de la sinagoga con los discípulos y luego comieron pescados, miel, pequeños panes y frutas. Hukok está como a cinco horas al Noroeste de Cafarnaúm, a cinco horas al Sudoeste de la montaña de la despedida para misionar y a unas tres horas al Sur de Saphet. Aquí hay sólo judíos y en general bastante buenas gentes. La mayoría ya recibió el bautismo de Juan. Se ocupan en trabajos de telas finas, de lana, de bandas angostas, y en confeccionar franjas y borlas de seda. También hacen suelas para zapatos, bajo los cuales ponen dos tacos; en el medio se pueden doblar y son muy cómodos; el polvo del camino sale por los agujeros que les hacen.

Los apóstoles se reparten la ciudad y van por los alrededores. La ciudad debe de haber sido una fortaleza, pues hay varios fosos en torno y se entra por un puente. Desde la puerta se ve adentro la hermosa sinagoga. Los fosos están ahora sin agua. En torno de la ciudad hay alamedas, de modo que no se ve la ciudad sino cuando se está muy cerca. La sinagoga es muy hermosa, rodeada de columnas, de modo que en ocasiones de mucho concurso se abren sus portales y se agranda; por detrás termina en semicírculo cerrado. Está sobre un lugar libre al final de la calle. La ciudad es limpia y bien edificada. Se reunieron todos en la sinagoga. Jesús, antes de entrar, sanó en uno de los pórticos a una cantidad de enfermos, y en otro a mujeres enfermas. Trajéronle muchos niños enfermos, en los brazos de sus padres, a los cuales sanó: a los niños sanos los bendecía. En la sinagoga enseñó sobre la oración, y habló del Mesías: que había llegado, que vivían en su tiempo, que enseñaba su doctrina. Habló de adorar a Dios en espíritu y en verdad; y yo entendí

que era adorar a Dios en el Espíritu Santo y en Jesucristo; pues Él era la verdad, el verdadero Dios vivo hecho carne, el Hijo de Dios concebido por obra del Espíritu Santo. Los maestros le pidieron, contentos y cortésmente, que dijera quién era Él en realidad, de donde era y si sus padres eran sus padres y sus parientes no eran en realidad tales. Le pedían que dijera claramente si Él era el Mesías, el Hijo de Dios; que era cosa conveniente que ellos, los escribas y maestros, supieran bien de que se trataba en este asunto; que eran los maestros y principales, y era bueno que ellos supieran bien quien era Él. Jesús les respondió, evadiendo una respuesta directa: "Si Yo dijere: Yo soy", no lo creerían y replicarían: "Él es hijo de tal y de tal". Que no pregunten de donde venía, sino que meditasen su enseñanza y su obrar; que quien hace la voluntad del Padre ése es hijo del Padre, pues el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo, y quien hace la voluntad del Hijo hace la voluntad del Padre. Habló tan hermosamente sobre esto y sobre la oración, que muchos dijeron: "Señor, Tú eres el Cristo. Tú eres la Verdad". Se echaron al suelo y quisieron adorarle. Él les dijo: "Adorad al Padre en espíritu y verdad". Con esto salió de la ciudad y caminó por los suburbios con el jefe de la sinagoga y allí pernoctaron Él y sus discípulos. En estos suburbios hay una escuela y ninguna sinagoga; la escuela es frecuentada y se enseña bien. Todavía se ven las antorchas de la fiesta. En otros días enseñó Jesús en Hukok con parábolas del sembrador y de los diversos terrenos y modos de recibir la semilla; luego del buen pastor que vino a buscar las ovejas perdidas, aunque fuera una sola que alcance a salvar y poner sobre sus hombros. Añadió: "Esto hará el buen pastor hasta que los enemigos lo maten. Sus siervos y los siervos que vendrán después del pastor hagan lo mismo hasta el fin de los siglos. Aún cuando no se salve más que una oveja, el Amor está contento". Enseñó todas estas cosas en modo muy hermoso y amable.

XXIX

Jesús en Bethanat-Gálgala

Los apóstoles y algunos discípulos precedieron a Jesús. Él se dirigió con algunos de sus discípulos hacia el Mediodía, en la dirección en que había venido, hacia Bethanat, que está a hora y media al Sudeste de Saphet. Como a una media hora de Bethanat

le salió al encuentro un ciego conducido por dos niños finamente vestidos de cortas túnicas amarillas y sombreros como sombrillas de cortezas. Eran hijos de levitas. El hombre era ya de edad y de noble condición; había esperado largo tiempo a Jesús. Se apresuró, guiado por los niños, ir al encuentro de Jesús, y exclamó: "Jesús, Hijo de David, ayúdame, ten piedad de mi". Y cuando estuvo junto a Él, se echó de rodillas, y dijo: "Señor, Tú que-rrás seguramente darme de nuevo la vista. Desde hace tiempo te esperaba; desde tiempo sentía una voz que me decía que Tú debías venir a ayudarme". Jesús le dijo: "Si tú crees, hágase según tu fe". Fué con él a un agua que estaba allí entre las matas y le dijo que se lavase los ojos. Los ojos de este hombre estaban como cubiertos, juntamente con parte de la frente, como con escamas. Cuando se hubo lavado se le cayeron las escamas de los ojos, y Jesús le ungió con aceite los ojos y la frente. De pronto el hombre vió y dió gracias. Bendijo también a los dos niños y dijo que ellos predicarían más tarde la palabra de Dios. Mientras tanto se acercaba a la ciudad donde los apóstoles y los discípulos se juntaron de nuevo con Jesús. Ya se había reunido mucha gente de la ciudad y cuando advirtieron que el ciego venía viendo, el contento de todos fué extraordinario. Este hombre se llamaba Ktesiphon, empero, no es el Ktesiphon, también ciego, que, sanado, fué después discípulo y partió más tarde con Lázaro hasta las Galias. Jesús se dirigió con sus discípulos y con los levitas a la sinagoga, donde enseñó.

Duran todavía las fiestas y se ven las antorchas y lámparas encendidas para esta ocasión. Jesús repitió las parábolas del sembrador y del buen pastor. Las gentes aquí eran buenas y se mostraban muy contentas con la venida de Jesús. Se albergaba en la casa de los levitas, junto a la escuela. No había en este lugar fariseos. Estos levitas vivían en comunidad, como en un convento y desde aquí enviaban a su gente de un pueblo a otro. Este lugar de Bethanat había estado habitado mucho tiempo por gentes paganas, porque los hijos de Neftalí las habían dejado allí haciéndose pagar tributo por ellas; ahora no se encuentra ya ninguno. Fueron desterrados cuando se reedificó el templo y Esdras y Neemías obligaron a los judíos a abandonar sus mujeres paganas. Las severas amenazas de Dios pronunciadas por los profetas contra estos matrimonios con paganas y los que permanecieran en ellos, se cumplieron, por no echar del país a los infieles que eran causa de escándalo para el pueblo. En efecto, he visto que en torno del monte Tabor y en las montañas entre

Endor y Scytópolis, donde las montañas son tan barrancosas, donde veo se ha cavado tanto oro y donde no habían echado a los paganos, se han convertido ahora en lugares áridos y estériles en sumo grado.

Desde Bethanat se dirigió Jesús con los suyos hacia Saphet y, rodeando esta ciudad, a Gálgala, que es un lugar importante cruzado por un camino principal. Entró en la sinagoga. Hay fariseos en esta ciudad. Enseñó severamente, reprochándolos, y explicó varios textos de Malaquías que hablan del Mesías, del precursor Juan Bautista y del puro y nuevo sacrificio, diciendo que ese tiempo había llegado y era el presente.

XXX

Jesús en Elkese y en Saphet

Desde aquí se dirigió al Este, hacia Elkese, al Norte de Saphet, donde había nacido el profeta Nahum. Enseñó algún tiempo y en una casa de leprosos sanó a ocho de ellos y les mandó presentarse a los sacerdotes de Saphet. Enseñó también a algunos pastores. Veo pastos muy altos y muchos camellos pastoreando en ellos. Estuvo también Jesús en las cavernas de las montañas donde vivían muchos paganos, y los estuvo adoctrinando. Todo el día lo pasó enseñando, sanando y caminando de un punto a otro; en el trayecto le traían enfermos. Hacia la noche llegó a Bethan, al Oeste de Saphet, en las montañas, como a una hora de Bethanat: es un pequeño lugar dependiente de Bethanat y está tan cerca de la escarpada parte Oeste de Saphet, que desde arriba se mira adentro de la ciudad. Jesús se hospedó con sus discípulos entre algunos de sus parientes.

Vivía aquí una hija casada de una hermana de santa Isabel. Tenía esta mujer cinco hijos, de los cuales la menor contaba once años. Los hijos tendrían de dieciséis a veinte años. Vivía esta familia en un lugar separado, con otras de la misma índole, en una hilera de casas junto a los muros de la ciudad; de modo que estaban en parte dando a los muros de la ciudad y en parte a las rocas de la montaña. Perteneían a aquellos esenios que contraían matrimonio, y el marido de la sobrina de Isabel era ahora el jefe de estas familias. Esta familia tenía una posesión aquí de sus antepasados: eran personas muy piadosas. Hablaron con Jesús sobre el Bautista, preguntándole si pronto se vería libre de su prisión. Jesús les dijo cosas sobre él que los pusieron

muy tristes y afligidos, aunque quedaron callados. El Bautista había estado con ellos cuando salió del desierto para ir a las aguas del Jordán, y ellos habían sido de los primeros en ir al bautismo de Juan. Hablaron también con Jesús de sus hijos diciendo que pensaban ir a Cafarnaúm para la pesca y asociarse con ellos. Jesús les dijo que esos pescadores habían emprendido ya otra pesca y que sus hijos también más tarde les seguirían a ellos en esa misión; fueron después de los 72 discípulos. Jesús enseñó y sanó a algunos enfermos. Le oí decir aquí que los apóstoles y demás estaban ahora en los confines de Tiro y Sidón, mientras Él pensaba ir a la Judea. He visto que Tomás se alegró de este viaje porque pensaba que habría allí contradicción de parte de los fariseos y que él pensaba disputar con ellos y que había dicho esto a los demás apóstoles, los cuales no estaban muy contentos con este proyectado viaje. Jesús reprendió esta audacia de Tomás y le dijo que día vendría en que ni él mismo creería. Tomás no pudo, por el momento, persuadirse de esta posibilidad. Mientras Jesús enseñaba en la escuela sobre las ocho bienaventuranzas vinieron unos fariseos de Saphet para invitarlo para el Sábado. Estaba declarando la parábola del sembrador con las semillas que caen en diversos terrenos; los fariseos no querían admitir la semilla sobre el terreno pedregoso, y disputaron con Él. Jesús los redujo al silencio y como lo invitaran para el Sábado, dijo que quería ir por causa de la oveja perdida, aunque ellos y los saduceos que había allí se escandalizarían de su enseñanza. Ellos dijeron: "Maestro, deja esto por nuestra cuenta". Jesús dijo que conocía bien su malicia y que todo el país estaba lleno de su maldad. Después, acompañado de muchas gentes, salió de allí y se dirigió a Saphet, que está de este lado edificado en una altura escarpada, donde el techo de una casa es como suelo para otra más baja, y los caminos están más bajos que las casas de modo que hay que subir a las casas por escalones cavados en las rocas. Hay que caminar como media hora para llegar a lo alto a la sinagoga, donde hay una explanada más ancha que cae hacia el Noreste.

Delante de la ciudad Jesús fué recibido con fiestas por buenas gentes; venían con palmas y hojas verdes, cantando himnos. Luego le lavaron los pies a Él y a los apóstoles, y les ofrecieron un refresco. De este modo llegó a la sinagoga donde estaban reunidos muchos, porque hoy se clausuraban las fiestas de las luminarias, y era novilunio y Sábado, y querían oír a Jesús. Había en Saphet muchos fariseos, saduceos y simples levitas,

como también escribas y doctores de la ley. Había aquí una especie de escuela de teología y de varias ciencias y artes y concurrían muchos jóvenes. Tomás había estado también aquí como estudiante y por esto ahora visitó a su antiguo maestro, un fariseo, el cual se admiró de encontrarlo en tal compañía. Tomás, empero, habló con tanto calor y entusiasmo de Jesús y de sus enseñanzas, que el fariseo tuvo que callar. Se habían establecido también algunos fariseos y saduceos de Jerusalén, que habían ganado tanta influencia en la escuela que eran de peso a los mismos fariseos del lugar. De éstos eran algunos de los que habían invitado a Jesús. Hablaron con grandes alabanzas de su fama y de su gloria, pero le decían que no convenía hiciera aquí mucho ruido, ya que se habían escandalizado por el recibimiento tan festivo que le habían hecho. Jesús les respondió delante de todo el pueblo que en realidad el Sábado no había aún comenzado y habló del escándalo y malos ejemplos de que se llenaba el país y que ellos mismos daban; no les echó en cara nada en particular: sólo les dijo que expusieran en concreto algo en que no observaba la ley que había venido para cumplir por orden de su Padre celestial. Mientras así disputaba con los fariseos sobre el cumplimiento de la ley, vinieron aquellos leprosos que había sanado ayer y que debían presentarse a los fariseos. Jesús dijo: "Ved ahí cómo cumplo la ley. Éstos vienen porque les he mandado, siendo que no es necesario, pues no han sanado por medicina, sino por orden de Dios y de repente". No les gustó este encuentro y se fueron de allí para reconocer a esos sanados de lepra. Se les observaba sólo el pecho para declararlos limpios, y los fariseos tuvieron que declararlos tales, a pesar de su mala voluntad.

Jesús enseñó en la sinagoga, además del primer libro de Moisés y del primer libro de los Reyes, sobre los diez Mandamientos, y señaló varios puntos en los cuales solían los fariseos y saduceos faltar mayormente. Habló del cumplimiento de la promesa y del advenimiento de la salud, y del castigo que vendría sobre todos los que no recibirían esta exhortación a la penitencia. Habló de la destrucción del templo y de la ruina de muchas ciudades. Habló de los verdaderos preceptos que ellos no entendían y de los preceptos de ayer, como los llamó, que Él dejaba como sin valor.

Yo tuve la idea de que se refería algo así como a los libros de ahora de los judíos, como el Talmud, que ellos mismos estimaban y estudiaban. Después de la sinagoga se fué con los discí-

pulos a la casa de uno de los fariseos que tenía un albergue común para los rabinos del lugar y donde se reunían los demás fariseos. En esta comida Jesús les reprochó a los fariseos por qué reprendían a los discípulos por no lavarse las manos y otras observancias vanas que tenían con las comidas y las viandas, por qué observaban a los que traían las viandas toda mancha o defecto que notaban en los recipientes y en los alimentos. A la mañana siguiente trajeron con mucho trabajo por los caminos tortuosos de la ciudad a muchos enfermos ancianos al patio donde estaba Jesús. Él comenzó a sanarlos pasando por las hileras donde estaban estacionados. Eran sordos, mudos, ciegos, gotosos, baldados y enfermos de todas clases. Los sanaba con oración, con imponer las manos, con aceite bendito y con mayores ceremonias que otras veces. Habló con los discípulos diciéndoles que usaran de estas diversas maneras de sanar, y exhortó a los enfermos según sus necesidades.

Los fariseos y saduceos venidos de Jerusalén se escandalizaban mucho de todo esto; quisieron alejar a varios enfermos, y comenzaron a discutir y a pelear. No querían de ninguna manera permitir lo que llamaban desorden en Sábado; se armó un gran tumulto, de modo que Jesús intervino y preguntó qué pretendían. Empezaron a discutir con Él sobre su enseñanza, como hablaba siempre de su Padre y del Hijo cuando se sabía perfectamente de quien Él era hijo. Jesús les dijo que quien hacía la voluntad de su Padre ése era hijo del Padre y que el que no observa los Mandamientos no tenía derecho de juzgar aquí, sino estar contento de no ser echado como forastero de la casa. Como continuaran disputando acerca de que no debía curar, de que no se había lavado antes de comer y de que no se sentían convencidos de no observar los Mandamientos, se llegó a tal grado que Jesús se vió obligado, con gran vergüenza y espanto de ellos, a escribir, en caracteres que ellos sólo entendían, sus pecados secretos en la pared. Les preguntó si querían que eso quedase allí y se conociese públicamente, o si preferían dejarlo seguir sanando sin molestarlo y así se borrarían las letras. Se llenaron de grande espanto. Con esto siguió sanando, salió de allí y ellos borraron la escritura. Habían usado varias trampas y enredos con donaciones públicas para viudas y necesitados, y habían edificado y usado mal esos dineros. Saphet tenía muchas de esas donaciones, y sin embargo abundaban los pobres y miserables en la ciudad. Por la noche terminó Jesús sus enseñanzas en la sinagoga y pernoctó en la misma casa de antes. Junto a la sina-

goga hay una fuente de donde brota agua. La montaña de Saphet es hermosa, llena de verdor, con muchos árboles y jardines en derredor. Hay muchos mirtos que esparcen agradable perfume. Hay muchas edificaciones cuadradas y fundamentos para construir sobre ellos tiendas de campaña. Los habitantes confeccionan vestiduras sacerdotales. La ciudad está llena de estudiantes, de escribas y doctores de la ley.

XXXI

Jesús en Kirjathaim y Abram

Jesús estuvo con sus discípulos en los alrededores de la ciudad y sanó a muchos enfermos. Por la mañana envió a uno de los sobrinos de José de Arimatea y al hijo de Serafia a la ciudad de Kirjathaim que está a tres horas de aquí, para preparar el alojamiento, y después salió de Saphet. Durante el camino los discípulos se esparcieron por uno y otro lado y Jesús enseñaba y sanaba a los enfermos. Caminaron entre Bethan y Elkese, hacia el Oeste; luego torcieron hacia el Sur. Un poco detrás de Elkese, donde hay un pozo muy hermoso, vése una laguna grande, como la de Betulia, de forma oval: sale de ella al Sur un arroyo hacia el valle de Cafarnaúm. Este valle a veces se estrecha y otras se ensancha: hasta Cafarnaúm puede tener una longitud de siete horas de camino. En el camino a Kirjathaim le salieron al encuentro algunos endemoniados, que le pedían ayuda. Decían que los apóstoles no les habían podido ayudar y ellos estaban convencidos que Él podía. Les dijo que si los discípulos no les habían podido ayudar no era culpa de ellos, sino de los endemoniados, que no tenían la fe necesaria, y los mandó a Kirjathaim y que ayunasen hasta que pasase Él a liberarlbs. Los hizo esperar y hacer penitencia.

A una media hora antes de Kirjathaim le salieron al encuentro los levitas de la ciudad y los maestros con los alumnos; estaban los dos discípulos que habían sido enviados a preparar albergue. Lo recibieron junto a un jardín con baños que recibían el agua desde el arroyo por medio de un canal. Este jardín estaba lleno de hermosos árboles y enramadas formando techos, y rodeado de un tupido cerco de plantas. Allí lavaron los pies a Jesús y a los discípulos y les ofrecieron un refresco. Jesús enseñó a los niños y los bendijo. Serían como las cinco cuando entraron en la ciudad, sobre una colina, mirando hacia el valle. Camino

de la sinagoga fué sanando toda clase de enfermos que se alineaban a lo largo de la calle. En la sinagoga enseñó sobre las ocho bienaventuranzas y sobre el castigo de los levitas que habían puesto su mano en el Arca de la Alianza. Pasó a decir que mayor castigo vendría sobre los que pondrán sus manos en el Hijo del Hombre, puesto que el Arca de la Alianza era solo una figura del Mesías. Se albergó en una de las casas que los discípulos habían dispuesto y alquilado de antemano. En una casa donde cocinaban para personas enfermas se preparaban los alimentos para los discípulos; Jesús y los levitas tomaban parte a estas comidas.

Kirjathaim es una ciudad de levitas y no hay allí fariseos; viven algunas familias emparentadas con Zacarías; Jesús las visitó y ellas estaban muy preocupadas por la suerte de Juan. Jesús les recordó el nacimiento de Juan y las cosas sucedidas entonces y su manera admirable de vivir y su misión. Les dijo muchas cosas del nacimiento del Hijo de María, en relación con Juan, y como la suerte de Juan está en las manos de Dios: que debía morir cuando llenase su misión y que estaba preparándose para su muerte. Junto a la sinagoga fué asediado por los dos endemoniados de ayer y otros muchos enfermos; sanó a varios y a otros mandó ayunar, hacer limosna y orar. Esto lo mandaba porque en este lugar las gentes estaban más acostumbradas al ayuno, a la penitencia y a la oración. Después se dirigió con los discípulos al jardín donde había sido recibido. Aquí enseñaba mientras los discípulos bautizaban. Había paganos que vivían en tiendas y le esperaban, pues habían estado en Cafarnaúm y los encaminaron hacia aquí. Se bautizaron como cien personas. Se ponían en el agua en un estanque: bautizaban Pedro y Santiago el Menor, y los demás ponían las manos como padrinos. Por la tarde enseñó Jesús sobre las ocho bienaventuranzas, y luego habló de la falsa alegría de los falsos profetas que contradecían las amenazas verdaderas de los profetas; estas amenazas se habían cumplido. De paso repitió las amenazas contra aquellos que no recibían al enviado de Dios.

Jesús salió de Kirjathaim y se dirigió hacia el Sur con sus discípulos. A su salida fué saludado solemnemente como a la entrada por los levitas y los niños de la escuela. Los habitantes viven aquí del comercio de tránsito y confeccionan vestiduras y adornos de seda para los sacerdotes: la seda la traen del extranjero. En la otra parte de la colina, al Sur, hay una plantación de cañas de azúcar con las cuales comercian. Jesús pasó

por esta altura mientras los discípulos se esparcieron al Este, por el valle. Enseñó en Naasón y encontró aquí gente de Cafarnaúm y también algunos paganos. A menudo le acompañan grupos de personas un trecho de camino. He visto que aquí sanó a varios que le esperaban a lo largo del camino, entre ellos algunos completamente encorvados y torcidos. Los tomó de la mano y les mandó ponerse derecho. Quisieron seguirle, pero les mandó volver a sus casas. Atravesó un valle y llegó a la ciudad de Abram, en la tribu de Aser, y se albergó en una posada. Hay hermosos jardines en torno de la ciudad. Jesús llegó con dos discípulos al albergue; los demás aún no se habían reunido.

La región del Este del barranco, que corre desde el Líbano hasta el valle de Zabulón, es sumamente hermosa y rica en praderas, y por eso se ve mucho ganado y camellos que pastorean. Más hacia el mar abunda la fruta. La ciudad de Abram está como a tres horas de Kirjathaim; pero Jesús empleó cinco horas, por andar enseñando y sanando. Por la noche llegaron Tomás, Juan y Natanael y se reunieron con Jesús en el albergue. Los otros andaban aún por los alrededores. Los confines entre Neftalí y Zabulón dividen la montaña donde está Abram. El cuidador del albergue presentó a Jesús una cuestión para resolver por causa de un pozo donde tomaban agua las bestias, que él debía cuidar. Porque estaban tan cercanos los límites y había mucho ganado, disputaban con frecuencia por el agua. El cuidador dijo: "Señor, no te dejaremos ir hasta que no dirimas esta cuestión". Jesús dirimió la cuestión más o menos en esta forma: que dejaran acercarse una cantidad igual de animales de una y otra parte, y a la parte que sin empuje fueran más cantidad de animales por sí mismos al pozo, se le reconociera mayor derecho. Luego habló del agua viva que debían desear y que Él les podía dar: los que mayormente la deseasen, éstos la obtendrían. A la mañana siguiente entró en la ciudad, que parecía dividida en dos partes por una calle principal. Se ven muchos jardines alrededor.

Los maestros de la escuela vinieron a su encuentro, le lavaron los pies y lo acompañaron a la sinagoga. En el camino sanó a varios enfermos estropeados, a ancianos demacrados tendidos en los caminos y a endemoniados que aún no estaban furiosos, pero que murmuraban entre sí y se movían de un lado a otro, y a otros hombres anormales. Estos endemoniados repetían lo que otras veces: "Jesús de Nazaret; Jesús es Profeta; Hijo de Dios; Jesús de Nazaret". Jesús los sanó y liberó con su bendición. En

la sinagoga enseñó sobre las bienaventuranzas y sobre la lección del profeta Malaquías. Había aquí fariseos, saduceos y dos sinagogas, una en cada parte de la ciudad. Los saduceos se reunían en otra sinagoga, donde Jesús no enseñó. Los fariseos se portaron correctamente con Jesús. El albergue está como a un cuarto de hora de camino al Sur de la ciudad y es uno de los ordenados por Lázaro. El cuidador es un esenio casado, descendiente de aquel Zacarías que fué muerto entre el templo y el altar. La mujer de este hombre es una nieta de una hermana de santa Ana. Tienen hijos ya crecidos y poseen ganado y praderas junto al lugar donde Joaquín había orado antes de la concepción de María. Ahora, como tienen poco trabajo en casa, se establecieron aquí y más tarde serán relevados por otras personas. El albergue está arreglado bien; tiene un jardín, un campito y un pozo de agua. No hay en Abram paganos, pero viven algunos en las alturas de la montaña.

Los otros apóstoles que Jesús dejó antes de entrar en Kirjathaim se juntaron aquí, entre ellos Andrés y Mateo. Tomás y Santiago el Menor fueron, en lugar de ellos, a Achzib en Aser, a diez u once horas. Con Andrés llegaron unos veinte hombres, entre sanados y extranjeros, que querían oír la predicación de Jesús. Los dos apóstoles contaron que todo les había salido bien: sanar enfermos, echar demonios, enseñar y bautizar. Vinieron al albergue varios hombres: unos pidieron consejos; otros eran enfermos, estropeados y ancianos demacrados y también mujeres enfermas, que aguardaban en otro lugar. Había endemoniados entre ellos. Algunos enfermos sanados ayer se ofrecieron a ayudar hoy a los otros enfermos y a Jesús, pero Él les dijo que había venido no para ser servido sino para servir. Jesús estuvo toda la mañana sanando enfermos y tuvo que zanjar otra cuestión de derechos de agua. Aquí corren los límites de Aser, Neftalí y Zabulón; la gente tiene mucho ganado y así disputan por el agua. Unos decían que los otros usaban del pozo que habían cavado sus antepasados, y que estaban dispuestos a hacer lo que dijese Jesús; pero que no querían sin más dejar los derechos que les venían desde sus antepasados. Jesús decidió la cuestión diciendo que cavasen un pozo en un lugar que señaló; que allí encontrarían más y mejor agua.

Se bautizaron aquí unos veinte o treinta judíos, entre ellos los venidos con Andrés y Mateo. Como no había un estanque donde entrar, eran bautizados en círculo, derramándoseles el agua sobre las cabezas. Después de esto entró Jesús en la ciudad.

La gente que sanaba en la ciudad eran enfermos de casi la misma clase; dependía de la altura de la ciudad y de las costumbres de los habitantes. Estuvo con los niños que le esperaban en las calles, en las plazas y en todos los rincones; los bendecía, les preguntaba, les enseñaba y los despedía contentos. Las madres le traían niños enfermos a los cuales curaba; se había reunido una gran multitud. En la sinagoga estuvieron los fariseos muy corteses con Él; se señalaron el mejor lugar y dispusieron en torno a sus discípulos y le presentaron los rollos abiertos. Enseñó sobre una de las bienaventuranzas y pasó a hablar de las persecuciones de que serían objeto Él y sus discípulos, y del castigo que sobrevendría a los perseguidores con la destrucción de la ciudad y del templo. Los fariseos interrumpían para que aclaráse esto o aquello de lo que iba diciendo. Esto se suele hacer. Las gentes son laboriosas: preparan algodón para la venta; fabrican telas y tejen una especie de lino. Nace de una caña gruesa de la cual se sacan delgadas hojas, que luego trabajan y preparan sobre huesos cortantes o maderas; así las reducen a finas hebras amarillas brillantes, que cosen a las ropas como adornos. No es ni lino ni el cáñamo nuestro. Fabrican también mantas y telas para tiendas de campaña y divisiones de estera para las casas.

Jesús y los apóstoles emplearon toda la mañana siguiente y una parte de la tarde en visitar casas particulares en el Sur de la ciudad. Enseñaban, consolaban, reconciliaban y exhortaban a la unión, al amor, a la paz en las familias. Donde había mucha gente en los hogares allí Jesús enseñaba; si eran pocos se llamaba a las familias vecinas por medio de los discípulos. Muchas cosas se arreglaban de este modo: estas visitas eran para aquellas familias donde había ancianos y enfermos que no podían ir a la sinagoga. Algunos muy ancianos fueron bautizados en sus lechos y otros que apenas podían enderezarse eran bautizados con un recipiente de agua. En el primer día de su entrada en Abram exhortó a dos novios y asistió después a su casamiento. A otras tres parejas que estaban en una casa donde había parientes, fariseos y sacerdotes, las exhortó y les hizo una enseñanza sobre el matrimonio. Habló de la sumisión que deben las mujeres al marido, por mandato de Dios, después del pecado; pero que los hombres vieran en sus mujeres la promesa y respetaran esa promesa: la semilla de la Mujer debe pisar la cabeza de la serpiente. Ahora que el tiempo es llegado y la promesa cumplida, entra la gracia en lugar de la ley, y así las mujeres

obedezcan con reverencia y humildad, y los hombres manden con caridad y bondad. En esta ocasión dijo que no preguntasen como vino el pecado en el mundo: vino por la desobediencia, y la salud viene por la obediencia y la fe. Hablando del divorcio, dijo que el hombre y la mujer formaban un solo cuerpo, y no podían por eso ser separados; y si de la unión de los mismos resultaran grandes dificultades y pecados, se podían separar, pero no podían casarse nuevamente con otros. Las leyes de separación y de divorcio, dijo, fueron leyes para la rudeza y la infancia de los pueblos; pero que no siendo ellos ya niños, y habiendo llegado la plenitud de los tiempos, el casarse con otro es una falta a la eterna ley de la naturaleza misma. La separación sea sólo para evitar mayores pecados y después de serio examen. Tuvo esta enseñanza en la casa de uno de los novios; pero estaban los demás novios presentes, aunque separados unos de otros, hombres y mujeres, por una cortina. Jesús estaba sentado en un extremo de la pieza enseñando, rodeado de algunos apóstoles y discípulos. Estaban presentes los padres de los novios, separados según su sexo. Esta enseñanza sobre el matrimonio dió ocasión a contradicciones de los fariseos, no en la casa, sino más tarde, en la sinagoga, cuando Jesús enseñaba sobre la opresión de los israelitas en Egipto y del profeta Isaías. Aquí disputaron sobre la enseñanza de Jesús, pareciéndoles demasiado poco lo dicho sobre la sumisión de las mujeres a sus maridos y demasiado severo lo dicho sobre el divorcio. Estuvieron desenrollando toda clase de escritos, y no pudieron, sin embargo, aceptar la doctrina de Jesús explicada antes; pero, a pesar de todo, la disputa no pasó los límites de la cortesía y de la buena educación.

Unos días después estuvo Jesús en el casamiento de los otros, con algunos discípulos, como testigo. Fueron casados, según la ley, bajo el cielo abierto, porque se descubrió la cúpula de la sinagoga para este caso. He visto que de ambos se sacó un poco de sangre del dedo anular, que bebieron esto mezclado con vino y se cambiaban los anillos. Después de las ceremonias de la sinagoga, siguieron las danzas, la comida y los juegos, a los cuales invitaron a Jesús y a sus discípulos. Esto transcurrió en un hermoso salón con columnas. Los recién casados no eran todos de la ciudad: algunos eran de lugares vecinos, pero se habían concertado de celebrar sus casamientos todos aquí, aprovechando la venida de Jesús. Algunos de ellos habían estado con sus padres en las enseñanzas de Jesús en Cafarnaúm. La

gente aquí era buena y bien intencionada, y los casamientos, hasta de los pobres, eran celebrados con solemnidad, igual que los de los ricos, aunque no pudieran pagar los gastos.

XXXII

Jesús en las bodas en Abram

He visto que los invitados daban ciertos regalos y que Jesús también hizo su regalo consistente en dinero de la comunidad, por sí y por sus discípulos. Pero he visto luego que le enviaron canastos con panes y tortas de bodas al albergue y que Jesús los mandó repartir entre los pobres. La danza al principio fué muy moderada y a pasos lentos. Las novias estaban con el velo, colocadas frente a sus novios, y cada novio danzó una vez con la novia. No hubo entre ellos tocamiento alguno; llevaban en las manos pañuelos, y sostenían los cabos de los mismos cuando danzaban. Después danzaron todos juntos. La fiesta duró una hora, después de lo cual se sentaron a la mesa, separados los hombres de las mujeres. Los músicos eran niños y niñas, con coronas en las cabezas y en los brazos. Tenían flautas, cornetas y otros instrumentos. Las mesas estaban dispuestas de tal manera que se podían oír hombres y mujeres, pero no ver. Jesús se acercó a la mesa de los novios y contó una parábola semejante a las diez vírgenes, y declaró el sentido de las prudentes y de las necias muy acertada y familiarmente. Les iba diciendo a cada pareja lo que tenían preparado en su nueva casa y declaraba su sentido espiritual. Las cosas que decía venían muy a propósito del carácter y del vicio predominante de cada uno, de tal manera que corregía y advertía sin que los demás se dieran cuenta. Tomó ocasión también de las lámparas encendidas, haciendo oportunas aplicaciones. Después de la comida se pasó al patio, donde se jugó a las adivinanzas y a las suertes. Los acertijos caían a través de una madera dispuesta con agujeros y cada uno tenía que resolver el acertijo que le tocaba o pagar alguna pena. Los acertijos no resueltos volvían a entrar en juego, y el perdedor podía volver a ganar lo perdido si resolvía bien. Jesús presenciaba el juego, haciendo oportunas advertencias y aclaraciones.

Después de la fiesta volvió Jesús con los suyos al albergue fuera de la ciudad y le acompañaron festivamente con antorchas. Visitó de nuevo la sinagoga y enseñó y se fué a la escuela de

los niños y de los jóvenes, a quienes preguntaba y exhortaba. Se despidió de algunas personas, y después de la comida fué a la escuela de las niñas, que era al mismo tiempo un taller de bordados y costuras. Las niñas contaban de seis a catorce años y estaban con sus vestidos de fiesta; eran muy numerosas. Estaban presentes dos escribas que todos los días enseñaban allí la ley; también ellos estaban vestidos de fiesta, con anchas fajas y largos manípulos en los brazos. Unas diez viudas cuidaban de las niñas; además de aprender a leer, escribir y contar y conocer la ley, hacían bordados que luego se vendían para mantenerse. En largas salas estaban extendidas telas anchas como de una vara y otras más angostas, hasta el ancho de una faja; las partes terminadas eran arrolladas. Se veían delante de ellas las muestras dibujadas que debían imitar. Eran flores, hojas, árboles, figuras y líneas que serpenteaban en medio de las figuras. Las telas eran muy finas, de lana liviana, parecidas a los mantos de los Reyes Magos: sólo que parecían más resistentes y de diversos colores. Trabajaban con lanas de distintos tonos, y también con seda, mayormente amarilla. Tenían pequeños ganchitos en lugar de agujas. Algunas trabajaban sobre telas blancas. Otras bordaban fajas y ponían palabras en ellas. Las niñas estaban en el trabajo unas junto a las otras. Sus tareas estaban graduadas, de modo que adelantaban según la edad y la capacidad. He visto que las más pequeñas preparaban los hilos; otras extendían la lana y la peinaban; otras hilaban, y otras alcanzaban a las mayorcitas los hilos y los instrumentos que necesitaban. Hoy no trabajaban, pero mientras pasaba Jesús entre ellas y las maestras mostraban los trabajos, a mí me era enseñado en cuadros todo el procedimiento que se usaba en la escuela. He visto que le mostraban también grandes figuras bordadas, trabajos encargados por personas interesadas. Muchos trabajos eran encargados y vendidos. Aun los paganos cambiaban estos bordados por telas crudas o los compraban. Algunas de estas niñas vivían allí mismo como pupilas; otras venían de la ciudad. La casa tenía dos pisos y la ganancia se invertía en la escuela. Había una sala para enseñanza, y Jesús preguntaba. Las niñas tenían todas sus pequeños rollos en las manos. Las más pequeñas estaban delante y las maestras detrás de todas. Pasaron en varios turnos delante de Jesús, junto a su sitio, y Él les enseñaba con semejanzas de sus trabajos y luego las bendecía. Después de esto dejó la escuela y ellas le hicieron a Jesús un regalo de

telas bordadas y fajas que mandaron al albergue, y que luego envió Jesús a la sinagoga.

Jesús terminó el Sábado enseñando en la sinagoga. La ciudad estaba llena de gente y todos se habían reunido. Varios discípulos habían visitado diversas casas y Jesús se despidió delante de la sinagoga de todos los presentes, resumiendo brevemente lo que había enseñado. Todos estaban muy conmovidos y deseaban que se quedase más tiempo allí. Antes que dejase la ciudad para ir a Dothaim, envió a dos discípulos a Cafarnaúm con un mensaje y a otros dos a Cydessa, y Él se quedó solo con Andrés y Mateo, porque los otros se esparcieron por los pueblos de los alrededores. Dothaim está en el mismo barranco, como Abram, a cinco horas de camino. Estaba preparado allí un albergue para Jesús y sus discípulos. Se encontró con Lázaro que había venido de Jerusalén en compañía de dos discípulos. Las mujeres de Jerusalén también habíanse reunido aquí con Lázaro.

XXXIII

Jesús enseña en Azanoth. Marta y Magdalena

A una hora escasa al Sudeste del albergue de Dothaim está situada, en una altura, la pequeña población de Azanoth, donde hay un sitio de enseñanza desde el cual en los tiempos antiguos habían enseñado los profetas. Por medio de los discípulos se había esparcido la voz de que Jesús tendría aquí un gran sermón; por eso se reunieron muchos oyentes del contorno y de toda Galilea.

Marta había viajado con su criada a casa de su hermana Magdalena para moverla a oír la predicación de Jesús. Fué recibida muy descortésmente por Magdalena, precisamente ocupada en sus arreglos mujeriles, y le mandó decir que no podía atenderla en este momento. Marta, con una paciencia admirable, aguardó y se entregó a la oración. Finalmente vino Magdalena descortés, orgullosa y descomedida a ver a su hermana, porque se avergonzaba de los vestidos sencillos de Marta, y temía se dieran cuenta los visitantes de la presencia de su hermana, y así le indicó el deseo de que se alejara cuanto antes. Marta pidió sólo un rincón para descansar. La llevaron con su criada a una pieza, y allí permaneció sin comida ni bebida, olvidada o descuidada. Esto pasaba por la tarde. Mientras tanto, se adornaba

Magdalena para recibir sus visitas sentada en un alto sitio. Marta y su criada lo pasaban en oración. Al final de las charlas y visitas vino Magdalena adonde estaba Marta trayendo alimento sobre un platillo y una bebida: era un platillo con bordes azules. Habló ligeramente, orgullosa y despreciativa. Se mostraba irritada e intranquila. Marta la invitó, con grande humildad y paciencia, a escuchar un gran sermón de Jesús en las cercanías. Todas las amigas se reunirían otra vez y deseaban mucho verla de nuevo entre ellas. Ella misma, dijo Marta, había dado pruebas de cuanto estimaba a Jesús; que hiciera este gusto a ella, a Lázaro y a todas yendo el sermón de Jesús; que no tendría otra ocasión semejante de estar tan cerca de Jesús y de todas sus amigas, que esperaban tener el gusto de verla; que ella había demostrado en Gabara, durante el convite, cuando derramó el bálsamo, como sabía honrar todo lo grande y lo sublime; que ahora podía de nuevo saludar a Aquél que había honrado tan dignamente en aquella ocasión. No es para describir con qué caridad hablaba Marta y con qué paciencia sostenía la descortesía y el orgullo de su hermana. Finalmente dijo Magdalena: "Sí, iré; pero no contigo; tú puedes ir delante; yo no quiero ir vestida tan pobremente; quiero ir arreglada, según mi condición, e ir con mis amigas".

Se apartaron ambas hermanas porque era ya muy tarde. A la mañana siguiente, mientras se vestía, Magdalena hizo llamar a Marta, la cual rezaba y se armaba de extrema paciencia pidiendo al Señor que Magdalena partiese y se mejorase. Magdalena estaba sentada sobre un asiento bajo, envuelta en un vestido largo de pura lana. Dos criadas estaban con ella, lavándole los pies y los brazos, que perfumaban con agua de olor. Sus cabellos, partidos en tres partes, les eran peinados y arreglados, untados y perfumados. Púsose sobre su túnica de lana un vestido verde, con grandes flores amarillas, y sobre él, el otro vestido con pliegues. En la cabeza se puso una especie de mitra, que sobresalía en la frente. Tanto los cabellos como esta mitra estaban adornados de perlas y piedras de valor, y en las orejas llevaba aros. Mientras se arreglaba, sostenía en las manos un espejo redondo y brillante. Marta tuvo que admirar el atavío de su hermana; luego se despidió de Magdalena y se dirigió a Damna, al albergue, para contar a María y a las mujeres que había conseguido persuadir a Magdalena que concurriese a la gran enseñanza de Jesús en Azanoth. Con María Santísima había más de doce mujeres en Damna, para dirigirse a Azanoth.

Entre ellas estaban Ana Cleofás, Susana de Alfeo, Susana de Jerusalén, Verónica, Juana Chusa, María Marcos, Dina, Maroni y la Sufanitis.

Desde el albergue de Dothaim fué Jesús, acompañado con seis apóstoles y muchos discípulos, a Azanoth. En el camino se encontró con las santas mujeres que venían de Damna. Lázaro iba con Jesús. Magdalena fué muy atormentada, después de la ausencia de Marta, por el demonio que quería impedirle de todos modos que acudiera a la predicación de Jesús. No hubiera ido quizás si no fuera porque sus mismos visitantes no se hubiesen determinado, ellos también, para ir a ver el gran espectáculo de Azanoth, como decían. Magdalena y las otras pecadoras iban montadas en asnos hacia el albergue de las fuentes de agua de Betulia. Otros asnos traían el sillón de Magdalena y los almohadones y mantas para las otras pecadoras. Al día siguiente se adornó nuevamente Magdalena y apareció con sus amigas en el lugar de la enseñanza, después de una hora de camino desde el albergue. Con grande ruído, charlando alegremente y mirando a todas partes se acomodaron, apartadas de las otras mujeres, en una tienda abierta levantada para ellas. Había entre ellas algunos hombres de su ralea. Estaban sentadas sobre almohadones, mantas, sillones, a la vista de todos, Magdalena en primera línea. Era objeto de general murmullo entre los presentes, porque era aquí más odiada y despreciada que en la misma Gabara. Los fariseos, que conocían su primera conversión y su recaída, se mostraban de un modo especial escandalizados por su aparición en este lugar.

XXXIV

Sermón de Jesús y conversión definitiva de Magdalena

Jesús comenzó su gran sermón, que fué severo, después de haber sanado a muchos enfermos. No puedo ya recordar los detalles, pero sí los ayes que lanzó sobre Cafarnaúm, Betsaida y Corazín; que la reina de Sabá había venido del Mediodía para oír la sabiduría de Salomón, y que más que Salomón había aquí. Era admirable cosa en esta ocasión que vários niños, que nunca habían hablado, ahora decían en los brazos de sus madres: "Jesús de Nazaret; Santo Profeta; Hijo de David; Hijo de Dios". Muchos, también la Magdalena, estaban ya conmovidos por esto. Con respecto a Magdalena, dijo: "Cuando un demonio es echado

y la casa es barrida, entonces va el demonio y vuelve con otros seis, peores que él, y hacen su obra peor que antes". Magdalena se asustó mucho de esto. Después que Jesús hubo conmovido los corazones de muchos, se volvió hacia todos lados y mandó, en general, al demonio salir de aquéllos que en alguna manera lo hubiesen deseado, y que, en cambio, los que querían quedar unidos con él, se alejasen con el demonio de este lugar. A este mandato clamaron los poseídos de un lado y de otro: "¡Jesús, Hijo de Dios!" Y caían en desmayo en varias partes los endemoniados.

Magdalena, que estaba sobre un soberbio sitio, cayó también en medio de convulsiones, mientras las otras pecadoras intentaban aliviarla con perfumes y sacarla de allí, esta vez disimuladamente, puesto que querían éstas permanecer con sus demonios. Como clamase el pueblo: "Detente, Señor; detente, Señor, que una mujer muere", interrumpió Jesús su discurso y dijo: "Sentadla sobre su silla. La muerte que ahora la sorprende, es buena muerte; esta muerte la hará vivir". Después de algún tiempo de nuevo la hirió una palabra de Jesús, cayó de su asiento entre convulsiones y salieron de ella oscuras sombras. De nuevo hubo conmoción y tumulto en derredor de ella, mientras las otras querían hacerla volver en sí. Se sentó nuevamente sobre su hermoso sitio y aparentó que había tenido sus acostumbradas caídas y desmayos. La admiración crecía cuando vieron que otras personas, detrás de ella, tenían iguales caídas y convulsiones, a medida que salían los demonios de ellas. Al ser atacada Magdalena de convulsiones, por tercera vez, se hizo el tumulto mayor, y Marta acudió al lado de ella, y como se aquietara nuevamente, estaba ya fuera de sí por la conmoción, y quería estar con las otras santas mujeres. Las pecadoras la detuvieron, diciéndole que no fuera loca de querer ir con las otras. Entonces la llevaron arriba, en un lugar, y Lázaro, Marta y otras se acercaron a ella y la condujeron al albergue de las santas mujeres, mientras las pecadoras que la habían rodeado hasta entonces, salieron de allí lo mejor que les fué posible.

Jesús sanó aún a unos ciegos y otros enfermos, fué a su albergue y más tarde enseñó en la escuela del lugar. Magdalena estuvo de nuevo presente; no estaba del todo curada, pero muy conmovida y ya no vestida con tanto lujo. Había dejado sus adornos superfluos que consistían en puntas muy curiosas que sólo se podían usar algunas veces. Ahora estaba cubierta con el velo. Jesús enseñó de nuevo con relación a su estado, y al

mirarla una vez con mirada penetrante ella cayó de nuevo desmayada y la abandonó otro demonio que en ella anidaba. Sus criadas la llevaron de ahí y Marta y la Virgen la recibieron delante de la sinagoga y la condujeron al albergue. Ahora estaba como loca, gritaba y lloraba, corría por las calles, clamaba a las gentes, diciendo que era una pecadora, una criminal, un deshecho de las gentes. Las mujeres tuvieron mucho trabajo en hacerla callar. Rasgaba sus vestidos, se mezaba los cabellos, se envolvía en sus ropas. Cuando más tarde Jesús estaba en su albergue con los discípulos y algunos fariseos, donde de pie tomaban algún alimento, pudo la Magdalena desprenderse de las mujeres, y vino, con los cabellos descompuestos y grandes clamores, se abrió paso entre los demás, y se echó a los pies de Jesús. Lamentóse y lloró, preguntando si aún había salvación para su alma. Los fariseos y aún los discípulos dijeron a Jesús que no permitiese más tiempo que esa pecadora perturbara en todas partes el orden; que la apartase para siempre. Jesús dijo. "Dejadla llorar y gemir: Vosotros no sabéis lo que está pasando dentro de ella". Luego se volvió a Magdalena y le dijo, para consolarla, que se arrepintiese de corazón, creyera y esperara, que pronto encontraría paz; que ahora, confiada, se retirase. Marta, que la había seguido con sus criadas, la llevó a casa. Ella no hacía sino apretarse las manos y llorar. No estaba aún libre del todo, y el demonio la aterraba y la hacía sufrir con los más amargos remordimientos y con sentimientos de desesperación. No encontraba paz y se creía perdida. Lázaro entre tanto fué a Magdalum, por pedido de Magdalena, para tomar posesión del castillo y de todo lo que allí había, y deshacer todos los compromisos contraídos. Tenía en Azanoth y en los alrededores campos y viñedos que Lázaro, en vista de sus prodigalidades, ya había tomado bajo su tutela.

En la misma noche anduvo Jesús, por causa de la muchedumbre, con sus discípulos, en los alrededores de Damna, donde había una colina con un sitio para enseñar y un albergue. Cuando a la mañana siguiente vinieron las mujeres con Magdalena al lugar, encontraron a Jesús rodeado de mucha gente que buscaba ayuda. Cuando se supo en Azanoth que había partido de allí, le siguieron muchos; y otros que venían de Azanoth para encontrarlo, prosiguieron hasta hallarlo en Damna. De este modo, durante el tiempo de la enseñanza, acudían siempre nuevos oyentes.

Magdalena estaba entre las santas mujeres, completamente deshecha y demacrada. Jesús habló severamente contra los pecados de la impureza y dijo que estos pecados habían hecho descender el fuego sobre Sodoma y Gomorra. Habló de la misericordia de Dios, diciendo que ahora era el tiempo de su misericordia, y rogaba encarecidamente a todos a recibir esta gracia. Por tres veces miró a la Magdalena durante este sermón y por tres veces vi a Magdalena caer en desmayo y salir de ella una sombra oscura. La tercera vez las mujeres la llevaron de allí. Estaba como anonadada, deshecha, demacrada, casi irreconocible. Sus lágrimas eran continuas. Estaba toda cambiada: se lamentaba fuertemente y quería confesar sus pecados a Jesús, para recibir el perdón. Después de la enseñanza Jesús fué hacia ella, a su lugar apartado. María y Marta la llevaron allá. Ella se prostró, con los cabellos descompuestos, sobre su rostro. Jesús la consoló, y habiéndose retirado las demás, ella gritó pidiendo perdón, confesó sus muchos pecados y decía: "Señor ¿habrá perdón y salvación para mí?" Jesús le perdonó sus pecados, y ella rogó al Señor le concediera no recaer jamás en ellos. Jesús se lo prometió. La bendijo, le habló de la virtud de la pureza y de su Madre María, que era libre de toda mancha. Ensalzó mucho a su Madre, diciéndola elegida, cosa que nunca había oído decir a Él hasta ahora, y le dijo a Magdalena se juntase del todo con Ella y tomase de Ella todo consuelo, ayuda y consejo.

Cuando se reunió de nuevo donde estaban las mujeres, dijo Jesús de ella: "Fué una gran pecadora; pero será ahora el modelo de todos los penitentes por todos los tiempos". Magdalena estaba, por los sacudimientos y por sus lágrimas y arrepentimiento, tan desconocida, que no parecía sino una sombra de lo que era antes; pero ahora se encontraba tranquila, llorosa y cansada. Todas la querían consolar porque la amaban, y ella pedía perdón a todas. Como las otras mujeres se dirigieron a Naím por Caná, y Magdalena estaba demasiado débil para poder seguir las, se dirigieron Marta, Ana Cleofás y María Sufanitis con Magdalena hacia Damna, para seguir las después de algún descanso. Jesús con sus discípulos atravesó el valle de las aguas termales, a cuatro o cinco horas de distancia de allí, hacia la ciudad de Gatepher, sobre una montaña, entre Caná y Séforis. Permanecieron allí, durante la noche, en un albergue delante de la ciudad, junto a una caverna llamada la cueva de Juan.

XXXV**Jesús en Gatepher**

Jesús llegó en la mañana a Gatepher. Los jefes de la escuela y los fariseos le salieron al encuentro. Le recomendaron que no alterase el orden en la ciudad, especialmente no tolerase el correr de las madres con sus niños; que podía enseñar tranquilamente en la sinagoga, pues no les gustaba el ruido en la ciudad. Jesús les contestó severamente diciéndoles que venía para todos aquellos que le esperaban y clamaban por Él, y les reprochó su hipocresía. Los fariseos habían mandado ya a decir en la ciudad que no trajesen a sus criaturas, no apareciesen en las calles, no saliesen al encuentro del Nazareno y no gritasen: "Hijo de Dios; hijo de David y Cristo", que era un escándalo y no debía oírse; que bien sabían ellos de donde era Él, y cuáles eran sus padres, sus hermanos y parientes. Los enfermos podían reunirse delante de la sinagoga y allí hacerse curar; pero que no querían tumulto ni espectáculo. Habían dispuesto a los enfermos según su criterio, en los lugares que les parecía, como si ellos tuvieran el derecho de regular todo lo que iba a hacer Jesús.

Cuando llegaron a la ciudad vieron, con gran sorpresa, que las madres llenaban las calles de la ciudad con sus criaturas en brazos y que los niños extendían sus manos hacia Él, gritando a pleno pulmón: "Jesús de Nazaret; Hijo de David; Hijo de Dios; Profeta santo". Pretendieron los fariseos apartar a estas madres; pero todo esfuerzo fué inútil. Salían de todas las casas y rincones de la ciudad, y al fin los fariseos, avergonzados, abandonaron el acompañamiento de Jesús. También los discípulos que seguían con Jesús estaban algo contrariados y deseaban que las cosas fueran más tranquilas y menos peligrosas; intentaban apartar a las madres y hacían advertencias a Jesús. Jesús reprochó a los discípulos su poquedad de ánimo, los hizo retirar y dejó venir a los niños junto a Él, mostrándose bondadoso y familiar con ellos. De este modo, entre aclamaciones continuas de los niños, llegó hasta la sinagoga y los pequeños seguían clamando: "Jesús de Nazaret; Profeta santo". Hasta los niños de pecho, que jamás habían hablado, gritaban ahora, para admiración y escándalo de los fariseos. Delante de la sinagoga se colocaron los niños, apartados de las niñas, y las madres con sus criaturas de pecho detrás de ellos. Jesús bendijo a los niños, enseñó a las madres y a las que las acompañaban, criadas y personas, de las cuales dijo

Jesús que eran también hijas de esas madres. Habló a los discípulos del valor de los niños delante de Dios. A los fariseos esto les desagradó mucho; mientras tanto los enfermos tuvieron que esperar. Más tarde fué hacia ellos, sanó a algunos y enseñó en la sinagoga de José y del valor de los niños delante de Dios, porque los fariseos comenzaron a quejarse de nuevo del estorbo de los pequeños.

Cuando Jesús salió de la sinagoga, vinieron tres mujeres que deseaban hablar a solas con Él. Como se apartase algún tanto de los demás, estas mujeres cayeron a sus pies y le dijeron que sus maridos eran atormentados por el demonio, y que a ellas también las molestaba; como habían oído que había ayudado a Magdalena, pedían las ayudase a ellas en su necesidad. Jesús les prometió ir a sus casas. Primero, empero, fué a casa de un cierto hombre, de nombre Simeón, un esenio casado, hombre simple y recto. Era de mediana edad e hijo de un fariseo de Dabrath del Tabor. En esa casa tomó con los discípulos algún alimento, de pie. Este Simeón quería poner todo lo suyo a disposición de la comunidad de Jesús. Después fué a las casas de aquellas mujeres, y habló con los hombres y las mujeres; pero las cosas no eran como las habían contado: ellas eran las culpables y querían echar la culpa a sus maridos. Jesús exhortó a todos a la unión, a la oración, al ayuno y a la limosna. Después del Sábado le siguieron estas mujeres enfermas a la predicación del monte, algo al Norte del Tabor, porque Jesús no permaneció aquí sino que se dirigió al Sur, hacia Kisloth, por donde habían pasado ya las santas mujeres con la Magdalena, camino de Naírn.

XXXVI

Jesús en Kisloth y Nazaret

Jesús, camino andando, habló a los discípulos sobre las cosas que les esperaban, y cómo debían portarse cuando fuesen a la Judea, donde no serían recibidos tan bien como aquí. Les dió normas de conducta y del modo de imponer las manos y de echar los demonios, y volvió a darles su bendición, como nueva fortaleza para su futura misión. Habían venido tres jóvenes desde el Egipto, que Jesús recibió como discípulos, aunque les anunció las dificultades que les esperaban. Uno se llamaba Cyrino. Habían sido compañeros de juego de Jesús en Egipto, y ahora tenían alrededor de treinta años. Sus padres habían man-

tenido como cosas santas el pozo y la habitación de la Sagrada Familia. Estos jóvenes habían visitado Belén, Nazaret, Betania, y a María, en Dothaim, y traían los saludos de sus padres.

Llegaron a Kisloth algunos fariseos de Nazaret para invitarlo a ir a su patria. Aquellos fariseos que habían querido precipitarlo desde el barranco no estaban más allí. Dijeron a Jesús que ciertamente no dejaría de ir a su ciudad para hacer allí las señales y milagros que obraba en otros lados; que todos estaban deseosos de oír su enseñanza y podía después sanar a sus enfermos; le rogaban, sin embargo, que no sanase en el Sábado. Jesús les dijo que iría y celebraría el Sábado, pero que ellos se escandalizarían de Él, y que en cuanto a lo de sanar enfermos quería hacer su voluntad, aunque era con daño de ellos mismos. Ellos se volvieron a Nazaret y Jesús se encaminó hacia allá, enseñando de paso a sus discípulos. Llegó al mediodía. Le salieron al encuentro muchos curiosos y algunos bien intencionados; le lavaron los pies y le ofrecieron alimento. Jesús tenía consigo los discípulos de Nazaret, Parmenas y Jonadab. Se albergó con sus acompañantes en la casa de Jonadab. Éstos dos habían sido compañeros de infancia de Jesús y le habían acompañado en su primera salida, cuando fué a Hebrón después de la muerte de José. Jesús los usaba mucho para mensajes y para anuncios. Jesús visitó a algunos enfermos, que le habían pedido, y que Él sabía necesitaban de Él y eran creyentes. Delante de otros, que le habían traído para probar o que venían con pretensiones, pasó de largo. Como le trajeran a un joven esenio baldado desde su infancia, que le pedía ayuda, lo sanó en la calle, como también a varios ciegos. Después entró en algunas casas y sanó a varios enfermos, ancianos, hombres y mujeres. Había entre ellos mujeres hidrópicas y una al extremo que estaba del todo hinchada. En total curó a unas quince personas. Después se dirigió a la sinagoga donde estaba reunidos los enfermos; pero pasó de largo, y así celebró el Sábado sin molestia, como querían los fariseos. La lección del Sábado trató de cómo Moisés habló en Egipto con Dios y de Ezequiel (28-29). Por la mañana enseñó de nuevo en la sinagoga, pero no sanó a nadie.

Al mediodía lo ví con sus discípulos y algunas buenas personas de Nazaret, caminar hacia Séforis, a una pequeña población, como es costumbre hacerlo en día de Sábado. El camino de Nazaret a Séforis es llano hacia el Norte; sólo al llegar a Séforis sube. En el camino he visto a Jesús enseñando en algunas casas. Ciertas personas que vivían desunidas y peleadas se hincaron

delante de Él, y Jesús los puso en paz, hombre y mujer, y con los vecinos. No sanó a nadie. En este camino se le acercaron de nuevo aquellos dos jóvenes que otras veces habían querido ser recibidos como discípulos. Jesús les preguntó si estaban dispuestos a dejar casa y padres, dar sus bienes a los pobres, ser obedientes ciegamente y sufrir persecuciones... Ellos alzaron los hombros y se alejaron.

XXXVII

Jesús no sana a los enfermos de Nazaret por culpa de los fariseos

Jesús visitó en Nazaret la casa que habían habitado María y José. Ahora está ordenada, pero deshabitada. Visitó también a la hermana mayor de María Santísima, madre de María Cleofás, que cuida esa casa, pero no habita allí. Después fué con sus discípulos a la sinagoga y habló muy seria y severamente, y llamó a Dios su Padre celestial. Anunció castigos sobre Jerusalén y sobre todos los que no siguen su doctrina. Hablando a sus discípulos les anunció la persecución que les esperaba, animándolos a perseverar y a serle fieles. Como supieran los fariseos que Jesús no quería permanecer más tiempo aquí y que no iba a sanar los enfermos, empezaron a manifestar su malhumor y su rabia, diciendo aquí y allá: “¿Quién es Él? ¿Qué pretende ser Él? ¿De dónde le viene su sabiduría?... Él ha nacido aquí... Su padre era un carpintero. Sus hermanos y parientes son de aquí...” Pensaban en esto en María Helí, primera hija de Ana, y en sus hijos Santiago, Eliachím, Sadoch, discípulos de Juan, María Cleofás y sus hijos e hijas. Jesús no les respondió; continuó enseñando y hablando a sus discípulos.

Un fariseo extranjero, de Séforis, fué en extremo osado y preguntó: “¿Quién eres Tú?... ¿Has olvidado que Tú mismo, unos años antes de la muerte de tu padre José, estuviste en mi casa con tu padre haciendo tabiques de madera...?” Como Jesús no respondiese nada a esto, clamaron: “Contesta. ¿Es propio de hombres educados no responder?” Jesús sólo dijo a aquel hombre audaz, más o menos lo siguiente: “Yo he trabajado entonces la madera en tu casa, y mientras lo hacía, te miraba y te compadecía, porque sabía que no te podría un día librar de la dureza de tu corazón, como ahora se verifica. Tú no tendrás parte en mi reino, aunque te hubiese entonces ayudado a fabricar tu morada en este mundo”. Jesús añadió: “En

ninguna parte un profeta es despreciado más que en su patria, en su casa y entre sus parientes". Pero lo que mayormente los irritó fueron las palabras que dijo a sus discípulos: "Yo os envío como corderos entre lobos. A los de Sodoma y Gomorra les irá mejor en el juicio que a aquéllos que no os reciban. No he venido para poner paz sino espada".

Después del Sábado había aún muchos enfermos para sanar, pero Jesús no curó a ninguno, con gran despecho de los fariseos. Algunos de los oyentes prosiguieron en las insolencias de los fariseos y clamaban a veces, en la sinagoga, mientras hablaba Jesús, preguntándole si no se acordaba de esto o aquello, recordando dónde y cuándo lo habían visto antes. Los fariseos dijeron que ahora tenía menos acompañamiento que la vez pasada y si no pensaba ir a albergarse con los esenios. Éstos no solían ir públicamente a la enseñanza de Jesús, ni Él solía hablar mucho de ellos. Los mejores de estos esenios se juntaron más tarde con los apóstoles y discípulos. No contradecían lo que Jesús decía, y lo tenían por el Hijo de Dios. Jesús fué, en efecto, con los esenios donde estuvo la última vez, comió con ellos y enseñó hasta la noche. Hacia las diez vinieron Pedro, Mateo y Santiago el Mayor, desde la Galilea Superior, pues habían estado en los alrededores del lago Merom. Andrés, Tomás y Saturnino y otro más que habían llegado antes fueron allá en lugar de los recién venidos. La misma noche salió Jesús de Nazaret y anduvo unas dos horas hacia el Tabor, al lugar donde había sanado de lepra a aquel hombre después de resucitar al hijo de la viuda de Naím, de regreso de Cafarnaúm. Para el día siguiente se había anunciado una predicación sobre la montaña, al Sudoeste del Tabor, a media hora del monte. Jesús se albergó de nuevo en casa del maestro, que había reunido a varios enfermos. Sanó allí a un mudo. Aquel niño que había enviado tan bien su mensaje a Jesús, de parte de su patrón leproso, estaba ahora con el maestro. Jesús habló con él: se llama Samuel; más tarde fué discípulo del Señor.

XXXVIII

Jesús en una colina junto al Tabor

El patrón del lugar que había sanado de la lepra se presentó a Jesús para agradecerle. Había hecho erigir varias tiendas para leprosos que esperaban ser sanados por Jesús y abierto

sendas en sus posesiones para las personas que querían abreviar camino y dirigirse a la predicación anunciada. Era todavía el amanecer cuando Jesús salía de la casa camino a la colina, cuando le salieron al encuentro cinco personas, hombres y mujeres. Jesús se acercó, y ellos se echaron a sus pies. Una mujer dijo: "Señor, nosotros somos de Tiberíades y no nos hemos atrevido hasta ahora a pedirte ayuda. Los fariseos nos dijeron que Tú eras duro y severo para con los pecadores; pero nosotros hemos oído que Tú te compadeciste de la Magdalena, que la libraste de sus demonios y la perdonaste. Por eso hemos cobrado ánimo y hemos venido. Señor, ten piedad de nosotros; Tú puedes sanarnos y limpiarnos y perdonarnos nuestros pecados". Los demás hombres y mujeres permanecieron a cierta distancia, separados entre sí. Estaban leprosos, y una de las mujeres estaba endemoniada y tenía convulsiones. Jesús se apartaba con algunos a un lado para oírlos, según servía esto para su arrepentimiento y mejoramiento de sus disposiciones; con otros no hizo esto. Al fin los sanó y les perdonó sus pecados. Ellos se deshicieron en lágrimas de agradecimiento y le pidieron les mandara lo que debían hacer. Les mandó no volver a Tiberíades, sino morar en otro lugar. Le he oído decir que no iría nunca a Tiberíades ni tampoco lo he visto allá. Se dirigieron luego hacia la colina donde iba a predicar Jesús.

Jesús se dirigió a la tienda de los leprosos, que eran cuatro o cinco. Los sanó, los exhortó y les mandó presentarse ante los sacerdotes de Nazaret. En estas acciones no demoraba Jesús mucho tiempo, pero tampoco se lo veía apurado, sino siempre mesurado, con dignidad y con las palabras necesarias, y no más. Era medido y apropiado en consolar y en exhortar, en severidad y en bondad. En la paciencia y bondad siempre excediendo, mas sin apuro ni precipitación. A algunos les iba al encuentro como un amigo; a otros les pasaba por delante, y a los demás los hacía esperar algún tiempo según la necesidad y sus disposiciones. El lugar de la enseñanza era hermoso y había un buen sitio donde habían predicado ya otros profetas. De aquí se veía el valle de Esdrelón en la región de Meggido. Se habían reunido muchas gentes de las ciudades y bastantes enfermos, inclusive de Nazaret, donde Jesús no los había sanado, cosa que hizo aquí. Los endemoniados que libró clamaban, como de costumbre, diciendo que era el Hijo de Dios. Habló de las cuatro primeras bienaventuranzas, con varias parábolas, de la penitencia y venida del reino de Dios y rogó a todos que recibieran la gracia

que se les ofrecía. Los apóstoles escuchaban con atención, porque debían ellos después repetir estas cosas a las gentes. Al mediodía vi a Jesús reunir a sus discípulos a la sombra de los árboles, al pie de la colina. Los mandó a enseñar, menos a Pedro y a Juan y algunos discípulos, que quedaron con Él. Debían ir de dos en dos en tres direcciones: unos en el valle del Jordán; otros en dirección del valle de Dotham, y otros al Oeste, hacia Jerusalén. En esta ocasión oí decirle que fuesen sin dinero, sin sacos, con un solo vestido y un bastón en la mano; no a los paganos ni a los samaritanos, por ahora, sino a las ovejas perdidas de Israel. Cómo debían portarse en las casas, cómo debían sacudirse el polvo de las sandalias y predicar la penitencia. (Mat. 10, 9; Marc. 6, 10-11; Luc. 9, 15). Esto lo decía porque iban a entrar en algunos lugares de adversarios y porque sufrirían persecución y estaba próximo el fin de Juan Bautista. Tenían en esos lugares muchos albergues cuidados por las santas mujeres; por eso no necesitaban dinero. Los apóstoles que debían ir a la alta Galilea y al otro lado, habían recibido algún dinero, aunque poco. Desde ahora empezaba un nuevo tiempo y modo para ellos. Antes de su partida Jesús los bendijo y les dió nuevos avisos sobre la manera de sanar y librar de los demonios, y bendijo el aceite para usarlo con los enfermos. Les señaló el lugar donde debían encontrarse de nuevo con Él.

XXXIX

Jesús en Sunem. Otros lugares

Jesús sanó todavía a algunos enfermos, despidió al pueblo fuése con Pedro, Juan y los discípulos hacia el Sur, camino de tres horas, a la ciudad de Sunem. Le acompañaron varias personas, entre ellas un hombre que le había rogado, cuando la última vez pasó de Samaría a Galilea, en el albergue no lejos de Endor, que fuese a su casa para ver a su hijo enfermo. Le rogó de nuevo y Jesús fué con él a su casa. Las dos mujeres endemoniadas de Gatepher le habían seguido al sermón del monte y ahora fueron liberadas por Jesús con la imposición de las manos. Cuando llegó al torrente Kisón sanó a un leproso completamente abandonado, despreciado y pobre. Hacía veinte años que estaba enfermo y le habían hecho un refugio cerca del camino. Jesús se dirigió a él, lo sanó y le mandó presentarse como los otros a los sacerdotes de Nazaret. Jesús llegó al ano-

checer a Sunem, y se hospedó con Pedro, Juan y aquel hombre que le había invitado a su casa. Todos los hijos de este hombre estaban enfermos; uno de diez y seis años, grande, era mudo y sordo; estaba tendido en el suelo, tenía convulsiones y se retorció de tal modo que su cabeza tocaba hasta sus pies; no podía andar y estaba tullido. Otro era tonto y asustadizo, y dos hijas eran también como tontas y retraídas. Jesús sanó esa misma noche al mayor. Pedro había ido a la ciudad. Jesús fué solo a la pieza del joven; se hincó junto al lecho, rezó y se inclinó hacia el rostro del joven como si le dijera algo o le soprase en el rostro; luego lo tomó de la mano, y lo levantó. El joven se irguió sobre sus pies, y Jesús lo dirigió un rato, haciéndolo caminar. Después lo llevó solo a otra pieza, untó con sus dedos saliva y polvo en los oídos y en la lengua, y entonces el joven clamó con alegría: "Yo oigo; puedo hablar". Los parientes y los criados irrumpieron en la pieza, lo abrazaban, llenos de contento, y clamaban dando gracias. Los padres se echaron a los pies de Jesús, llenos de alegría, llorando juntamente con su hijo. Por la noche habló a solas con el padre, porque pesaba sobre él una culpa que venía de sus padres. El hombre preguntó si son castigados los hombres hasta la cuarta generación. Jesús le dijo que con la penitencia y la satisfacción se podía quitar esa culpa y sus consecuencias. A la mañana siguiente sanó al otro hijo y a las dos hijas con la imposición de las manos. Cuando sanaron estaban como fuera de sí por la maravilla, como si despertaran de un sueño. Temían siempre que se los quería matar y huían especialmente del fuego. Cuando Jesús sanó al joven le dijo, contra su costumbre, que fuese por allí y contase lo que le había sucedido. El resultado fué que se reunió tanta gente, que trajeron toda clase de enfermos, a quienes sanaba por las calles, y bendecía a los niños después de curarlos.

Después he visto a Jesús con Pedro y Juan andar todo el día y la noche con pasos apresurados hacia Ginnim atravesando el valle de Esdrelón. Descansaban poco. Oí decir a Jesús, mientras caminaba, que el fin de Juan estaba cerca y que a Él también lo perseguirían después. Pero que no convenía preocuparse. Creo haber entendido que querían ir a Hebrón para consolar a los parientes de Juan e impedir algún levantamiento por causa de la muerte del Bautista.

Las santas mujeres están ahora en Dothaim, es decir, María, Verónica, Susana, Magdalena, María Sufanitis. Viven en la casa de Isacar, a quien Jesús había sanado. Estas mujeres no van a

los albergues comunes. Marta, Dina, Juana Chusa, Susana de Alfeo, Ana, Cleofás, María, Juana Marcos y Maroni salen a veces para ver y proveer lo que falta algo en los albergues donde deberán parar Jesús y los discípulos. Son once mujeres las que están allí. Por la mañana he visto a Jesús con sus dos apóstoles caminando al Sur de Samaría, y vi que los dos discípulos egipcios y el hijo de Juana Chusa llegaron aquí desde el Oriente. Estos discípulos egipcios estuvieron como un año en Hebrón estudiando; habían estado en Belén y en Betania, con Lázaro, de modo que eran ya conocidos de los demás discípulos. Jesús llegó luego con sus acompañantes a la choza de aquellos pastores con los cuales había estado después de la conversación con la Samaritana, junto al pozo de Jacob, y donde sanó al hijo del posadero. Tomaron algún alimento y descansaron del largo camino.

Más tarde, tuve una visión, en cuadros, donde vi a Jesús enseñando a los pastores junto a un pozo. Les contaba las parábolas del tesoro escondido en el campo y de la dracma perdida y hallada. Con motivo de esta parábola rieron algunos hombres de la simpleza de la mujer, que por una dracma se había tomado tanto trabajo, cuando ellos, pensaban, habían perdido cosas de mucho más valor sin darse tanto trabajo. Jesús les declaró lo que significaba esa dracma y el barrer y limpiar, y se avergonzaron de haberse reído. Estos trabajadores estaban ocupados ahora en trillar el trigo quedado en los campos. Lo hacían con pesadas mazas de madera que subían y bajaban, mientras otros hombres ponían el trigo debajo y lo sacaban. El aparato lo tenían instalado en una especie de cavidad en la roca y estaba cubierto con las ramas de un gran árbol. Jesús enseñó aquí a diversos grupos de hombres, y luego se dirigió con algunos de ellos a su lugar, en Tenath Silo. Los habitantes lo recibieron muy bien, delante de la ciudad; le ofrecieron un alimento, le lavaron los pies a Él y a sus discípulos, y quisieron cambiarle sus vestidos, cosa que no aceptó. En la sinagoga enseñó con la parábola del banquete que preparó un gran Rey.

XL

Decapitación de Juan Bautista

Desde hacía varias semanas ya habían llegado muchos convidados a Macherus, especialmente de Tiberíades, para las fiestas de Herodes. Se preparaba una serie de fiestas y orgías. Junto

al palacio de Herodes había un edificio cuadrado y abierto con muchos asientos, donde peleaban animales entre sí, y a veces hombres, mientras la gente miraba el espectáculo. También hombres y mujeres bailarines pasaban por turno para divertir. Salomé, la hija de Herodías, pasábase las horas delante del espejo de metal, mirándose y adornándose para las fiestas en presencia de su madre. Zerobabel y Cornelio, el centurión, se excusaron de ir. Juan, mientras tanto, había podido andar libremente en los últimos tiempos por el castillo, y aun sus discípulos podían entrar y salir de él. Hasta había predicado públicamente en el palacio y el mismo Herodes estuvo escuchando su sermón. Se le había prometido la libertad si aprobaba el casamiento de Herodes o se comprometía, por lo menos, a no hablar de él. Juan, al contrario, se mantuvo firme en reprocharle su adulterio. Con todo Herodes tenía el propósito de darle la libertad en ocasión de su natalicio; pero la mujer pensaba de muy diversa manera. Herodes deseaba que Juan apareciera libremente durante las fiestas, para mostrar a todos que su prisión era muy suave; pero Juan, apenas comenzaron los jolgorios en el palacio, no se dejó ver más y se mantuvo encerrado en su prisión, mandando a sus discípulos que se alejaran de allí. La mayoría se retiró hacia Hebrón, de donde era una gran parte de ellos.

La hija de Herodías estaba perfectamente instruída por su madre desde la juventud. Era rozagante, de movimientos libres y se vestía provocativamente. Herodes hacía tiempo que la miraba con complacencia y así la madre disponía sus planes. Herodías era sumamente provocativa y atrayente, y se ingeniaba en serlo mayormente con artes y modos estudiados. Ya no era joven; tenía en su rostro algo de punzante, a modo de belleza satánica, cosa que agradaba a los hombres perversos. A mí me causaba repulsión su belleza como si viera una serpiente. No puedo compararla sino con la belleza de las diosas satánicas de la antigüedad.

Vivían en una parte del palacio, hacia el gran patio algo más levantado que la gran sala donde se celebra ahora el natalicio de Herodes y desde donde, por las columnatas abiertas de la galería, se podía ver el departamento de Herodías. Delante de la sala de Herodes se había erigido un espléndido arco de triunfo, adonde se subía por escalones hasta la sala. Desde allí se veía, al interior, una serie inacabable de salas. Todo brillaba con espejos, flores, guirnaldas verdes. Todo deslumbraba de lu-

ces. Las salas y pasillos lucían con antorchas, lámparas y figuras y leyendas transparentes.

Herodías y sus mujeres estaban en las altas galerías de sus habitaciones, lujosamente vestidas y miraban abajo como era saludado Herodes, rodeado de muchos palaciegos ataviados, huéspedes y coros de músicos que cantaban y tocaban mientras caminaban sobre tapices hacia el arco de triunfo precedidos por coros de niños y niñas que tocaban toda clase de instrumentos, coronados de flores y llevando guirnaldas en los brazos. Al llegar Herodes al arco de triunfo, le salió al encuentro Salomé, adelantándose entre los niños y niñas, y danzando le entregó una corona colocada entre hermosos adornos y sobre una tela transparente que llevaban las niñas del acompañamiento. Estas criaturas estaban ataviadas con vestidos estrechos y tenían especie de alas. Salomé llevaba un espléndido vestido largo sujeto en una u otra parte de las piernas con cintas brillantes. Sus brazos estaban cubiertos con anillos y brazaletes de oro, ataduras de plumas variopintas y perlas; el cuello y el pecho cubiertos de cadenas y collares de perlas. Así danzó delante de Herodes, que estaba como embobado y daba muestras de grande admiración, como los demás del acompañamiento y terminó con pedirle que le diera mañana un contento repitiendo la escena. Después de esto se retiraron a la sala, donde comenzó el banquete. Las mujeres comieron en las salas de Herodías.

A Juan lo he visto en este momento en su cárcel, hincado, con los brazos abiertos mirando al cielo, en oración. Estaba lleno de luz; pero de una luz muy diferente de la que había en la sala de Herodes. La luz de las salas parecía reflejo siniestro del infierno, en comparación de la luz que envolvía a Juan Bautista. Toda Macherus estaba llena de luces, de lámparas y de antorchas, que brillaban siniestramente esa noche.

La sala de Herodes estaba abierta de un lado, de modo que en los espejos brillantes, dispuestos convenientemente, se reflejaban las mujeres que estaban en las salas con Herodías comiendo en desenfrenada orgía. En las salas se habían dispuesto pirámides de flores de entre las cuales salían chorros de agua de olor, como fuentes y cascadas. Cuando hubieron comido y bebido más, pidieron los comensales a Herodes que hiciera venir de nuevo a Salomé para danzar. De inmediato se hizo lugar en la sala sentándose algunos junto a las paredes. Herodes ocupó su trono y en torno de él algunos de los más fieles herodianos. Salomé apareció con algunas danzantes, con vestiduras trans-

parentes; sus cabellos en parte recogidos con perlas y diamantes, y en parte sueltos al viento. Llevaba una corona, y danzó en medio de las otras, que lo hacían en torno de ella. Esta danza fué un continuo moverse, inclinarse y retorcerse como si no tuvieran huesos; apenas estaban en una posición, luego en otra diferente. Tenían en las manos coronas y pañuelos que agitaban al aire y entrelazaban, danzando. Toda la danza era un remedo de lo más desvergonzado, y Salomé sobresalía entre las demás. He visto al diablo alrededor de ella, como doblaba y retorció todos sus miembros en la danza.

Herodes estaba completamente trastornado por la pasión. Cuando finalmente se acercó al trono de Herodes y las demás seguían danzando, para distraer la atención de la mayoría, dijo Herodes: "Pide lo que quieras, que te daré, aunque sea la mitad de mi reino; te lo juro". Salomé dijo al punto: "Quiero preguntar a mi madre lo que he de pedir". Salió de la sala, fué a la de las mujeres, y preguntó a su madre lo que debía pedir. Ésta la mandó pedir la cabeza de Juan sobre una bandeja. Salomé se acercó a Herodes y dijo: "Quiero que al punto me des la cabeza de Juan en una bandeja". Solamente pocos de los más cercanos oyeron esta petición. Herodes quedó como herido de un rayo; pero ella le recordó su juramento. Hizo llamar por un herodiano al verdugo y le mandó traer en una bandeja la cabeza de Juan y dársela a Salomé. Se alejó el verdugo y Salomé lo siguió. Herodes abandonó la sala con sus fieles como si se sintiera mal. Estaba muy triste y oí que le dijeron que no estaba obligado a cumplir ese juramento. De su parte prometieron el mayor silencio sobre esto para no estorbar las fiestas. Herodes quedó perturbado, yendo de una sala a otra, inquieto, mientras las fiestas continuaron su curso.

Juan estaba en oración. El verdugo hizo entrar a los dos soldados que custodiaban la entrada de la cárcel y a su criado. Los soldados traían antorchas encendidas, pero la luz que había alrededor de Juan hacía aparecer las antorchas como luces encendidas en el día. Salomé esperaba al fondo del corredor con su criada, que había entregado al verdugo una fuente cubierta con un paño colorado. El verdugo dijo a Juan: "Herodes, el rey, me manda que dé tu cabeza puesta en esta fuente a su hija Salomé". Juan no le dejó terminar y volviendo su cabeza hacia él le dijo: "Sé por qué vienes. Vosotros sois mis huéspedes que esperaba hace tiempo. Si tú supieras lo que haces, no lo harías. Estoy pronto" Volvió su rostro y oró delante de la piedra, junto

a la cual acostumbraba hacerlo de rodillas. El verdugo lo decapitó con una especie de máquina, que yo no pude comparar, en lo exterior, sino con una trampa para cazar zorros: le puso sobre los hombros un anillo de hierro y con un empuje del verdugo se cerraron dos cortantes hojas sobre su garganta, y de un golpe quedó la cabeza separada del tronco. Juan quedó de rodillas, la cabeza rodó al suelo y un triple chorro de sangre cubrió la cabeza y el cuerpo, que de este modo quedó bautizado en su propia sangre. El criado del verdugo levantó la cabeza por los cabellos, se burló de ella y la puso sobre la fuente que sostenía el verdugo, el cual se la entregó a Salomé. Ella lo recibió con alegría y ese secreto terror mujeril que suelen sentir las personas pecadoras ante la sangre y las heridas. Llevó la sagrada cabeza cubierta con la tela colorada, acompañada por su criada, que le alumbraba por las oscuras galerías, mientras apartaba la fuente de sus vestidos y volvía la cabeza a un lado por no ver la cabeza ensangrentada. De este modo anduvo por las galerías solitarias hasta una especie de cocina abovedada, debajo de las habitaciones de Herodías, la cual le salió al encuentro, y sacando el paño que lo cubría, insultó a esa sagrada cabeza y la maltrató. Tomó luego unas agujas de la pared, donde había de varias clases y le traspasó la lengua, los ojos y las mejillas, y la arrojó con furia diabólica al suelo y con los pies la empujó hacia una abertura donde solía arrojar los desperdicios de la cocina. Después volvió al lado de su digna hija, para continuar sus orgías, como si nada hubiese sucedido.

He visto luego al sagrado cuerpo con la piel que solía llevar y puesto por los soldados sobre la piedra. Estos soldados estaban conmovidos, y fueron después reemplazados y encerrados para que nada pudiesen decir; asimismo a todos los que sabían algo se les prohibió severamente contar lo sucedido. Los huéspedes no pensaban en Juan ni sospechaban lo que había sucedido. De este modo su muerte quedó algún tiempo en el mayor secreto y hasta se pensó que Juan hubiese recobrado su libertad. Las fiestas continuaron sin interrupción. Apenas Herodes terminó, continuó Herodías las suyas. Las cinco personas que sabían de la muerte de Juan fueron encarceladas; es decir, los dos guardas que manifestaron alguna compasión, el criado y la criada de Salomé, y el mismo verdugo. Se pusieron otros guardas delante de la prisión, y hasta un fiel criado de Herodes llevaba comida a la cárcel para disimular mejor lo sucedido y la muerte de Juan Bautista.

XLI

Jesús en Thenat-Silo y en Antipatris

Durante las fiestas de Macherus y la decapitación de Juan, Jesús estaba en Thenat-Silo, donde algunas personas que volvían de Jerusalén le contaron un gran acontecimiento que había tenido lugar allá. En la obra de una gran edificación, junto al templo, estaban muchos trabajadores y con ellos dieciocho maestros de obra, la cual al derrumbarse sepultó a todos. Jesús expresó su pesar por esta desgracia; pero dijo que esos obreros y aun los capataces no eran mayores pecadores que los fariseos, saduceos y herodianos y todos los que obraban en contra del reino de Dios. Todos ellos caerán aplastados bajo su propia obra. Esa obra era grandiosa, larga como de un cuarto de hora de camino. Las aguas de la piscina de Betesda que fluían de la altura del templo, debían ser dirigidas con la sangre de los animales sacrificados desde el patio del templo hacia el barranco, adonde también el estanque Betesda situado más arriba echaba las aguas sobrantes que recibía del torrente Gihón. Tres galerías conducían adentro del templo y extensas arcadas llevaban sobre el valle desde el Mediodía al Norte hasta arriba del templo. Había allí una alta torre adonde debían subir las aguas por un mecanismo de ruedas desde el fondo por medio de cañerías.

Hacía tiempo que se trabajaba en esta obra y como en estos últimos tiempos faltaran piedras adecuadas y maestros competentes, resolvió Pilatos, por consejo de un herodiano confidente de Herodes, dirigirse a este rey para salir de sus dificultades. Los capataces que mandó Herodes eran sus confidentes y debían dirigir la obra de tal manera que cayese todo lo hecho y se culparse luego a Pilatos, para enajenarle aún más la voluntad del pueblo. Estos capataces llevaron la obra de tal modo que se edificaba más grueso abajo, pero vacío; después más angosto y más pesado. Cuando llegó el momento estaban los dieciocho capataces sobre una terraza y mandaron sacar los sostenes de las bóvedas como obra ya terminada. Los pobres obreros estaban ocupados en esta tarea cuando de pronto se sintió un crujir de murallas y toda la obra se vino abajo con un espantoso ruido de escombros y de polvo, entre los gritos y gemidos de los obreros y otras gentes que estaban al pie de la montaña del templo. La terraza donde estaban al seguro los dieciocho capataces cedió repentinamente y se hundió, y desaparecieron ellos también

entre los escombros y la ruina. Esto había sucedido poco antes de las fiestas de Macherus; por esto no fué a ellas ni un solo oficial romano ni empleado de Pilatos. Pilatos se enojó grandemente con Herodes y buscaba el modo de vengarse de él. Era una obra grandiosa y el daño fué enorme en personas y en material. De ahí procedía la enemistad entre Pilatos y Herodes, los cuales se reconciliaron recién a la muerte del verdadero templo que era Jesucristo. Este derrumbe sepultó a los culpables como también a los inocentes, y trajo la consternación en todo el pueblo. Ahora todo lo sobrante del estanque de Betesda estaba rebasando, porque el barranco estaba cubierto de escombros y el sobrante creció como una laguna. Cuando Pilatos envió capataces a verse con Herodes en Macherus para tratar este asunto del derrumbe, Herodes se desentendió de él.

Jesús sanó en Thenat-Silo a varios ciegos; después se dirigió con Pedro y Juan, por el medio de Siquem, hacia Antipatris. Durante el camino hablaron Pedro y Juan si no entrarían en Aruma o en otros lugares donde pasaban. Jesús les dijo que no lo recibirían y dirigió sus pasos hacia Antipatris. Durante el camino les enseñó acerca de la oración con la parábola del que viene de noche a golpear en la puerta del amigo pidiendo le preste tres panes. Por la tarde llegaron a la región boscosa de Antipatris, donde entraron en un albergue del lugar. Antipatris, situada junto a un arroyo, es una hermosa ciudad edificada por Herodes en honor de Antipater en el lugar de la pequeña aldea de Kaphar-Saba. En la guerra de los Macabeos estaba el campamento de Lisias en Kaphar-Saba que entonces tenía torres de defensa y muros. Lisias, que fué vencido por Judas Macabeo, hizo trato aquí con él y le trajo varias poblaciones de Judea y hasta hizo regalos importantes para la reedificación del templo. Este lugar está a seis horas del mar. Aquí fué preso Pablo y llevado a Cesarea. La ciudad está rodeada de enormes árboles y dentro de ella hay jardines y avenidas. Está circundada de verdor y edificada en gran estilo, al modo pagano. En sus calles se anda de continuo entre pórticos y galerías.

Cuando Jesús se dirigió a la ciudad fué hacia el jefe llamado Ozías. Había venido especialmente por causa de este hombre, cuya pena conocía. Le había enviado un mensaje al albergue invitándole a su casa, porque su hija estaba muy enferma. Jesús le dejó dicho que hoy iría a su casa. Ozías recibió muy bien a Jesús y a sus dos apóstoles; les lavó los pies y les ofreció alimento; pero Jesús se dirigió en seguida al cuarto de la enferma,

mientras los dos apóstoles fueron por la ciudad a anunciar que Jesús hablaría en la sinagoga. Este hombre era de unos cuarenta años y su hija enferma, Michol, sería de catorce. Estaba tendida en el lecho, tan baldada que no podía moverse; hasta su cabeza y sus manos eran movidas por otros. Su madre estaba allí cubierta con el velo, y se inclinó ante Jesús que se acercó al lecho de la niña. La madre solía estar de continuo al lado de ella para ayudarla. Cuando Jesús se acercó, la madre se puso a un lado, reverente, y el padre a los pies del lecho. Jesús habló con la enferma, oró, sopló en su cara e indicó a la madre que se hincara a su frente; cosa que hizo la madre. Derramó unas gotas de aceite, que llevaba consigo, en la palma de la mano y con dos dedos ungió la mano derecha de la enferma, los ojos y la frente; luego las muñecas de sus manos derecha e izquierda, y pasó sus manos sobre las de ella; luego dijo a la madre que abriese un tanto el vestido en la región del estómago y ungió ese lugar, y después la madre alzó el vestido de los pies y ungió los pies. Jesús ordenó a la niña: "Michol, dame tu mano derecha, y la izquierda a tu madre". Levantó ella por primera vez sus manos y las extendió. Jesús le dijo: "Levántate, Michol". La niña se incorporó, y se puso de pie, insegura y muy débil. Jesús y la madre la llevaron así hasta su padre, que la recibió entre sus brazos abiertos. El padre, la madre y la niña, llorando de gozo, se echaron a los pies de Jesús, dando gracias. Luego vinieron los criados y gentes de la casa y todos alabaron al Señor. Jesús mandó que le dieran pan y jugo de uvas, que tuvieron que exprimir. Los bendijo y mandó a la niña que comiera y bebiera y lo hiciera repetidas veces en el día. Cuando se levantó la madre la envolvió con un largo y amplio velo. Caminó al principio muy débilmente, flaqueando, como quien hubiese olvidado el andar; después se sentó y comió algo. Como viniesen las compañeras a verla, se levantó y les fué al encuentro guiada por su madre que la llevaba como a un pequeño. Las niñas estaban contentas, la abrazaban y la llevaban de un lado a otro. Ozías preguntó si la enfermedad de su hija había venido por alguna culpa de sus padres y Jesús dijo que por disposición de Dios. También las compañeras agradecieron a Jesús.

Luego salió al patio, donde se habían reunido muchos enfermos y estaban también Pedro y Juan. Sanó allí a enfermos de todas clases y se encaminó con los dos apóstoles a la sinagoga, donde le esperaban los fariseos y una gran multitud. Les contó la parábola del buen pastor y les dijo que buscaba ovejas per-

didadas y que enviaba a sus criados para buscar esas ovejas y que era el pastor que muere por sus ovejas. Dijo también que tenía un rebaño ya seguro sobre una montaña y que si el lobo se comía alguna de ellas era por culpa propia. Contó otra parábola de su misión, diciendo: "Mi Padre tiene una viña". Cuando oyeron esto los fariseos comenzaron a sonreír y a mirarse y cuando acabó de decir que todos los siervos mandados por su Padre fueron maltratados y muertos por los criados, y que por último mandó a su propio Hijo, al cual echarían fuera de la viña y lo matarían, se echaron a reír y a decir: "¿Quién es Éste? ¿Qué es lo que quiere? ¿Cuándo tuvo su Padre una viña?... Ha perdido el juicio. Es un loco, ya se ve..." Se burlaron de Él. Jesús abandonó la sinagoga con Pedro y Juan y ellos seguían burlándose; atribuían sus milagros al poder del demonio que le ayudaba y a obra de magia. Volvió con Ozías a su casa y sanó a algunos enfermos que estaban en el patio; comió algo y recibió panes y bálsamo para llevar consigo en los viajes. Cada una de las diferentes maneras de sanar que usaba Jesús tenía su significación misteriosa. No me es posible decirlo como lo entendía. Cada una de esas maneras tenía una secreta relación con la enfermedad, con la causa y con la necesidad del alma de cada uno. Así recibían con la unción del aceite una fuerza y ánimo en relación con el sanado; ninguna de estas acciones dejaba de tener su significado especial. Así establecía el Señor una serie de prácticas y maneras que usaron después los apóstoles y los santos, algunas por tradición y otras por haberlas usado Jesús.

Así como el Hijo de Dios eligió, para hacerse Hombre, el seno purísimo de María, una criatura, para aparecer como criatura, así usaba criaturas puras para las curaciones o las bendecía antes; por esto usó el aceite y daba de comer el pan y el jugo de uvas. Otras veces sanaba a distancia y con el simple mando, porque había venido para todos y para sanar en diversas formas y para satisfacer en su cruz por todos los que creyeran, ya que en su muerte de cruz estaban todas las penas, sufrimientos y dolores de la humanidad doliente. Primero abrió las ataduras de los dolores y enfermedades corporales y castigos con llaves de amor; enseñó y sanó en diversas maneras, y finalmente abrió las puertas del cielo y del limbo con las llaves de su misma cruz.

La niña Michol estuvo desde la infancia atada con estas ataduras de la enfermedad y esto fué por una gracia de la

Providencia. Mientras estaba en edad de pecar estuvo impedida y sus padres se ejercitaban en la paciencia y amor con ella. Si hubiese estado sana sus padres no hubiesen buscado a Jesús ni hubiesen conocido la verdad; no hubiesen deseado ni creído en Jesús, y la niña quizás hubiese pecado y no hubiese ahora sido confortada en el bien en el cuerpo y en el alma. Su enfermedad fué una prueba, una consecuencia de culpas propias o ajenas, pero un medio de salvación para ella y para sus padres. La paciencia de ella y la de sus padres coronó con la gracia esta lucha y trajo la salud del cuerpo y del alma a todos. Es una gracia estar impedido para el mal y estar libre para hacer el bien en el espíritu hasta que el Señor venga y desate el cuerpo y el alma.

Jesús habló después con Ozías porque éste le contó el derrumbe de la obra de Siloé y de la muerte de tantos hombres, y expresando su sospecha sobre Herodes Jesús repitió en esta ocasión que vendrían aún mayores desgracias sobre los traidores y los falsos maestros de obra: si Jerusalén no recibe la salud, caería Jerusalén sobre Siloé, con mayor ruina, con el mismo templo. Hablando del bautismo de Juan, Ozías expresó la idea de que Herodes dejaría libre a Juan en ocasión de su fiesta. Jesús le dijo que a su tiempo sería libre. Los fariseos le dijeron que tuviese cuidado, porque Herodes lo sabría poner también a Él junto con Juan, si seguía su modo de proceder. Jesús nada respondió. Jesús salió de allí hacia cuatro o cinco horas de Antipatris. En Antipatris se ven muchos soldados romanos que traen maderas para fabricar las barcas del lago. En el camino a Ozensara encontraron a muchos de estos conductores de palos y tirantes que llevaban con bueyes hacia el mar; también se ven cortadores de árboles y leñadores.

Jesús se detuvo en adoctrinar a varios de estos leñadores de los cuales algunos vinieron después a Ozensara, que es un lugar dividido en dos por un arroyo que lo cruza. Jesús se hospedó con gente conocida y enseñó y exhortó a muchos de los que se habían reunido en el albergue. Habíase detenido aquí cuando estuvo de camino a su bautismo. Bendijo y sanó a algunos niños enfermos.

XLII

Jesús en Bethorón y en Betania

De Ozensara a Bethorón había unas seis horas de camino. Al acercarse a Bethorón se adelantaron Pedro y Juan para anunciar a Jesús, y Éste fué solo. Le salieron al encuentro los dos discípulos egipcios y el hijo de Juana Chusa, quienes trajeron la noticia de que las santas mujeres estaban a cuatro horas de allí, al Norte, en Machmas para celebrar el Sábado. Machmas está a igual distancia de Betania en una angostura. Este es el lugar donde Jesús, de edad de doce años, dejó la compañía de sus padres y volvió al templo. Aquí se dió cuenta María de su pérdida y pensó en Gophna, de donde, no habiéndolo encontrado, se volvieron llenos de dolor a Jerusalén. En Bethorón hay una escuela de levitas con cuyos maestros la Sagrada Familia estaba en buenas relaciones y donde Ana y Joaquín pernoctaron cuando fueron con el Niño al templo, y la misma Virgen cuando volvía a Nazaret como esposa de José. Algunos discípulos de Jerusalén habían venido aquí con el sobrino de José de Arimatea. Jesús fué a la sinagoga donde, entre varias interrupciones de los fariseos, explicó la lección de ese Sábado. Después de la enseñanza sanó en el albergue a algunas mujeres con flujo de sangre y bendijo a niños enfermos. Los fariseos lo habían invitado a una comida, y como tardara, vinieron a llamarlo y le dijeron que todas las cosas tienen su tiempo, también el sanar; que el Sábado era de Dios, y que ya bastaba. Jesús les respondió: "No tengo otro tiempo ni otra medida en el obrar que la voluntad de mi Padre celestial". Sólo cuando hubo terminado con las curaciones se fué con sus discípulos a la comida. Los fariseos trajeron toda clase de cuestiones a Jesús. Se decía que iban con Él malas mujeres. Habían oído de la conversión de la Magdalena, de María Sufanitis y de la Samaritana. Jesús les contestó que si lo conocieran, hablarían de otro modo; que había venido para los pecadores. Habló de pecados y males públicos, de los cuales se puede ser curado, limpiado y purificado, y de otras pústulas y enfermedades graves internas de las cuales, personas al parecer sanas, están llenas, y no pueden ser curadas. Le dijeron que sus discípulos no se habían lavado antes de ir a la mesa, y Jesús les endilgó una prédica severa sobre la hipocrecía y santidad aparente de los fariseos. Les dijo también una parábola, ya que hablaban de las

malas mujeres, cuyo sentido era: “¿Qué deudor era mejor: aquél que debe mucho y pide humilde perdón, y quiere satisfacer toda su deuda, o aquél que debiéndolo todo, sigue igualmente banquetearlo y no sólo no está dispuesto a pagar sino que aún insulta a su acreedor?” Habló también del buen pastor y de la viña, como en Antipatris; pero todo lo tomaban con frialdad, sin reflexionar. Se hospedó luego con sus discípulos en la casa de la escuela de los levitas. La Alta Bethorón está tan elevada que se puede ver desde Jerusalén, mientras la Baja Bethorón está al pie de la montaña.

Desde Bethorón se dirigió hacia Betania, a seis horas. Evitaba entrar en los lugares del paso; sólo entró en Athanot. Lázaro había vuelto ya de Magdalum a Betania; había ordenado todo en Magdalum y establecido allí un administrador del castillo y de los campos. Al hombre que había vivido con Magdalena le cedió habitación en una posesión de Ginnim y le asignó una pensión para vivir; todo lo cual aceptó el hombre sin reclamos. Magdalena ocupó en Betania las piezas de su hermana María, la Silenciosa, de la cual había sido muy amada. Pasó toda esa noche en lágrimas. Cuando Marta la fué a ver la encontró llorando sobre el sepulcro de su hermana, con el cabello en desorden. Las mujeres de Jerusalén habían vuelto y habían hecho el camino a pie. Magdalena, aunque estaba tan demacrada y tan débil por las emociones, quiso hacer también el camino a pie, y llegó con sus pies sangrando y toda dolorida. Las otras mujeres que, desde la conversión, la amaban mucho, la ayudaban en el pesado camino. Estaba débil, pálida y demacrada por las lágrimas. No pudiendo ocultar ya su deseo de ver a Jesús y agradecer, le salió al encuentro a una hora de camino, se echó a sus pies y, llena de lágrimas, le dió gracias. Jesús la levantó de la mano, la habló amigablemente, como también de su difunta hermana, María, la Silenciosa. Le dijo que la imitara y siguiera su ejemplo en la penitencia, aunque ella no había pecado. Magdalena volvió a Betania con su criada por otro camino. Jesús fué con Pedro y Juan a los jardines de Lázaro, que les salió al encuentro, les lavó los pies y les ofreció alimento. Nicodemus no estaba allí, pero sí José de Arimatea. Jesús se mantuvo dentro y no habló sino con los de casa y las mujeres. Con María habló de la muerte de Juan, que ya lo sabía por interna revelación. Jesús le avisó que dentro de ocho días volviera a Galilea antes que los invitados de Macherus regresaran de sus orgías, si quería andar sin molestias por el camino. Los discípulos, separados de Jesús,

iban de pueblo en pueblo por la Judea y preguntaban al entrar en las casas: “¿Hay aquí enfermos para que los sanemos en nombre de Jesús, nuestro Maestro, y les demos de balde lo que de balde hemos recibido?” Ungían a los enfermos con óleo y los enfermos sanaban.

XLIII

Jesús llora sobre Jerusalén

Desde Betania encaminóse Jesús por la mañana a través del Huerto de los Olivos, para enseñar en un lugar donde se estacionaban comerciantes y albañiles, y para sanar a los enfermos. Era el sitio donde se reunían los obreros que estaban ocupados en los interminables trabajos del templo. Habían instalado allí cocinas, y las mujeres pobres cocinaban para ellos por unas monedas de paga. Entre estos trabajadores había gente de Galilea que conocía a Jesús por haber escuchado su predicación, y algunos que habían sido sanados de sus dolencias. Había gente de Gischala, de los campos del jefe Zerobabel y de un lugar de Tiberíades de la parte Norte del valle de Magdalum. Jesús sanó a muchos de estos trabajadores. Se lamentaban con Él de la desgracia del derrumbe acontecido hacía unos quince días y pidieron al Señor fuese a ver algunos heridos graves. Cien hombres menos siete fueron muertos en esa ocasión, además de los dieciocho capataces traidores. Jesús visitó a los heridos, los consoló y los sanó. A varios que tenían heridas o destrozos en la cabeza los ungió con óleo y los sanó tocándoles la cabeza. A los que tenían brazos y manos destrozados, los sanó con unciones y tocándoles las manos; lo mismo hizo con los que tenían manos u otros miembros destrozados, que curaba tomando en sus manos esos miembros y las heridas de varios miembros las cerraba, y quedaban sanos. He oído que les decía que llorarían aún más cuando la espada tocaría a los galileos. Les dijo que pagasen los tributos al César sin murmurar y si acaso no les fuese posible satisfacer su obligación se dirigiesen en su nombre a Lázaro, que les ayudaría. Jesús les habló con mucha compasión. He oído a la gente quejarse porque ahora no podían ya recibir ayuda alguna del estanque de Betesda; que los pobres y enfermos, que allí esperaban, no tenían ahora ayuda alguna y que hacía tiempo que no se obraba milagro alguno. Cuando Jesús llegó al Huerto de los Olivos, lloró sobre el templo diciendo: “Si

la ciudad no recibe la salud, el templo sera destruído, del mismo modo que cayó la obra que lamentan y muchos más de ellos perecerán en su ruina". Les dijo que lo sucedido con la obra derrumbada era una advertencia para ellos de lo que sucedería después.

Dirigióse Jesús hacia la puerta Belén, de Jerusalén, a la casa donde María y José entraron cuando lo llevaban a Él después de los cuarenta días para ser presentado en el templo. En esta casa se hospedó Ana cuando fué a la gruta de Belén, y más tarde el Niño Jesús cuando de edad de doce años abandonó la compañía de María y José junto a Machmas y volvió al templo. Viven aquí muy piadosas personas en este pequeño albergue, donde se hospedan también los esenios y otras buenas gentes cuando están de paso. Ahora vivían aquí los hijos de aquellos padres y se acordaban del Niño Jesús; pero ya no lo reconocían porque no había estado más en esta casa y pensaban que podía ser Juan Bautista, del cual se había esparcido la voz de que estaba ya libre de su prisión. Había aquí también un hombre anciano que se acordaba de todo lo sucedido en la niñez de Jesús. Le mostraron a Jesús una imagen de un niño envuelto en pañales tal como María llevaba a su Niño al templo; lo conservaban en un ángulo de la casa, puesto en una cuna semejante a la que tuvo en Belén. Tenían unas luces encendidas delante de la imagen que transparentaban como a través de cucuruchos de papel. Dijeron a Jesús: "Jesús de Nazaret, el gran Profeta, hace treinta y tres años nacido en Belén, estuvo con su Madre aquí. Lo que viene de Dios hay que honrarlo". Y así celebraban ellos su nacimiento durante seis semanas, como Herodes, que no es ningún profeta, celebra su natalicio con tantas fiestas. Estas gentes eran creyentes de Jesús, y lo amaban, así como a la Sagrada Familia, debido a la familiaridad con Ana y demás conocidos de la Sagrada Familia, y por los pastores de Belén, que también solían hospedarse allí cuando iban a Jerusalén. Cuando Jesús se les dió a conocer, su alegría no tuvo límite. Le mostraban contentos todos los lugares de la casa y jardín donde habían estado María, José o Ana. Jesús enseñó aquí y los consoló y se hicieron mutuos regalos. Les hizo dar monedas por intermedio de un apóstol, y ellos daban panes, miel y frutas para llevar en el camino, y por fin le acompañaron un buen trecho cuando Jesús con sus discípulos se encaminó hacia la región de Hebrón.

XLIV

Jesús en Juta. Da a conocer la muerte de Juan Bautista

Jesús partió para Juta y Hebrón, a cinco horas de distancia: es el pueblo del nacimiento del Bautista. Habían ya partido para el mismo lugar María, la Madre de Jesús, Verónica, Susana, Juana Chusa, Juana Marcos, Lázaro, José de Arimatea, Nicodemos y otros discípulos de Jerusalén, por un camino más corto. La casa de Zacarías está sobre una altura en Juta. La casa, el viñedo y algunas posesiones eran la herencia de Juan. El hijo de un hermano de Zacarías vive aquí y administra todas estas cosas; se llama también Zacarías. Era un levita amigo de Lucas, con el cual había estado hace poco en Jerusalén y le había contado muchas cosas de la Sagrada Familia. Es más joven que el Bautista, como Juan el apóstol. Desde niño había estado siempre en esta casa. Pertenecía a esa especie de levitas que eran como los esenios y conservaban ciertos secretos de familia desde sus antepasados referentes al Mesías cuya venida esperaban con ansia. Era un hombre iluminado del cielo y vivía sin casarse. Jesús y sus discípulos fueron recibidos por él con el acostumbrado lavado de los pies y el ofrecimiento de una refección.

Jesús se dirigió a la sinagoga de Hebrón. Era un día de ayuno y empezaba por la tarde una fiesta por la victoria de David en la sublevación de Absalón, que había comenzado en Hebrón, su patria. Se mantenían lámparas encendidas en la sinagoga y en las casas aun de día. Daban gracias de que entonces habían sido iluminados para seguir el mejor partido y rogaban les asistiese Dios en el pervenir. Jesús enseñó delante de mucho pueblo y recibió de los levitas grandes muestras de estimación y respeto. Hubo una comida con Jesús y los levitas. Cuando María llegó con las santas mujeres, les contó el viaje con José a la casa de Isabel y les mostró el lugar desde donde José se volvió a Nazaret, y les expresó sus sentimientos y su temor cuando a la vuelta de José viese el estado en que se encontraba y lo que pensaría de ella. Visitó luego María con las mujeres los lugares donde habían tenido lugar hechos o misterios y también en ocasión del nacimiento de Juan. Habló de los saltos de Juan en el seno de Isabel, del saludo de Isabel, y cómo Dios le inspiró el canto del *Magnificat*, que después cantaba todas las tardes en compañía de Isabel. Habló de la mudez

de Zacarías y como Dios le restituyó el habla al decir el nombre de Juan. Todos estos particulares, desconocidos hasta ahora, contaba María a las santas mujeres con toda familiaridad y con lágrimas de ternura por tan felices recuerdos, mientras las santas mujeres lloraban y la Virgen también por la muerte del Bautista, que ella conocía y que era desconocida por las demás mujeres. Les mostró el pozo de agua que saltó a sus humildes ruegos; las mujeres tomaron agua de ese pozo milagroso. Durante la comida Jesús enseñaba; las mujeres comían aparte de los hombres. Después de la comida se dirigió Jesús con su Madre, Pedro, Juan y los tres discípulos del Bautista, Santiago, Eliachim, y Sadoch, hijos de la hermana mayor de María, llamada María Helí, al cuarto donde había nacido Juan Bautista. Se había extendido una gran manta en el lugar y las mujeres se hincaron y se acomodaron en torno para rezar. Jesús de pie habló de la santidad y de la misión de Juan. María contó las circunstancias en las cuales había sido confeccionada esa manta. María la había hecho con Isabel y Juan fué colocado en ella al nacer, porque estaba en el lecho de Isabel; esta manta era de lana amarilla adornada de flores. En el borde superior había frases bordadas de la salutación de Isabel y del *Magníficat* de la Virgen. En el medio había como un saco donde la nodriza podía poner los pies del niño; por la parte de arriba se solía envolver a la criatura y terminaba con una especie de capucha. He visto como María levantó la manta y mostró en el borde superior las frases bordadas y las profecías contenidas en esas frases, y las explicó a las mujeres. Dijo que había profetizado a Isabel que sólo tres veces vería Juan a Jesús personalmente, como fué en efecto. La primera vez lo vió como niño en la huída a Egipto; luego en el bautismo de Jesús, y la tercera vez cuando lo vió pasar cerca del Jordán y dijo: "He ahí el Cordero de Dios". Recién entonces Jesús les declaró que Herodes había matado a Juan. Una grande tristeza se apoderó de todos: regaron con lágrimas esa manta. Especialmente lo sintió mucho Juan, que se echó a tierra llorando de pena. Era una escena conmovedora ver cómo estaban echados de cara a la manta derramando lágrimas de ternura y de pena. Jesús y María estaban ambos en los cabos de la manta. Jesús consoló a todos y les anunció aún mayores cosas. Les dijo que no hablasen de ello, porque hasta ahora lo sabían sólo los matadores de Juan.

XLV

El bosque de Mambre con la cueva de Machpelah

Al Sur de Hebrón está el bosque de Mambre, con la cueva de Machpelah, lugar donde están sepultados Abrahán y otros patriarcas. Jesús enseñó aquí y sanó a algunos labradores. El bosque de Mambre es parte de una serie de bosques de robles, hayas y nogales, y junto a la entrada de estos bosques está la cueva de Machpelah donde están sepultados Abrahán, Sara, Jacob, Isaac y otros patriarcas. La caverna es doble, como dos sótanos. Las sepulturas en parte están cavadas en la roca y en parte no. Este lugar está tenido en grande honor y en torno hay un jardín donde se ha erigido una cátedra. Las faldas de la colina están llenas de viñedos y arriba crece el trigo.

Jesús entró con los discípulos en los sepulcros y se destaparon algunos de ellos. Algunos cadáveres aparecían en desorden. Los restos de Abrahán estaban aún compuestos y enteros. Se desenrolló delante de la sepultura una manta oscura, tejida con pelos de camellos y Jesús enseñó acerca de Abrahán, de las promesas y de su cumplimiento. Los enfermos que sanó Jesús eran en parte baldados, tísicos y hidrópicos. No hubo endemoniados, sólo algunos tontos y lunáticos. La región es fértil y el trigo está en sazón. Abunda aquí el buen pan y cada uno tiene su viñedo. Las montañas son planas por arriba, cultivadas con trigo; en las faldas hay viñedos. Se ven muchas cuevas entre las rocas. Cuando Jesús con sus discípulos entró en la cueva de Machpelah, se quitaron el calzado, dejándolo en la puerta. Se colocaron en torno de la sepultura, respetuosos y reverentes, y Jesús les habló. Después fué a una pequeña población de levitas llamada Bethain, a una hora al Sur de Hebrón, teniendo que subir un camino muy empinado. Allí sanó algunos enfermos y enseñó sobre el Arca de la Alianza y David, porque el Arca estuvo aquí en cierta ocasión por quince días. David había sacado secretamente por orden de Dios el Arca de la casa de Obededom y la trajo aquí caminando él descalzo delante de ella. Cuando David la sacó de aquí el pueblo se irritó tanto que estuvo a punto de apedrearlo. Había arriba un pozo muy profundo del cual sacaron agua con un odre de cuero. El piso de piedra de estos lugares es blanquizco como las rocas circundantes.

Nicodemus, José de Arimatea, Lázaro y las mujeres de Jerusalén partieron ya a sus casas, como también María Santísima.

Lázaro fué a Jerusalén, donde tiene que desempeñar un empleo por unos siete días en el templo. María, sin volver a Betania, pasó por Machmas hacia Galilea; en Machmas celebró el Sábado en casa del maestro de escuela; iba en compañía de Ana Cleofás y una parienta de Isabel, que era de Sapha. Sapha es el lugar donde nacieron Santiago y Juan. María llevaba consigo la manta de Juan; un criado se la llevaba enrollada dentro de un canasto de mimbre. En Jutta habló Jesús de esta manta y del deseo grande de Juan de ver a Jesús; pero que se había vencido y procurado sólo cumplir su misión de precursor y preparador del camino, aunque hubiese deseado ser el compañero de sus peregrinaciones apostólicas. Siendo pequeño habíalo visto cuando sus padres, huyendo a Egipto, pasaron a un par de horas de Hebrón: el camino los llevó a poca distancia donde estaba el niño Juan en el desierto, quien asomó entre los matorrales, junto a un arroyo, teniendo en sus manos una banderita con un gallardete de juncos; había el niño Juan dado saltos al lado del arroyo agitando su banderita en señal de alegría. María había alzado al niño Jesús y dicho: "Mira allá al niño Juan en el desierto". El Espíritu había avisado al niño y traído allí para saludar a su Maestro, el cual lo había santificado ya antes desde el seno de su Madre. Mientras Jesús contaba estas cosas, lloraron los discípulos recordando la muerte de Juan, y yo vi de nuevo ese cuadro de su infancia. El niño Juan no tenía sobre sí mas que la piel sobre un hombro sujeta al medio del cuerpo por un cordel. Sintió que se acercaba su Salvador y que el niño Jesús estaba sediento. Oró el niño Juan, y tocando con su bastoncito la roca, brotó una fuente, y Juan corrió por la dirección de la fuente hacia donde pasaban en ese momento María y José con el Niño. Allí donde la fuente caía danzó de contento Juan, haciendo señales con su banderilla. Después lo he visto volver a su lugar acostumbrado, junto a una roca, donde había una cueva; un brazo de la fuente corrió a la cueva y Juan formó así un pozo para tener agua. Vivió allí durante cierto tiempo. El camino de la Sagrada Familia fué por una parte del Huerto de los Olivos; a media hora al Este de Belén descansaron y luego, teniendo a su izquierda el Mar Muerto, caminaron siete horas al Sur de Belén, a dos horas del lado de Hebrón y entraron en el desierto, donde estaba el niño Juan. Los he visto descansar después de pasar este arroyo y confortarse con algún alimento. Cuando volvieron de Egipto de nuevo vió Juan en espíritu a Jesús y saltó de alegría en dirección de su venida; pero no lo

vió personalmente, porque el camino corría algo distante donde estaba Juan. Jesús habló de la grande mortificación de Juan, cuando en ocasión del bautismo se mantuvo dentro de los límites de la estricta ceremonia, aunque su corazón se rompía de gozo y de ímpetu y de amor a Jesús. Más tarde, lleno de humildad, más bien huía de su presencia por modestia que no buscase encontrarse con Jesús.

XLVI

Jesús predica en la sinagoga de Hebrón

Jesús enseñó en la sinagoga de Hebrón sobre una fiesta que celebraban recordando la separación de los saduceos del consejo del sanedrín, cuando bajo Alejandro Janeo tenían mayoría. En torno de la sinagoga habían formado tres arcos de triunfo con hojas de parra, de trigo y toda clase de flores. Salieron en una especie de procesión esparciendo flores por el camino; porque celebraban también el novilunio y la fiesta cuando corre la savia por los árboles y los árboles de cuatro años comienzan a dar frutos. Por eso habían erigido tantos arcos con plantas, árboles y flores. Esta fiesta de la expulsión de los saduceos caía bien con la renovación de las plantas con su savia porque los saduceos niegan la resurrección de los cuerpos. Jesús enseñó severamente contra el error de los saduceos y habló de la resurrección de los muertos. Habían venido a la fiesta fariseos de Jerusalén; pero no discutieron con Jesús y se mostraron muy corteses. No tuvo Jesús contradictores: las gentes son en general bien inclinadas y bien intencionadas. Jesús sanó a enfermos en las casas y delante de la sinagoga, especialmente trabajadores, baldados, gotosos, tísicos, algunos mentecatos y otros enfermos. Juta y Hebrón forman una sola cosa, ya que Juta es como un barrio delante de Hebrón y está unida con ella por una serie de casas. En un tiempo debieron haber estado separadas porque hay restos de murallas entre las dos ciudades y un foso ya medio cubierto. La casa de Zacarías comprende la escuela de Juta y está a un cuarto de hora de la ciudad sobre una colina, tiene hermosos jardines y viñedos, y más lejos una casita en medio de un hermoso viñado. La escuela está unida por un lado a la casa donde nació Juan: lo he podido comprobar cuando extendieron la manita en ese lugar. Cuando Jesús volvió a la sinagoga de Hebrón para enseñar, había un sillón alto a la entrada y Jesús se aco-

modó en esa tarima. La sinagoga estaba abierta por sus cuatro lados porque se habían congregado todos los habitantes de la ciudad y de los contornos. Los enfermos estaban echados sobre pequeños lechos o mantas en torno y todo el patio estaba atestado de gente. Aún permanecían los arcos de triunfo de la última fiesta.

La escena era conmovedora porque se veía que todos estaban bien dispuestos y deseosos de oír a Jesús, y no había contradictores. Después de la predicación sanó a muchos enfermos. Jesús pronunció un sermón muy profundo: la lección de las tinieblas de Egipto, del cordero pascual y del rescate de los primogénitos. Finalmente habló del profeta Jeremías. Hizo una declaración muy misteriosa sobre el rescate de los primogénitos. Recuerdo que dijo, más o menos: "Cuando el sol y la luna se oscurecen, las madres llevan sus hijos al templo para el rescate". Repitió varias veces eso del sol y de la luna que se oscurecen. Habló de la concepción, del nacimiento, de la circuncisión y de la presentación en el templo en relación con las tinieblas y con la luz que renace. La explicación misteriosa era de la salida de Egipto y el nacimiento del hombre. Habló de la circuncisión y del rescate de los primogénitos como de leyes que pronto dejarían de obligar. Nadie le contradijo, todos estaban muy silenciosos y atentos. Habló de Hebrón y de Abrahán, y después de Juan y de Zacarías.

XLVII

Jesús habla de Juan Bautista

Habló de la grandeza de Juan Bautista más claramente de lo que lo había hecho hasta entonces: de su nacimiento, de su vida en el desierto, de su predicación de la penitencia y de su prisión. Pasó luego a hablar de la muerte de los profetas y de Zacarías, sumo sacerdote, muerto entre el templo y el altar. Habló de los sufrimientos de Jeremías en la cueva y de las persecuciones de otros profetas. Cuando Jesús habló de la muerte del primer Zacarías, los oyentes pensaron también en Zacarías, padre de Juan, que Herodes había invitado ir a Jerusalén y hecho matar en una casa vecina. Jesús, empero, no habló de ello. Este Zacarías estaba enterrado delante de su casa, en Juta, en una bóveda. Cuando Jesús habló tan tiernamente de Juan y de la muerte de los profetas, el silencio en la sinagoga se hizo impre-

sionante. Todos estaban conmovidos; muchos lloraban; los mismos fariseos estaban impresionados. Muchos parientes y amigos fieles de Juan recibieron en ese momento la persuasión interna de que Juan había sido muerto también y cayeron en extrema tristeza y algunos en desmayos. Se produjo una interrupción y un desorden en la sinagoga por ello. Jesús dijo que socorriesen a los desmayados, que pronto todo pasaría, y en efecto a los pocos minutos pudo Jesús continuar su predicación. Para mí, que escuchaba, fué cosa clara que Jesús se refería a Juan cuando mencionó lo de "entre el templo y el altar", porque la muerte de Juan estaba en la vida de Jesús entre el templo y el altar, es decir, entre su nacimiento y su crucifixión. Esto no lo entendieron los demás.

Al final de la predicación los que se habían desmayado fueron llevados a sus casas. Además del joven Zacarías, primo de Juan Bautista, estaba una hija de una hermana de Isabel, casada en Hebron, con doce hijos, entre ellos algunas hijas ya crecidas. Estas, con otras parientas, fueron las que se desmayaron y se conmovieron tanto. Jesús fué con sus apóstoles y el joven Zacarías a la casa de esta mujer, donde no había estado aún, aunque las santas mujeres iban con frecuencia a esa casa. Debía comer esta noche en esta casa: fué una cena muy triste. Jesús estaba con Pedro, Juan, Santiago, Cleofás, Eliachim, Sadoch y Zacarías, sobrino de Isabel, con el marido de ésta, en una pieza, y los parientes de Juan preguntaron a Jesús si volverían a ver a Juan. Estaban allí como encerrados para que otros no los molestasen. Jesús les dijo, derramando lágrimas: "No". Y habló de una manera tierna y conmovedora de su muerte. Cuando en su aflicción expresaron el temor de que su cuerpo fuera deshonrado y maltratado, Jesús les dijo que su cuerpo estaba intacto, y que su cabeza había sido maltratada y deshonrada y echada a los desperdicios; pero que también la cabeza estaba guardada y saldría un día a la vista. Les dijo que después de algunos días Herodes saldría de Macherus y la muerte de Juan se haría pública, y que entonces podrían ir por el cuerpo de Juan. Diciendo esto lloró Jesús con los presentes. Tomaron luego algún alimento juntos. Esa cena me recordó, por su tristeza, las circunstancias y el religioso silencio, a la última cena de Jesús con sus apóstoles.

En esta ocasión tuve una visión de la presentación de Jesús en el templo. He visto en cuadros que esto ocurrió en el día 43 del nacimiento de Jesús. Habían tenido que esperar, por causa

de una fiesta, tres días en una casa delante de la puerta de Belén, junto a esas buenas gentes que cuidaban el albergue. Además del tributo acostumbrado trajo María al templo cinco trozos de oro delgados, regalo de los Reyes, y varios pedazos de telas bordadas de la misma procedencia. José vendió uno de los asnillos que había dejado en casa de su amigo y pariente. Creo que el asnillo del Domingo de Ramos venía de aquel asnillo de José.

Jesús enseñó en Juta y anduvo con unos diez levitas por las casas de los alrededores sanando a los enfermos. En estos lugares no se presentaron ni leprosos ni endemoniados, ni grandes pecadores. Por la tarde tomó parte en una sobria comida con los levitas: comieron panes, aves, miel y frutas. José de Arimatea y varios discípulos vinieron de Jerusalén para invitar a Jesús a ir a Jerusalén porque había allá muchos enfermos que lo deseaban. Dijeron a Jesús que ahora podía ir tranquilo a Jerusalén porque toda la atención de los fariseos y escribas estaba concentrada en la cuestión de Pilatos con Herodes por el desastre de Siloé.

Jesús contestó que por ahora no iría, pero que lo haría antes de volver a Galilea. Las mujeres parientes de Juan celebraron el Sábado en su misma casa. Se vistieron de luto y estuvieron tendidas en tierra mientras ardían pirámides de luces en el medio de la pieza. Había esenios junto a la tumba de Abrahán los cuales venían de a grupos a ver a Jesús. Vivían en celdas cavadas en las mismas rocas y tenían un jardín. En la casa de Zacarías hay hermosos jardines con espléndidos y tupidos rosales. Cuando se viene de Jerusalén, se ve la casa de Zacarías sobre una colina. A un cuarto de hora de camino sobre una altura está su viñedo a la derecha, y al pie de la colina, el pozo que descubrió María. El Hebrón del tiempo de Abrahán está en ruinas más al Sur en un valle separado por un foso. En tiempos de Abrahán tenía anchas calles y las casas estaban muchas de ellas cavadas en las rocas. No lejos de la casa de Zacarías hay un lugar llamado Jether donde he visto andar con frecuencia a María y a su prima Isabel. En Juta sospecharon las gentes, por las palabras de Jesús y por el luto de los parientes, que Juan estaba muerto y así se esparció la noticia de su desaparición. Jesús antes de dejar a Juta estuvo en el sepulcro de Zacarías con su sobrino y los apóstolos. Estas tumbas no son como las comunes, sino catacumbas, con una bóveda sostenida por columnas, y se han convertido en lugar de peregrinaciones de los sacer-

dotes. Se resolvió que el cuerpo de Juan debía ser traído de Macherus y sepultado aquí. Trabajaron por eso y dispusieron otro lugar y fué cosa admirable ver como Jesús trabajó y ayudó también para preparar el sepulcro de su amigo el Bautista. Jesús honró también los restos de Zacarías. Isabel no está enterrada aquí sino en la primera cueva, donde había vivido Juan cuando niño en el desierto: el sepulcro está en una altura. Cuando Jesús abandonó a Juta le acompañaron hombres y mujeres. Estas últimas volvieron después de una hora de camino, e hincadas de rodillas, pidieron la bendición. Quisieron besar sus pies, pero Jesús no lo permitió.

XLVIII

Jesús en Libna y en Bethzur

Tomaron el camino de Libna en cuyas cercanías entraron en un albergue. Los hombres que le habían acompañado partieron de aquí con Saturnino y Judas Barsabás que habían ido de Galilea a Macherus, de allí a Juta y ahora hasta Libna. Contaron con amargura la muerte del Bautista. Cuando Herodes partió con su familia de Macherus a Hesebón, acompañado de sus soldados, se esparció la voz de la decapitación del Bautista por unos viajeros y por medio de los heridos en Jerusalén, que eran gentes de Zorobabel de Cafarnaúm. Zorobabel comunicó la noticia a Judas Barsabás, que estaba en las cercanías y por esto se dirigió con Saturnino y otros discípulos a Macherus, donde se certificaron de la triste noticia. Desde Macherus se dirigieron a la patria de Juan para tratar de rescatar el cuerpo. La noticia de que Jesús se encontraba en este albergue los trajo aquí donde se encontraron con Jesús. De aquí se encaminaron con los hijos de María Helí, el sobrino de Zacarías, el sobrino de José de Arimatea, los hijos de Juana Chusa y de Verónica, hacia Macherus, pasando por Juta, llevando un asno con las cosas más necesarias para el arreglo del cuerpo. Macherus estaba ahora despoblado y sólo quedaban unos pocos soldados.

Jesús permaneció en esta región para no encontrarse en el camino con Pilatos, que viajaba con su mujer y un acompañamiento de cincuenta personas a través de Bethzur y Antipatris, para embarcarse a Roma y presentar sus quejas contra Herodes. Antes de la partida de Jerusalén había tenido un consejo con su gente sobre Jesús de Galilea, que hacía tantas maravillas y que ahora estaba en las cercanías de Jerusalén. Pilatos preguntó:

“¿Le sigue mucho pueblo?... ¿Están armados?...” “No, le respondieron, va con pocos discípulos, de humilde condición, sin empleo alguno y a veces completamente solo. Enseña sobre las colinas, en las sinagogas, sana a los enfermos y da limosna a los pobres. En estas ocasiones suele reunirse mucho pueblo, a veces hasta miles...” “¿Enseña y habla contra el César?” “No; enseña de mejorar las costumbres, de la misericordia y que se dé al César lo suyo como a Dios lo que le pertenece. Pero habla con frecuencia de su reino que parece estar cerca”. Dijo Pilatos: “Mientras va andando y sanando enfermos y no lleve gente de armas y soldados, nada hay que temer porque haga milagros. Abandona el lugar donde hace un milagro y va a otros lugares; de este modo pronto se lo olvidará y se lo perseguirá. Yo sé que los mismos sacerdotes están airados contra Él. No hay peligro alguno con Él. Si, al contrario, se le ve andar con gente armada, entonces será el momento de acabar con Él”. Pilatos había tenido ya varias enojosas cuestiones con el pueblo judío, y lo odiaban. Una vez introdujo en la ciudad figuras sobre estandartes romanos y el pueblo se amotinó contra él. En otra ocasión he visto que en una fiesta, donde los judíos no llevan armas ni tocan dinero, entrar los soldados romanos en el templo y romper la alcancía de las limosnas y llevarse el dinero. Fué esto en el tiempo en que Juan estaba cerca de On, en el Jordán, bautizando, y Jesús volvía del desierto.

De Libna se dirigió Jesús a Bethzur que está como a diez horas al Norte y a dos horas de Jerusalén. Bethzur es una fortaleza porque tiene torres, fosos y excavaciones, aunque está en ruinas, pero no tanto como la de Betulia. La ciudad es tan grande como Bethorón. Del lado que venía Jesús no está tan empinada y entre Bethzur y Jerusalén hay un hermoso valle. Se puede contemplar desde la altura de una ciudad las torres y casas de la otra. Del otro lado está la ciudad defendida por una empinada altura. Un tiempo estuvo el Arca de la Alianza públicamente de asiento aquí. Jesús fué recibido muy bien en Bethzur. Lázaro y otros discípulos de Jerusalén estaban esperándolo. Les lavaron los pies a Él y a los discípulos y les ofrecieron en abundancia todo lo que necesitaban. Jesús se albergó en una posada cerca de la sinagoga. Los tres Reyes Magos habían pasado por Bethzur en su camino de Jerusalén a Belén; habían dado descanso a sus bestias de carga y habían vuelto a ver en este lugar la estrella desaparecida. Bethzur no debe confundirse con una Bethorón, que está entre Belén y Hebrón,

cerca de la cual Felipe bautizó al eunuco de la reina Candaze. A este lugar lo llaman también Bethzur. En la ciudad sanó Jesús sin molestias a varios enfermos en sus casas. Las gentes eran buenas y el jefe de la sinagoga llevaba a Jesús de casa en casa. Después enseñó en la escuela bendiciendo a gran cantidad de niños y niñas, y estuvo mucho tiempo con ellos, sanando a los que estaban enfermos.

XLIX

Rescate y sepultura del cuerpo de Juan

Cuando Saturnino con los demás discípulos llegaron delante de Macherus, subieron hacia el castillo con tres robustos tirantes que llevaban bajo el brazo, una especie de bolsa de cuero en dos partes, con telas, esponjas y otras cosas necesarias, mientras los discípulos conocidos aquí pidieron permiso a los guardas para entrar en el castillo, cosa que no les fué concedida. Se volvieron entonces, dieron vueltas por los muros y por el lado de la prisión de Juan entraron apoyados unos en los hombros de los otros y pasaron por tres vallados y por dos fosos. En realidad parecía que les ayudaba Dios, porque lo hicieron todo con prontitud y relativa facilidad. Entraron por una abertura redonda en los aposentos interiores. Cuando los dos soldados que custodiaban la entrada notaron la presencia de estos hombres, vinieron a ellos con antorchas y los discípulos les fueron al encuentro y les dijeron: "Nosotros somos discípulos de Juan Bautista y venimos a llevarnos el cuerpo de nuestro maestro que Herodes hizo matar". Los soldados no les estorbaron; al contrario, abrieron la cárcel, porque también ellos estaban amargados contra Herodes por la muerte de Juan y querían reparar y tener parte en la buena obra de la sepultura. Algunos soldados del castillo habían, días antes, desertado del oficio y huído de Macherus.

Cuando entraron en la cárcel de pronto se apagó la antorcha y se llenó toda la cárcel de luz, especialmente el cuerpo de Juan. No sé si ellos veían esa luz sobrenatural, pero creo que sí porque hicieron todo tan pronto y tan fácilmente como si fuera de día y a plena luz. Los discípulos corrieron hacia el cadáver de Juan, llorando, y se hincaron delante de él. Además de ellos, yo vi en ese momento una aparición luminosa de una mujer alta y resplandeciente que estaba allí en la cárcel; al principio me pareció que sería María Santísima, pero luego

comprobé que era Isabel. Todo me pareció tan natural y también su presencia allí, que yo pensaba como pudo haber entrado en la cárcel. El cadáver estaba todavía cubierto con su piel de camello. Los discípulos se dispusieron pronto a los preparativos necesarios; extendieron un lienzo, pusieron el cadáver encima, lavaron el cuerpo. Traían el agua en sus odres y los soldados trajeron aún más en unas palanganas oscuras. Judas Barsabás, Santiago y Eliachim hacían el trabajo, mientras los demás alcanzaban y traían las cosas necesarias. La aparición estaba allí trabajando con ellos y parecía como si ella lo hiciera todo: descubrir, cubrir, poner, sacar, envolver y en toda faena estaba la mano de ella. Debido a ello se hizo todo con orden y prontitud. Abrieron el cadáver, sacaron los intestinos que pusieron dentro de odres de cuero; luego lo embalsamaron con hierbas y perfumes, de modo que el todo quedó reducido y el cadáver parecía disecado. Mientras tanto otros discípulos recogieron la sangre que había caído y salido de su cabeza y la pusieron en las cajas vacías donde habían traído las especias para embalsamar. Colocaron después el cadáver así preparado dentro del saco de cuero que traían y lo cerraron por arriba; luego metieron los dos palos que traían y lo sujetaron con correas, y lo sacaron de allí entre dos, habiendo cubierto el saco con el vestido de piel que llevaba el Bautista. Los demás llevaban el odre con las entrañas y las cajas con la sangre recogida. Los dos soldados dejaron a Macherus y los condujeron por sendas estrechas detrás de los vallados, por pasadizos subterráneos, llevándolos afuera por el mismo camino por donde habían traído a Juan a la cárcel.

Todo transcurrió con prontitud admirable, en medio de inmensa ternura de parte de todos. Al principio los vi andar sin luz con pasos ligeros bajando por la montaña; más tarde vi que llevaban una antorcha y que dos cargaban el tesoro sobre sus hombros, mientras los demás seguían detrás. No me es posible expresar qué conmovedor era este cuadro, en medio de la noche, con la antorcha, silenciosos y apresurados, que me parecía que mejor que caminar, rasaban tocando apenas el suelo por milagro. Cuando al llegar el día iban a pasar el Jordán en el sitio donde Juan bautizaba, se detuvieron y lloraron. Se apartaron luego, tomando el camino del Mar Muerto, por senderos extraviados, y atravesando el desierto llegaron por el valle de los pastores hasta Belén, donde se escondieron en una cueva con el depósito esperando la noche para seguir hasta Juta. Al ama-

necer estaban cerca de la caverna de Abrahán y llevaron el cuerpo a una cueva de los esenios, que lo custodiaron todo el día. Por la tarde, más o menos a la hora en que fué sepultado Nuestro Señor, y también en un Viernes, he visto llevar el sagrado cuerpo por los esenios a la sepultura donde están sepultados Zacarías y otros profetas en el lugar donde Jesús también ayudó a disponer.

Los parientes de Juan, mujeres y hombres, estaban reunidos con los discípulos que habían traído el cadáver, con los soldados que los habían acompañado y con muchos esenios, entre éstos varios ancianos de mucha edad que habían socorrido a Juan en los primeros tiempos de su vida en el desierto. Estos hombres tenían vestiduras blancas y largas. Las mujeres también tenían blancas y largas vestiduras, mantos y velos, los hombres llevaban mantos negros de luto, con estolas angostas que pendían del cuello y terminaban en puntas rasgadas. En la bóveda ardían muchas lámparas. Se depositó el cuerpo sobre una manta, lo desenvolvieron de sus ataduras y fué embalsamado con hierbas, especias, mirras y perfumes. Era un espectáculo terrible, para los parientes, ese cuerpo sin cabeza. Estaban muy tristes de no poder ver su rostro y miraban en la lejanía, en el vacío, para recordarlo. Cada uno de los presentes puso todavía un manojo de mirra o de otra especia sobre el cuerpo, que luego fué depositado en la sepultura dispuesta sobre la de su padre, cuyos huesos también limpiaron y compusieron en buen orden. Hubo todavía una ceremonia de luto de parte de los esenios, que contaban a Juan por uno de ellos, antes bien, por uno de sus profetas prometidos. Entre las dos hileras de esenios pusieron un altar portátil y uno de ellos con dos ayudantes hizo la ceremonia. Todos ponían pequeños panes sobre el altar, en cuyo medio estaba la figura de un cordero pascual que rociaban con hierbas y ramitas. Cubría el altar un paño colorado, que tenía encima otro blanco. Había una figura de cordero que al principio brillaba, colorado, y luego blanco; quizás había lámparas detrás que se cambiaban. El sacerdote esenio leía en sus rollos, quemaba incienso, bendecía y rociaba con agua bendita. Todos cantaban en coro. Los discípulos y parientes de Juan estaban en derredor y cantaban con ellos. El más anciano habló del cumplimiento de las promesas, de la grandeza de Juan y otras cosas que se referían a Cristo. Recuerdo que habló de la muerte de los profetas y de Zacarías, sumo sacerdote, muerto entre el templo y el altar. Añadió que también el otro Zacarías, padre de Juan, había sido

muerto entre el templo y el altar, pero en sentido mucho más elevado, y que Juan era el testigo y mártir entre el templo y el altar: quería decir entre la vida y la muerte de Cristo. La ceremonia del cordero tenía relación con el cordero pascual, con el Cordero Jesucristo, cordero de Dios, con la última cena, la pasión y la muerte de Jesús. No creo que ellos entendiesen todo esto bien; pero lo hacían como cosas misteriosas y proféticas de las cuales muchas observaban, sin entender, empero, todo el significado. El anciano repartió, después de la ceremonia, entre los discípulos los panecillos que habían estado sobre el altar y dió a cada uno una ramita. Los otros parientes recibieron también ramitas, pero no de las que habían estado sobre el cordero. Los esenios comieron estos panes. Después el sepulcro fué cerrado.

L

Noticias de los esenios y sus creencias

Los más santos entre estos esenios tenían grandes conocimientos y proféticas visiones sobre el Mesías y también de las usanzas y prácticas judaicas que tenían relación con el Mesías. Cuatro generaciones antes del nacimiento de María Virgen habían cesado de ofrecer sacrificios de sangre porque conocieron que ya se acercaba el cordero de Dios. La castidad que observaban y su continencia eran un obsequio que hacían al futuro Mesías. Conocían que el hombre debe ser un templo de Dios y querían mantenerse puros y santos al saber que se acercaba el Mesías. Sabían cuantas veces fué demorado el advenimiento del Mesías por los pecados de los hombres y querían con su castidad y continencia satisfacer por los pecados de los hombres. Todo estaba establecido en su orden por algunos de sus profetas, sin que por esto tuviesen ellos mismos un acabado conocimiento de todo al venir Jesucristo. Eran como precursores, en cuanto se refiere a los ritos y costumbres de la Iglesia que fundaría Cristo. Habían ya de antiguo contribuído en mucho a la santificación y preservación de los antepasados de María y de otros santos descendientes y el cuidado de Juan en su juventud fué el último eslabón de su obra. Los mejores, entre ellos, fueron en compañía de Jesús como discípulos; otros, después, a la comunidad cristiana. Fueron elementos de vida santa y ordenada para la primera Iglesia, por la costumbre que ya tenían de vida mortificada, y fueron también los modelos de los futu-

ros solitarios que poblaron los desiertos más tarde. Una gran parte de ellos, que no pertenecían al fruto sino a la corteza de la orden, permanecieron obstinados en sus usos y apartamiento y se convirtieron más tarde en jefes de sectas, mezclando cosas paganas y cristianas, que molestaron en los primeros años de la Iglesia. Jesús no tuvo con ellos comunicación especial ni parecido con sus costumbres y prácticas ni se dió más a ellos que a los demás piadosos israelitas. Era amigo íntimo de algunos de los esenios casados, que eran parientes de la Sagrada Familia. Como los esenios nunca disputaron con Jesús, tampoco el Señor los reprendió. No se los nombra en el Evangelio porque el Señor no encontró en ellos cosas que merecieran especial reproche, sino cosas comunes a los demás hombres. Tampoco los alababa en público, porque los fariseos hubieran en seguida dicho que era de la secta de los esenios.

LI

Buscan y encuentran la cabeza de Juan Bautista

Cuando se conoció, por los servidores de Herodías, el lugar donde había sido arrojada la sagrada cabeza del Bautista, se encaminaron a Macherus las mujeres Juana Chusa, la Verónica y otras parientas, con el fin de conseguir llevar ese tesoro; pero se vió que mientras no fuese vaciada la cloaca de los desperdicios de cocina, que estaba rebalsada, no se podía llegar hasta donde estaba la cabeza en un resalto de la pared, en una piedra. Por esto pasaron algunos meses hasta que se comenzó a remover y a sacar de allí muchas cosas que habían servido para Herodías y su servidumbre, y se dispuso ese lugar más para guarnición de soldados, como puesto avanzado y defensivo. Los fosos fueron limpiados y mejorados y hechas nuevas obras allí. He visto en esta ocasión una maniobra curiosa. Cavaban fosos y los llenaban de materias inflamables; luego los tapaban, disimulándolos y aún plantaban árboles encima; cuando fuera necesario se podían encender esas materias y saltaba todo al aire: plantas, piedras, polvo y cuanto se había depositado en los fosos. Hicieron muchos de estos fosos en torno de las murallas del castillo.

Había muchas gentes que cuando se limpiaban los desperdicios de estos depósitos se llevaban el barro y desperdicios para abonar sus propios campos. Entre estos interesados había algunas mujeres de Jerusalén con criados que esperaban el momento en

que se limpiase el depósito mayor, más profundo y empinado, donde se encontraba la sagrada cabeza. Rezaban todas las noches, ayunaban y pedían a Dios que les permitiera rescatarla. El suelo de este foso estaba cuesta arriba por razón de la montaña; toda la parte inferior había sido ya vaciada y limpiada. De allí había que trepar por las piedras hasta llegar al lugar donde se arrojaban los huesos de la cocina. Se veía allí un gran montón de huesos y había mucha distancia desde la entrada hasta aquel lugar. Mientras los trabajadores habían ido a comer, entraron hombres pagados por las santas mujeres, por el foso limpio, hasta el montón de huesos. Rezaban a Dios les hiciera encontrar la sagrada cabeza, mientras iban trepando hasta el lugar de los huesos. Vieron la cabeza puesta, sobre una piedra, que sobresalía, y estaba derecha, que parecía que los miraba; en efecto, vieron dos llamas en lugar de los ojos. De no haber habido este resplandor se hubiesen podido equivocar, pues había allí otras cabezas de hombres. La cabeza estaba en estado lastimoso: el rostro moreno, lleno de sangre; la lengua, que Herodías había sacado para punzarla, fuera de la boca abierta, y los cabellos amarillos, por los cuales la habían aferrado el verdugo y Herodías, estaban levantados.

Las mujeres la envolvieron en telas y se alejaron prontamente del lugar. Habían apenas caminado un trecho cuando un millar de soldados se acercaba al castillo para relevar la guardia del centenar de hombres que había antes. Las mujeres se escondieron en una cueva, mientras pasaban estos soldados. Siguiendo el viaje entre las montañas encontraron a un soldado herido en una pierna, desmayado, al borde del camino. Aquí encontraron al sobrino de Zacarías, que les venía al encuentro con un par de esenios. Tomaron la sagrada cabeza y la pusieron, llenos de fe, sobre el soldado desmayado, que volvió en sí al punto, y se levantó sano, diciendo que había visto al Bautista delante de sí que le ayudaba. Los portadores estaban muy conmovidos: lavaron sus heridas con vino y aceite, y lo llevaron a una posada, sin decir nada de la cabeza de Juan. Con esto prosiguieron su camino por sendas extraviadas, como habían hecho cuando llevaban el cuerpo del Bautista. Llevaron la sagrada reliquia primero a Hebrón, a los esenios, los cuales sanaron a varios de sus enfermos tocándolos con la sagrada cabeza. Los esenios se ocuparon luego de limpiar la venerada cabeza, de embalsamarla y adornarla costosamente. Por último la trasladaron junto al sagrado cuerpo.